

# LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES

Jean Becarud y Gilles Lapouge

## INTRODUCCIÓN

¿Posee el anarquismo un destino en la tierra? Desde hace un siglo, esta doctrina ha fascinado a numerosos espíritus, lúcidos y liberales, pero ha suscitado más fantasías y no ha ordenado apenas la organización de la ciudad de los hombres. Su ineptitud para encarnarse dentro de la historia se puede reconocer en el lenguaje: la palabra anarquismo designa, en nuestra habla ordinaria, las aspiraciones confusas de un individualismo exacerbado. El empleo de esta palabra estrictamente en este sentido es excesivo. Desde Bakunin a Proudhon, desde Kropotkin a Malatesta, los teóricos conciben el anarquismo como una forma posible de relación entre los hombres. Sin embargo, la intransigencia de la doctrina, su pureza inaccesible, su incapacidad de avenirse con la naturaleza humana, su desprecio hacia toda clase de organización, su extremismo y, finalmente, su inclinación por la violencia la convierten en estéril. El anarquismo entronca, entonces, con la utopía, y recordemos que utopía quiere decir «ninguna parte». El anarquismo figura, entre todas las doctrinas políticas, como un magnífico monstruo. Sus destellos de cometa iluminan los paisajes provisionales de la historia por un instante y se extinguen sin dejar huellas profundas.

Es lo que da valor a estos extraños encuentros con la Historia. La Italia de Malatesta supo manejar a las masas obreras. En otras partes, pequeñas células anarquistas se levantaron, pero sólo por espacio de una primavera, y la sociedad recobraba de nuevo sus derechos. Únicamente un país fue la excepción a esta ley: en España, la teoría anarquista supo descender del reino de las ideas y tomar una forma dinámica y real. Se podría decir que la utopía había encontrado, ahí, su lugar.

Esta singularidad se hizo evidente durante los primeros meses de la guerra española. Lo que se opone primeramente al empuje de las tropas nacionalistas son las milicias anarquistas. Su heroísmo permite a las fuerzas restantes de la República organizarse y asegurar su estabilidad. Durante algunas semanas, el anarquismo asombra al mundo. Sus milicias no se limitan tan sólo a resistir el ataque de los nacionalistas, sino que además, en los territorios que controlan, se apresuran a implantar una sociedad libertaria. En Barcelona, en algunos pueblos andaluces, se produce lo impensable: pequeños modelos de esta sociedad, que nunca había existido fuera de una literatura exaltada, funcionan. La temporada libertaria del 36 será breve. Las desgracias de la guerra en primer lugar, y la feroz rivalidad con los comunistas luego, desmantelaron el anarquismo. La victoria de Franco en 1939 lo empuja a la clandestinidad y quizás al letargo.

Estas verdades son muy conocidas. Lo que se olvida, en cambio, es que la sacudida de 1936 no fue un milagro, sino la conexión obligada de una larga búsqueda. Hacía casi un siglo que España era trabajada por los fermentos anarquistas. Nuestra tentativa encuentra aquí su objetivo: quisiera remontarse en el tiempo, seguir las lentas transformaciones del anarquismo español, desde sus balbuceos, en pleno siglo XIX, hasta su breve y soberbia agonía en 1936.

---

\* Barcelona, 1972. Título de la edición original en francés: *Anarchistes en Espagne*. Traducción: Gerard Jacas. Digitalización: KCL. Se percibe a simple visto la postura de los autores, esperamos que de la lectura de este libro obtengamos algo bueno, ya que el libro en sí ni su contenido, lo son.

Ciertamente, todos los países de Europa fueron el escenario, a comienzos del siglo XX, de los atentados anarquistas. Desde Ravachol hasta Emile Henry, e incluso la banda Bonnot, desde los terroristas de Chicago hasta Sacco y Vanzetti, desde los atentados italianos hasta las hazañas de Néstor Makhno en Rusia, fueron numerosas las apariciones del anarquismo. Pero nos encontramos siempre en presencia de acciones violentas instantáneas, urdidas por individuos sombríos y frenéticos, o por grupos muy reducidos, generalmente sociedades secretas. En ningún momento estas proezas estaban inmersas ni articuladas en los movimientos de masa. Salvo en Italia -ese otro país mediterráneo-, el anarquismo no supo mantener jamás su rango en una estrategia política coherente ni prolongarse en una acción de masas.

Es cierto que España ha producido también fanáticos. Los incendios, los asesinatos y las bombas acompañan su historia reciente, pero también la acompañan las barricadas en las calles de Barcelona, las huelgas generales tanto en los pueblos andaluces como en las grandes ciudades, la creación de comunas libertarias el control de un potente sindicato anarquista (la CNT). De suerte que, a diferencia de otros países europeos, los atentados y las bombas adquieren su sentido al partir de movimientos de masa que agitan sin tregua las profundidades hispánicas.

Nuestro objetivo es explorar las sombras y las intenciones ocultas de esta larga lucha llevada a cabo contra el orden español por las doctrinas anarquistas. Atravesaremos paisajes diversos. Veremos cómo el anarquismo se encarna en figuras contradictorias y cómo el milenarismo ingenuo de los campesinos andaluces no bebe de las mismas fuentes que la fiebre libertaria con la cual, en la misma época, se ve sacudido el importante puerto de Barcelona. En nuestra marcha, nos cruzaremos con una masa de hombres que todo los separa y que sólo está unida por su creencia en la libertad absoluta: obreros agrícolas de los campos de Andalucía, harapientos parados de la capital catalana, hombres del hampa e intelectuales refinados, vagabundos y poetas, maestros de escuela y santos laicos, asesinos de las sombras y sindicalistas, toda la población española ha pagado su tributo a la esperanza del anarquismo.

Muchos de estos hombres fueron unos salvajes o unos fanáticos y algunas de sus hazañas, porque fueron crueles e inútiles, provocan verdadero horror. Pero son además individuos generosos y fraternales. Los hay que abandonan su puesto en la sociedad para consagrarse a la miseria y llevar su voz a los confines mismos de la civilización. Líneas negras y líneas radiantes mezclan así sus rasgos para formar el enigmático rostro del anarquismo español. Descifrar algunos de estos puntos oscuros es lo que quisiéramos conseguir en este trabajo.

## **CAPÍTULO I**

### **LOS ORÍGENES**

Apenas nos asombra que la doctrina anarquista haya descubierto en España uno de sus lugares privilegiados. Una España legendaria y misteriosa obsesiona a cualquiera de nosotros: romántica y mística, individualista y trágica, ardiente, desesperada, esa España de nuestra fantasía parece destinada a la fatalidad libertaria. El hombrecito amarillo e irreconciliable de Goya, cuyos minúsculos brazos en forma de cruz desafían al pelotón de ejecución de las tropas napoleónicas, constituye todo un símbolo: el del hombre solo frente a la fuerza compacta de los Estados, el del individuo que ha preferido la libertad en la muerte a una existencia subyugada. A

estas imágenes, cuyo fuego ilumina toda la historia de España: responde la locura de don Quijote: irreducible y fascinado, incapaz de adaptar su conducta a la necesidad de lo real, el Quijote encarna la idea de una libertad invencible. Su rebeldía no es enteramente de este mundo; es tan radical que ninguna forma política estructurada sabría recoger sus fermentos, si no es de esta especie de utopía milenarista que la conciencia occidental asocia con el anarquismo: «Sin gobierno -dice Teresa a Sancho- habéis salido del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta la hora presente y sin gobierno iréis, o bien os llevarán, hasta vuestra sepultura cuando a Dios plazca».

Desconfiemos sin embargo de las ideas generales. Los intentos para distinguir la vocación, el genio o el alma de un pueblo están encaminados la mayor parte de las veces a producir una considerable cantidad de lugares comunes. Así ocurre con las imágenes que asociamos con España; es preciso corregir y matizar la idea que tenemos del individualismo español. Es probable que los españoles no nos parezcan individualistas más que en proporción a su inclinación hacia el anarquismo. Lo cual ayuda a confundir las causas y las consecuencias y además no explica nada.

La Semana Trágica de Barcelona, la llamarada de milenarismo en las grandes y calurosas ciudades de Andalucía, la locura de todo un pueblo, que se declara libre de repente, parecen excluirse de un simple lance y esperan en una especie de hipnosis que la guardia civil llegue a restablecer el orden. Violencias, desórdenes y algaradas, incendios de iglesias y de conventos, cabezas de policías arrastradas por las calles, crímenes innobles o crímenes generosos, el incendio anarquista ha sido, durante más de medio siglo, como una tormenta inagotable que ha imperado por las tierras ibéricas. De esta larga embriaguez y de tales fatalidades deducimos ingenuamente que el carácter español contiene un elemento singular, específico que denominamos individualismo. Hay que reconocer que esta es una conclusión algo precipitada.

El historiador marxista Ramos Oliveira concreta mucho más la identidad de España: asegura que dicho país es menos individualista que comunitario. Éste es el caso de numerosos pueblos. Pero la comunidad a la cual cada español se siente ligado es una comunidad original, natural; no es la de los Estados, ni la de las administraciones o de los poderes públicos. Entre estos dos tipos de comunidad se organiza el gran debate español, del cual el anarquismo representa una de sus formas paroxísticas.

Añadiremos a esto que los españoles antes que someterse a la idea nacional prefieren obedecer a las ideas generales. La Reforma vino a estrellarse contra el reducto ibérico, desde donde se lanzó, a continuación, la Contrarreforma. Este rasgo es muy significativo: ¿No es cierto que un reflejo elemental, quizás apenas consciente, daba preferencia a la unidad de la comunidad natural (que era la del catolicismo) frente a los gérmenes de comunidades nacionales, y por lo tanto artificiales y posteriores, que la Reforma traía consigo?

Se nos presenta el mismo desnivel si consideramos las insólitas relaciones que mantiene España con la Justicia. Don Quijote nos ilumina una vez más. Toda su epopeya demuestra hasta qué punto está enraizada en ese pueblo la convicción de que la justicia humana, espontánea, natural, afectiva y generosa, aventaja a las frías máquinas jurídicas y a las leyes escritas. Entre el aparato técnico y burocrático de la justicia de los Estados y la equidad natural a todo ser humano, la elección de España es inmediata y constante: las reglas del corazón anulan las de la razón.

Aquí el tema del individuo aparece una vez más, pero una nueva luz le ilumina. Si el valor del hombre es pesado con las balanzas precisas de Dios o de la propia conciencia de cada uno, no con las balanzas de la sociedad, este valor es infinito. Incluso sumido en la desolación, en el abatimiento o en el odio, un individuo conserva su calidad de hombre. Ningún crimen le puede

arrebatarse esta pertenencia. Así se explica la atracción que ejercen en los españoles los fuera-de-la-ley, los marginados, ya sean bandidos, vagabundos o contrabandistas. La etiqueta, el estado o la función de un individuo tienen poca importancia; lo que cuenta es su calidad de hombre y si la ha honrado u ofendido. Puede ser carlista o republicano, bandido o incluso guardia civil, la última cuestión no influye en estos indicios sociales: poderoso o miserable, despreciado o adulado por la comunidad, tan sólo una pregunta se plantea en esta cuestión: «En definitiva, ¿se trata de una buena o mala “persona”?»

Está claro que esta manera de sentir y de juzgar nos remite a la idea religiosa. El más profundo, el más antiguo cimiento de unidad entre los hombres es el de la Iglesia, y la valía de los hombres no podría igualarse al absoluto más que dentro de una perspectiva religiosa. Así pues, no debemos extrañarnos al descubrir un eco o un avance de los grandes temas que propugnan la libertad en los teólogos y místicos españoles -desde los siglos XVI y XVII-.

Este rasgo ha sido puesto de relieve por Diego Abad de Santillán, historiador anarquista del movimiento obrero español. A continuación citaremos algunos de los textos más significativos. En 1521 aparece en Burgos un *Tratado de la República*. Alonso de Castrillo establece en él que la justicia natural está por encima de la de la ley; el modelo que propone a toda sociedad es el de la comunidad, original por definición, del enjambre de abejas. Alonso del Castrillo va aún más lejos; la única obediencia equitativa es la de los hijos a su padre y la de los jóvenes a los mayores; cualquier otra clase de sumisión es injusta, puesto que todos somos iguales y justos. ¿Cómo no pensar, a propósito de esto, en las críticas hechas por J. J. Rousseau contra la sociedad? ¿Cómo no descifrar, en las palabras del teólogo español, un primer esbozo de la famosa máxima rousseauiana: «El hombre nace libre y por todas partes se halla encadenado»; o también, en el *Discurso sobre la desigualdad*: «El primero que, tras haberse apoderado de un terreno se le ocurrió decir “esto es mío” y encontró gentes lo bastante sencillas como para hacerle caso, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, cuántas miserias y horrores le hubiera ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas o cegando el foso, hubiera gritado a sus semejantes: “Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos pertenecen a todos y la tierra no es de nadie”».

«Allí donde los hombres -dice el célebre humanista Luis Vives- han hecho del amor al bien y del odio al mal una segunda naturaleza, las leyes no son necesarias para vivir recta y ordenadamente. Por el contrario, allí donde estas costumbres faltan, las leyes, por perfectas y numerosas que sean, no pueden reemplazarlas».

Fray Luis de León, poeta además de teólogo, nos describe un Estado ideal que corresponde a lo que en la terminología de la política moderna se llamaría Estado libertario: una nación sin Estado, en la cual la gracia divina haría el papel de Estado. La misión del gobierno coincide con la del pastor, encargado, no tanto de distribuir órdenes o sanciones, como de hacer reinar la concordia.

Encontramos sentimientos análogos en la mayor parte de los grandes místicos españoles. Su inspiración es vigorosa, apasionada y violenta. Contrasta con la dulzura que caracteriza a los místicos de otros países. En sus palabras podemos apreciar una hostilidad determinada cual se desenvolvían. El prestigio de las órdenes mendicantes les ha permitido no estar al margen de los grandes acontecimientos nacionales del siglo XIX: la Guerra de la Independencia, seguida del conflicto entre carlistas y liberales. Cuando tuvo lugar la invasión francesa de 1808, los soldados de Napoleón se enfrentaron con estos frailes, que representaron un papel esencial en la resistencia contra los franceses.

La invasión napoleónica es una fecha importante en la historia de España. Sacudió violentamente a toda una sociedad aletargada. No obstante, y aun a pesar del levantamiento que siguió a la agresión francesa las estructuras no se volvieron menos retrógradas. Al país parece repugnarle seguir el camino del progreso por el cual avanzan, a comienzos del siglo XIX, la Inglaterra Industrial, Francia y los Estados alemanes.

Por entonces España es casi exclusivamente un país agrario, en la terminología actual diríamos que sub desarrollado. Nobles, burgueses, funcionarios, comerciantes, sólo representan un porcentaje mínimo de la población frente a los campesinos, y en general a todos los hombres ligados a la tierra. En 1860, la repartición de tierras apenas ha avanzado, como lo muestra el censo efectuado en estas fechas. Se mencionan 808.000 criados, 2.354.000 obreros agrícolas, es decir, proletarios rurales, 262.000 indigentes «oficiales», bautizados con el nombre de «pobres de solemnidad», 150.000 obreros abriles 23.000 mineros, 1.466.000 pequeños propietarios, a menudo casi en la ruina, 70.000 empleados, 665.000 artesanos, 333.000 pequeños comerciantes, 63.000 miembros del clero, de los cuales 20.000 eran religiosas, y por fin 100.000 personas con instrucción superior y ocupando profesiones liberales.

Esta enorme masa rural sobrevive en unas condiciones precarias y dolorosas. Lo ordinario, aunque sea injusto, se convierte en correcto. Numerosas épocas de carestía contribuyen a asolar los campos. Las subidas del coste de vida se van sucediendo a lo largo de todo el siglo XIX. Destaca una a principios del siglo XX, lo cual un hecho excepcional en Europa, durante los años 1905-1906. Estos años de penuria no traen consigo, forzosamente, grandes desórdenes sociales, lo cual indica el grado de miseria: los obreros llegan a tal extremo de indigencia, que ni siquiera poseen fuerza para la rebeldía.

Sin embargo, a medida que el siglo avanza, se operan algunos cambios en las estructuras. Asistimos a unos brotes de industrialización en la región de Barcelona. Se produce otro fenómeno capital: la venta de los bienes de la Iglesia y de los municipios gracias a dos leyes promulgadas en 1837 y en 1855, eran las leyes de la «desamortización». Estas ventas provocaron efectos desastrosos en el equilibrio económico, sobre todo en Andalucía, que iba a ser uno de los núcleos más importantes de la rebelión anarquista.

La clase media es, en conjunto, favorable al liberalismo. Se compromete en la lucha contra los grupos sociales tradicionalmente dominantes, la nobleza, el alto clero y los propietarios de vastas haciendas que defienden ferozmente sus privilegios. La burguesía lucha contra ellos en nombre de sus principios liberales, pero intenta, al mismo tiempo, utilizar el descontento de las masas populares para su propio provecho. El pueblo escoge el riesgo. Rehúsa ser un simple lacayo de la burguesía, no quiere obrar más como un peón sobre un tablero de ajedrez que es controlado por la clase media, en una partida que sólo sirve a los ideales e intereses de esa clase; rechaza el papel de comparsa, y se presenta a sí mismo como una fuerza política autónoma. La burguesía se amedrenta. No tarda en reclamar gobiernos fuertes, que sean capaces de mantener el orden en las calles. En Barcelona es donde se adopta el mejor mecanismo: cuando los obreros, impulsados por la clase media, se organizan en sociedades de apoyo mutuo, la burguesía liberal se da cuenta de que el proletariado obrero se le escapa de su control transformándose en una potencia independiente, entonces se enfrenta a los obreros.

En este período efervescente y desordenado madurarán los movimientos anarquistas de la segunda mitad del siglo XIX. Hay que señalar no obstante que estos movimientos no estallan con igual violencia en todo el territorio español. Conocerán sus rasgos más puros y su violencia más extrema en dos regiones muy concretas y de estructuras sociales opuestas: la Cataluña industrial y la Andalucía rural.

En Andalucía, la tradición de agitación social se remonta a mitad del siglo XIX: Esta tierra fecunda y espléndida está abierta al mar. Los fermentos revolucionarios penetran por los puertos, especialmente por el puerto de Cádiz, que mantiene estrechas relaciones con la Inglaterra industrial. Lo singular es que las nuevas ideas no permanecen encerradas en Cádiz, sino que se expanden fácilmente por las zonas rurales.

La explicación está en que el campesino andaluz, aunque analfabeto, es no obstante abierto y sociable. La mayor parte de la población rural está concentrada en pueblos grandes: la densidad de las ciudades, el parecido entre las inquietudes que asaltan a todos los asalariados agrícolas, provocan acaloradas controversias de ideas. Una viva efervescencia reina en estos pueblos. El contraste con los pequeños pueblos somnolientos de otras regiones españolas es inmenso.

La desamortización, es decir, la venta de los bienes de la Iglesia y de las municipalidades, trastornará la existencia de los campesinos andaluces, porque estos traspasos de propiedad son lentos en esa parte del país.

La tierra, reconquistada a los moros tardíamente, fue distribuida ampliamente por los reyes de Castilla a las órdenes militares y a las comunidades. Las leyes de desamortización conceden extensiones de tierra mucho más vastas en Andalucía que en Navarra o en Asturias por ejemplo, regiones en las cuales se había formado, desde hacía tiempo, una población de pequeños propietarios campesinos.

Debemos hacer un esfuerzo de imaginación si queremos comprender la transacción económica y psicológica que traen consigo las ventas de los bienes comunales. Juega un gran papel en la insurrección andaluza de Loja, de 1861, Pérez del Álamo, quien nos ha dejado al final de su vida un testimonio de estos hechos; nos habla de las tierras comunales que aún existían en su pueblo cuando tenía dieciséis años:

«Los pobres podían sembrarlas. Se ocupaban de los bosques y de la leña. Podían cazar perdices, liebres y, cualquier otro tipo de caza. De tal manera que, si bien eran pobres, no sabían lo que era el hambre. Hoy, todas estas tierras no son más que dominios privados y el pobre que no tiene trabajo muere de hambre y si se hace con algo que no le pertenece, va a la cárcel».

Las consecuencias de la desamortización son desastrosas. Entroncan con los fines que perseguían los teóricos liberales de la reforma. Estos pensaban que la entrega de las tierras favorecería la formación de un campesinado de pequeños propietarios como había ocurrido en Francia, aunque parcialmente, con los «bienes nacionales». Pero los campesinos españoles estaban privados totalmente de capital. Era pues inevitable que los bienes de los municipios o de la Iglesia fueran comprados por la nobleza o burguesía urbana y no por las gentes campesinas.

Los campesinos perdían en el cambio. Los nuevos propietarios ejercían sus derechos con más vigilancia y más dureza que sus predecesores. Aparecen los guardias jurados al servicio de los propietarios. Al mismo tiempo, el Estado crea el cuerpo de la guardia civil con la misión de hacer respetar el orden en los pueblos.

Los guardias civiles acompañarán de ahora en adelante y hasta nuestros días toda la vida política de España. Su silueta está íntimamente ligada al horizonte del país. Patrullan en «parejas» por todas las carreteras del país, a pie o a caballo, y su eficacia se vuelve legendaria. Establecidos en cada pueblo, viven al margen de la población, reclutados siempre en provincias

distintas de aquella en la que actúan, jugarán un papel destacado en la lucha que el poder lleva a cabo contra todos los movimientos revolucionarios.

Desde este momento los campesinos andaluces sueñan una nueva desamortización, pero que alcance esta vez a los nuevos propietarios, los ricos y los nobles. Es lo que se llama el «reparto». Entre 1845 y 1850 empieza a difundirse la palabra socialismo. Sin duda alguna el significado de esta palabra, importada de los países europeos más evolucionados, se vuelve aquí vago e incierto. El «reparto» no representa en manera alguna una apropiación colectivista de las tierras, sino, al contrario, el acceso al estatuto de los pequeños propietarios. Esto no impide que la ilusión socialista, aun deformada, alimente de ahora en adelante las esperanzas de los humildes y de los oprimidos y al mismo tiempo haga brotar el terror en los propietarios.

Sin embargo, la desamortización tiene otras consecuencias. Da lugar a una ruptura entre el clero y el pueblo. Ciertamente, desde hace tiempo el clero era una institución de la monarquía y una expresión del *statu qua* político, pero sabemos también que estaba muy cerca de los campesinos y de los humildes. Ahora bien, ¿qué va a suceder después de la venta de los bienes de la Iglesia? Privado de sus propios recursos, el clero está condenado a buscar su sustento en otra parte, y no puede encontrarlo más que al lado de los opresores. La Iglesia se transformará en la Iglesia de los ricos; se transforma también en la Iglesia del poder. Por el concordato firmado en 1851, abandona sus bienes a cambio de un sueldo modesto que el Estado garantiza a los sacerdotes. He aquí cómo la Iglesia se convierte en Iglesia del Estado. Puede transformarse en una potencia caritativa, pero ha dejado de ser una potencia independiente.

Los campesinos y los humildes no tardan en darse cuenta de este cambio fundamental. En el gran conflicto dinástico del siglo XIX entre carlistas y cristianos, la Iglesia se alineó al lado de los carlistas, es decir, aparte la cuestión del pretendiente a la corona, en el campo de la tradición conservadora. La religión se transforma en presa de los revolucionarios. En 1835, en el curso de la primera guerra carlista, las iglesias son incendiadas en Barcelona y en Madrid. Estos incendios preludian otro. En el campo, las masas se separan del clero. Vemos que desaparecen poco a poco, o pierden su función, esas comunidades religiosas que antes establecían un lazo entre las masas populares y la Iglesia. Liberados en parte del freno de las reglas religiosas, los hombres del pueblo están fascinados por la violencia de las teorías revolucionarias. La imagen de una España sometida completamente a los imperativos religiosos se desmorona. Desde la mitad del siglo XIX, la descristianización alcanza al sur y al este de España; si bien el mismo fervor continúa rodeando las grandes ceremonias -Semana Santa, fiesta patronal- los hombres dejan de asistir a la misa del domingo. Por el contrario, en la misma época, la práctica religiosa permanece siempre ferviente en el norte de España y en buena parte del centro.

Especifiquemos que aquí tratamos de la práctica religiosa y de la Iglesia como poder temporal y político. La creencia en sí misma y la fe no parecen alcanzadas profundamente; aun sin seguir los oficios, los campesinos andaluces conservan una fe primitiva en el Cristo y en el mensaje evangélico. En más de una ocasión, este fervor irá asociado a la idea revolucionaria. Algunos periódicos anarquistas hasta principios del siglo XX (que, desde este punto de vista, marcará un cambio) están impregnados de religiosidad. La Biblia y las Escrituras son movilizadas al servicio de la promoción social. Varios teóricos se las ingenian para sacar del Evangelio un mensaje envuelto por las contradicciones y confusiones de la Historia. Creen encontrar en él una cierta confirmación de su fantasía revolucionaria. El «desgraciados los ricos» de las Escrituras abunda en toda la propaganda anarquista, por lo menos hasta finales de siglo.

Esta propaganda desembocará gradualmente en una acción concreta. El asunto debe ser tratado con cuidado, por una parte porque afectará a todo el largo drama que desgarrará a

Andalucía y porque empieza a perfilarse una de las formas predilectas del futuro movimiento revolucionario: el alzamiento aislado de una localidad pequeña o grande.

Nos encontramos en el declive del agitado reinado de Isabel II, y las incertidumbres del poder favorecen la efervescencia de los espíritus de aquellos hombres. En la ciudad de Loja, que cuenta con veinticinco mil habitantes, se organiza una sociedad secreta; es de un cierto matiz carbonario, agrupa a los pequeños propietarios y militares. Los conjurados llevan su voz a los campos en nombre de la República. Prometen una nueva repartición de las tierras. A la cabeza del grupo se encuentra un veterinario, Pérez del Álamo.

El 28 de junio de 1861, la insurrección estalla, los amotinados se apoderan de Loja, asaltan el Cuartel de la Guardia Civil y publican un manifiesto con un tono moderado e incluso bastante noble: «Nuestra misión es defender los derechos del hombre respetando la propiedad y todas las opiniones». Loja y el pueblo vecino de Iznajar son liberados; el entusiasmo es indescriptible; los voluntarios afluyen de todas partes. En plena exaltación se reúne un ejército de diez mil hombres. Se crea un gobierno que organiza la defensa de la ciudad revolucionaria. Pero el poder empieza a reaccionar. Reúne unas fuerzas tan considerables que los jefes de la revuelta dan la orden a los insurrectos de dispersarse sin combatir. Lo cual no impedirá que se fusile a cinco o seis cabecillas. Un centenar son condenados a trabajos forzados.

En esta época asistimos todavía a la aparición de bandidos andaluces, que llenarán el campo desde 1840 a 1880. He aquí otra consecuencia de la desamortización. Los nuevos propietarios obligan a ejercer una vigilancia despiadada en sus tierras a sus guardas particulares y a la guardia civil. Se producen incidentes entre los pobres, los vagabundos, los campesinos y las fuerzas del orden. Cada uno de estos incidentes va asociado a la marcha de algunos hombres a la guerrilla. Grupos de hombres fuera de la ley llenan el campo, dan golpes de mano y atacan a los guardas. Estos hombres entrarán a formar parte de la mitología revolucionaria y libertaria. Cabe destacar que el teórico del anarquismo, Bakunin, ha dado un sentido político muy especial a la figura del bandido: «El bandido es siempre el héroe, el defensor, el vengador del pueblo, el enemigo irreconciliable del Estado y de todo régimen social, el enemigo mortal de las instituciones del Estado, de la aristocracia y de la burocracia». Este análisis nos puede parecer convincente; sin embargo es, simplemente, romántico y teórico. En Andalucía, con todo, la significación del bandidaje es ambigua. No debemos olvidar que los nobles españoles han experimentado a menudo una turbia atracción por los disconformes, por la «canalla»: chulos, vagabundos y los fuera-de-la-ley de los campos. Por otra parte, reclutan una clientela lista para cualquier emergencia. Además, muchos grandes propietarios están menos preocupados en suprimir a los prófugos andaluces que en utilizarlos. Les conceden una protección oculta a cambio de ciertos servicios inconfesables. Conviene pues en admitir que muchos de estos bandidos, muy poco identificados con los revolucionarios primitivos, están efectivamente comprometidos con los feudales.

La literatura nos ha dejado numerosas muestras de este carácter complejo y turbulento del bandolerismo andaluz, en particular en las magníficas novelas de Valle Inclán. Valle Inclán nos presenta, por ejemplo, en *La Corte de los milagros*, cuya acción se desarrolla hacia 1867, a un grande de España que llega a su dominio andaluz procedente de Madrid y es recibido por su intendente.

«Voy llamado por el gobernador -exclama el intendente-. Allá sabremos lo que se le ofrece... ¡Ya tenía yo su migaja de curiosidad por verle los dientes a este chucho! Por lo que me han contado algunos que le conocen de otras partes, es un loco de teatro que se ha propuesto acabar con la gente sin fe ni ley, que es la mejor que hay en esta región, y esta fantasía no la ha tenido ni Don Quijote. El bandolerismo, por acá, es endémico y algunas veces muy conveniente, señor Marqués, lo que se llama un mal necesario. (...) Esa gente, ahora tan



perseguida porque desentierra las onzas a unos cuantos ricachos, es la mejor para ciertas danzas».

Y como el marqués da asentimiento, el intendente continúa: «Señor marqués, ese hombre [el gobernador] puede ser nefasto para los propietarios de tierras en toda esta parte. Vea usted que haciéndoles algunos favores a esas gentes, íbamos salvándonos de incendios, talas y latrocinios de ganados. El gobierno, de por sí, no basta para resguardarnos de semejantes daños. Y si estalla la guerra con los bandidos, el fuego se va a llevar muchas cosechas». El marqués levantó los brazos.

» ¿Una Revolución Social?

» Social o antisocial, pero se acerca. Estas justicias de enero solamente traen perturbaciones a los campos donde, poco o mucho, todos viven de hacer la capa a secuestradores y cuatrerros».

Sin embargo no todos los bandidos pactan con los poderosos. Lo hacen para mantener en el propio seno de sus correrías y de sus desbarajustes una reivindicación social y generosa. Otro pasaje de Valle Inclán completa el cuadro del bandolerismo describiendo otra variedad de los fuera-de-la-ley. Un grupo de bandidos platica durante la noche alrededor de una hoguera:

«La Ley de Dios -dice Pinto Viroque (contrabandista y a la vez evadido)- es la igualdad entre los hombres. Hay una diferencia sagrada entre el robo que supone toda riqueza, ya que se ampara en el trabajo de los pobres, y el acto de justicia que realizamos reduciendo esas fortunas».

Un poco más tarde otro de los convidados aborda el problema de la herencia:

«¿Qué mérito tiene aquel que hereda?

» – Ser hijo de su padre y a menudo no serlo. Un mundo bien gobernado no permitiría la herencia. Cada uno debe ganar su vida. Que cada uno haga su oficio y serán los más astutos quienes sobresaldrán; si terminamos con la herencia, terminaremos con la injusticia en el mundo... a fin de cuentas, son los ricos quienes son más delincuentes que nosotros, y además tienen la salvaguarda que les asegura su riqueza, aceptando menos riesgos que nosotros».

He aquí lo que un bandido de más edad confirma:

«En los últimos tiempos, en España se puede robar un bosque entero pero no un pan... Si tuviera cincuenta hombres que me siguieran, verías lo que yo haría. Sólo comerían los que trabajaran. Y los inútiles ricos no hablarían más. ¿Crees que es justo que un hombre después de dejar parte de su vida en el trabajo no tenga otra recompensa que la muerte? Es necesaria una cuerda para atrapar a los que hacen reinar la injusticia en el mundo que conocemos».

En las grandes ciudades, al contrario que en los pueblos, no hay bandidos. Los sobresaltos de la rebelión social toman otros cauces, Estallan algunos movimientos sediciosos en Madrid hacia 1854. Se alzan barricadas; éstas son defendidas por artesanos y gentes del pueblo que los liberales manejan como fuerza de choque. Pero los liberales persiguen sus fines personales. Apenas se preocupan por los intereses populares.

Barcelona ofrece un terreno mejor preparado. Cabe destacar que el capitalismo y la gran industria empiezan a implantarse. Allí, en los medios obreros, se dejan oír las primeras quejas como eco de las grandes luchas obreras que, en esta época, sacuden al resto de la Europa industrial.

El proletario de Barcelona ofrece algunos rasgos singulares. El gran historiador Vicens Vives distingue entre los «operarios» y los «miserables», es decir, entre los obreros calificados y el *lumpenproletariat*. El empobrecimiento progresivo de las tierras rurales empuja y empujará cada vez más a enormes muchedumbres de pobres gentes hacia el espejismo de las metrópolis. Estas gentes desesperadas están y estarán inevitablemente atraídas por aventuras extremas. Durante el período de 1840 a 1868, cada vez que la ciudad vive una «jornada», son los «miserables» quienes se agitan. Los «operarios» apenas participan. Desde mediados de siglo se extiende la costumbre de llamar a estos desheredados, anarquistas; la palabra no encierra ningún contenido político puesto que no ha sido formulada todavía la doctrina anarquista. Se emplea, a modo de amenaza, para aterrorizar a los burgueses. En 1850, de cincuenta y cuatro mil obreros que hay en Barcelona, apenas seis mil quinientos están verdaderamente especializados. Los otros forman lo que se llama «la hez».

Los «operarios» viven en condiciones precarias. La industria de Barcelona es bastante frágil. Los patronos están atormentados por la amenaza de la quiebra; sus modales son imperiosos. El fabricante es el soberano, de su negocio, el amo absoluto, sus decisiones no conocen la piedad. Se reserva el derecho de despedir a cualquiera sin dar cuentas a nadie.

La resistencia de los obreros en un principio no es muy rigurosa. Se hunde el sistema de corporaciones que funcionaba en el antiguo régimen y los trabajadores se encuentran sin recursos ante la voluntad arbitraria del patrón. Además, los obreros sienten en seguida la necesidad de asociarse. Forman sus propias sociedades de apoyo mutuo. Poco a poco, estas sociedades se van recubriendo de una reivindicación política más concreta. Su slogan «cambiad la base del mundo», da testimonio de ello. En 1855, estas sociedades son lo bastante fuertes como para llevar a cabo la primera huelga general contra el capitán general de Cataluña. El motivo es puramente simbólico: los militares pretendían prohibir las sociedades de apoyo mutuo, consideradas como subversivas y que habían sido reconocidas legalmente el año anterior. Madrid se interpone, transige; sin embargo, la suerte de las sociedades obreras ya está amenazada.

Los obreros crean una primera entidad con fines culturales, el Ateneo Catalán. Se discute, se rehace el mundo, se sueña, las mentes se exaltan, se denuncia la injusticia y la mentira, pero el culpable de estas explotaciones queda confuso. Sería una aberración imaginar que desde los años sesenta se desarrolla en Cataluña una verdadera corriente socialista o una acción anarquista. Tiene lugar simplemente un violento deseo de cambio. Una corriente colectivista, antiautoritaria, federalista e igualitaria se intenta encontrar, pero no la sostiene aún ninguna teoría seria. Si continúa circulando el concepto de anarquismo es en un sentido impreciso, el cual algunos utilizan todavía hoy como sinónimo de desorden no como soporte de una doctrina coherente.

En esta lenta toma de conciencia de las masas españolas un hombre ha jugado un papel importante. Si bien jamás ha pertenecido a los círculos anarquistas, gozará siempre de gran prestigio; se trata de Francisco Pi y Margall. Teórico del republicanismo federal, Pi será por un breve período presidente de la República en 1873, pero su influencia se dejará ver en la izquierda española durante la segunda mitad del siglo. La autoridad de Pi se explica en primer lugar por la nobleza de su vida: hijo de burgueses, inaccesible a la corrupción y al tejermeje, permanecerá inquebrantablemente fiel a sus ideas hasta la muerte. Los anarquistas, cuya moral es austera, no podrán menos que ser sensibles a la transparente pureza de Pi y Margall, incluso aunque su doctrina se aleje a veces de la suya. Pi y Margall es adversario del centralismo. Él apunta a reconstruir el Estado bajo la forma de una aglomeración de municipios considerados como las verdaderas unidades naturales. Se ve bien claro que la palabra Estado está destinada a soliviantar a los anarquistas. Éstos permanecen marcados, sin embargo, por esa idea del papel esencial de los municipios sobre lo cual Pi y Margall siempre insistirá. Los anarquistas le

estarán reconocidos por haber sostenido desde el principio que la revolución debía ser social y no simplemente política.

## **CAPÍTULO II**

### **NACIMIENTO DE LA IDEA 1868-1892**

En septiembre de 1868, el ejército y la marina se sublevan contra Isabel II, el pueblo apoya el movimiento, y la reina, vencida, marcha a Francia. Se instala en Madrid un gobierno provisional muy moderado, presidido por el general Serrano. Dos meses más tarde, Giuseppe Fanelli, ingeniero italiano, desembarca en Barcelona. Este hombre, corpulento, de ojos negros brillantes y espesa barba negra, no pasa inadvertido. Fanelli es diputado del Parlamento italiano, pero, sin embargo, confiesa que únicamente ha aceptado esta plaza para beneficiarse del transporte gratuito de los ferrocarriles. Este rasgo sugiere ya que la acción política con la cual sueña sigue otros cauces que los del parlamentarismo. Su estancia fugaz, en España lo confirmará.

Durante una breve escala en Barcelona intenta tomar contacto con los medios obreros. En un principio no tiene éxito, y se dirige a Madrid, donde conoce a Tomás González Morago, grabador de profesión, que es uno de los primeros en llamarse libertario en España. González Morago introduce a Fanelli en un centro republicano de Madrid, el Fomento de las Artes, frecuentado por obreros jóvenes atraídos por el federalismo de Pi y Margall y por las doctrinas de Proudhon.

En la memoria de estos jóvenes serios y exaltados dejará una huella imborrable el paso de Fanelli. ¿No había sido este italiano un antiguo compañero de Garibaldi y no había tomado parte en las insurrecciones polacas? Mejor aún, era el mensajero del dirigente casi legendario del movimiento anarquista internacional, el ruso Bakunin.

Las palabras de Fanelli van a trastornar a sus auditorios madrileños. Hecho curioso, ya que Fanelli hablaba tan solo en francés y en italiano, lenguas inaccesibles a los libertarios españoles. Se trata de la atracción natural por la idea, se trata de la seducción personal de Fanelli, sus discursos son de lo más impresionante. Esta palabra inaudible alumbró las primeras brasas de un fuego que va a devastar a España durante setenta años.

«Su voz, que tenía una sonoridad metálica -escribe Anselmo Lorenzo, testigo ocular de los hechos y que llegaría a ser uno de los historiadores, y a la vez dirigente, del anarquismo peninsular-, era capaz de tomar todas las inflexiones que conviniera, pasando rápidamente de la cólera y la amenaza, cuando atacaba a los tiranos y opresores, a un tono de piedad, de pena, o de consuelo, al evocar el sufrimiento de los oprimidos, puesto que les comprendía sin haber sufrido y se mostraba verdaderamente altruista, a la par que satisfecho, cuando presentaba un ideal ultrarrevolucionario de paz y fraternidad».

Esta relación, posterior a los acontecimientos, nos permite ver el entusiasmo provocado por Fanelli. El fervor de Lorenzo y de sus compañeros es comparable al fervor de los primeros cristianos. Su lenguaje evoca el de los Evangelios. No le falta razón a Juan Díaz del Moral, uno de los mejores conocedores del movimiento anarquista español, cuando dice: «Descendían lenguas de fuego sobre la cabeza de los reunidos en ese cenáculo», y añade que éstos, abrazando inmediatamente las ideas de Bakunin, «tuvieron la impresión de alcanzar de una vez

las altas cumbres de los dogmas, principios y axiomas inmutables de la ciencia obrera, en una palabra, de encontrarse de ahora en adelante en posesión de verdades absolutas».

Fanelli no se entretiene demasiado en Madrid. Asiste a algunas reuniones en el centro, se encuentra con sus nuevas amistades en los cafés, distribuye folletos anarquistas; después, faltar de dinero, vuelve a Barcelona. Más satisfecho que en su primera estancia continúa en la ciudad catalana la acción iniciada en Madrid. Pero el subsidio que Bakunin debía enviarle se retrasa y, tres meses después de su llegada, Fanelli se ve obligado a partir hacia Marsella. Aunque esta figura señera del anarquismo italiano desaparece, sus enseñanzas permanecen en el espíritu de todos.

Estas enseñanzas son en realidad las de Bakunin. El primer efecto que producirá la misión de Fanelli será asegurar, en la España agitada de los años 1868-1873, el triunfo de Bakunin frente a Marx. Algunas veces ha maravillado la rapidez con que la predicación anarquista invadió entonces el país. ¿Es acaso únicamente fruto del azar, una coincidencia? ¿Tenemos que recurrir a cierta fatalidad histórica o sociológica que hubiera designado a España, entre todas las naciones de Europa, a fines del siglo XIX, como la tierra prometida del anarquismo?

Desde la constitución de la Primera Internacional, en 1864, la Asociación posee fermentos de escisión, encarnados en las figuras de Marx y Bakunin. El primero, judío alemán, se presenta como un teórico frío, científico y racional. El segundo es completamente opuesto. «Titán de cabeza leonina; con una soberbia cabellera erizada», el aristócrata ruso es un verdadero gigante, capaz de las mayores iras y enternecimientos desmesurados. Orador brillante e inspirado, es un hombre desordenado, incansable, pasa horas enteras discutiendo con otros compañeros. Es sencillo, inocente y espontáneo. Es generoso hasta el extremo. Su sistema filosófico no posee el rigor que posee el de Marx. Es mucho más lírico que razonado.

Las diferencias de sus caracteres alcanzan, en un nivel más radical, a sus doctrinas. Marx representa el origen de una corriente realista, relativista, europea, occidental, científica y social. Bakunin, por el contrario, es llevado por una especie de pasión revolucionaria, por un sentido del mito, por una visión decididamente individualista, que se satisface con pequeñas comunidades naturales, en definitiva por toda una mezcla de ilusiones líricas y de voluntad mesiánica que remite su sistema a un modelo más asiático que occidental.

Los análisis de Bakunin no son tan complejos como los de Marx. Su idea es muy simple: la sociedad reposa sobre una injusticia radical. Su empobrecimiento aparta a los pobres del banquete de la vida, a ellos ninguna esperanza de progreso se les ofrece. Esta situación es intolerable y hay que ponerle fin. Ya las grandes religiones asiáticas, conscientes de las miserias del mundo terreno habían imaginado un futuro extraterrestre, un paraíso donde reinaría la justicia de Dios y una eterna felicidad. Bakunin, que es ateo, está decidido, aunque de una manera ingenua, a transportar el edén sobre la tierra. Hay que transformar el mundo en un paraíso de donde el mal y el dolor sean expulsados. La injusticia será extraída de las comunidades humanas y la felicidad será la regla absoluta. El amor, hoy ofendido, gobernará todas las relaciones sociales.

Bakunin no se contenta con delimitar sus objetivos. Proporciona la receta para alcanzarlos: destruir el Estado, la Religión y el Capital, que son las únicas fuentes de la injusticia social, y reemplazarlas por el Ateísmo, el Anarquismo y el Colectivismo. Tal es el programa que debe seguir, según él, toda empresa revolucionaria. Al rigor pesimista de Marx, Bakunin opone una visión deliberadamente optimista de la naturaleza humana y una ingenua confianza en el futuro luminoso de la historia.

Algunos teóricos han visto, en esta división de Europa entre marxismo y anarquismo, la consecuencia de una necesidad. A sus ojos, el socialismo marxista, porque es científico y realista no podía realizarse más que en los países industriales y estructurados de la Europa occidental. Es un hecho que el marxismo ha conquistado fácilmente la Europa del Norte; por su parte el anarquismo se ha desarrollado preferentemente en los países mediterráneos: Italia, España y América Latina.

Esta tesis es sostenida por ciertos historiadores del anarquismo, en particular por Juan Díaz del Moral, citado anteriormente. Es cierto que el propio Díaz del Moral andaluz de nacimiento, estaba sensibilizado por el anarquismo primitivo y mesiánico de esa dramática tierra que es Andalucía. Los historiadores del anarquismo catalán presentan por el contrario análisis diferentes. Los éxitos del anarquismo en Cataluña les parece que son el efecto de un azar histórico. ¿Cómo, por otra parte, explicar que el anarquismo haya prosperado en una ciudad como Barcelona, que presentaba poco más o menos las mismas características que las grandes ciudades industriales del Norte de Europa? A esto se podría objetar que los obreros de Barcelona contaban ya en sus filas con un fuerte contingente de inmigrantes llegados de las regiones rurales del sur de España.

Se podría discutir horas y horas hasta perder de vista estos problemas. No importa cuál sea la clave del enigma, la figura de Bakunin ejercerá una verdadera atracción en ciertos medios españoles. Valle Inclán nos proporciona la prueba en su novela póstuma *Baza de espadas*, en la cual no duda en falsear la realidad histórica e imagina un viaje de Bakunin desde Gibraltar a Londres hacia 1868. El novelista describe primeramente la reunión en la ciudad, por aquel entonces muy liberal, de Cádiz, de militares y revolucionarios que se preparan para derrocar a la monarquía. Se adopta la decisión de mandar a Londres una delegación de emisarios que tomarán contacto con los jefes de la conjuración, en particular con el famoso general Prim, que se encuentra en el exilio. Es aquí donde Valle Inclán introduce a Bakunin. Éste se encuentra con la delegación española, que se traslada como él a Londres por Gibraltar, a bordo del vapor «Omega». Sobre el navío se encuentran así reunidos un personaje que llegará a ser un cabecilla anarquista célebre, Fermín Salvochea (circunstancialmente disfrazado de marino), varios militares e incluso un sacerdote. Este último rasgo no debe sorprendernos: en la vida española, siempre y por todas partes encontramos la figura del sacerdote.

En altamar, este extraño cargamento de conspiradores se dedica a matar el tiempo discutiendo acerca del único tema que mueve sus pasiones, la Revolución. Valle Inclán aprovecha la ocasión para pintarnos el cuadro de una de estas discusiones, tempestuosas y un poco demenciales, que se organizan como por milagro, en toda circunstancia, alrededor de Bakunin. La tempestad arrecia. El gigante ruso, envuelto en el humo de su pipa, ante una mesa repleta de vasos, trae de cabeza a sus interlocutores. Está magnífico, inspirado y hablador; ríe, chilla, se diría que se trata de una escena de Dostoievski. A sus compañeros, que están poseídos por el ideal liberal o que sueñan con un vago socialismo, Bakunin opone una defensa vehemente y convencida del anarquismo. Para él «la utopía es la realidad de mañana» y «la tarea de hoy (es) intentar el ateísmo y el antiestatismo». Después la emprende contra el marxismo con una pasión y una precisión premonitoria; Valle Inclán aporta en cierta manera su propia opinión:

«Hoy, debemos destruir el régimen existente en todos los países europeos, pero mañana nuestro destino es combatir al régimen comunista, tal como lo concibe la Internacional: la dictadura del proletariado». Las fórmulas difunden: «El socialismo de Estado conforme a la doctrina marxista puede edificarse exclusivamente sobre los escombros de las antiguas sociedades en medio de una nueva esclavitud de masas reducidas a la obediencia, a la inmovilidad y a la muerte», y además: «la Europa occidental, senil, corrompida, escéptica tiene necesidad de una transfusión de sangre bárbara que la arranque de su cretinismo democrático», y al fin: «Empiezo por execrar toda revolución que no destruya las instituciones

estatales. Sin anarquía no hay verdadera libertad ni respeto al individuo». Y concluye: «La revolución debe ser en todos los casos una máquina infernal».

Tal es el turbulento mundo de los pensamientos, de las esperanzas y de las utopías que Bakunin difunde en España, no directamente como lo describe Valle Inclán en su novela, sino a través del ingeniero Fanelli. En número reducido todavía, pero entusiastas, puros y generosos, los conversos se aficianan a difundir el mensaje: «Defendiendo su ideal -anota Díaz del Moral- como lo hacía Don Quijote, y como él se lanzan por los caminos para deshacer entuertos y para predicar la Buena Nueva».

Tal efervescencia social en la Europa de aquellos años, sacando partido del tempestuoso itinerario político de España entre 1868 y 1873, es algo excepcional. La Comuna de París será pronto aplastada y los intentos revolucionarios desaparecerán en Francia. Algunos países de regímenes dictatoriales se mantienen al margen de la agitación socialista. España se convierte en un terreno experimental hacia el cual van a fijar su mirada todos los revolucionarios de Europa. En el duro combate entre Marx y Bakunin, el ruso se beneficiará de algunas ventajas importantes: la única tierra en Europa donde el porvenir revolucionario puede parecer abierto se desliza hacia las tesis anarquistas que rechazan la doctrina científica y racional de Marx. Son Farga Pellicer y Anselmo Lorenzo quienes, pasando por múltiples peripecias; forman el núcleo de la Federación Regional Española, sección española de la Asociación Internacional de Trabajadores, es decir de la Primera Internacional. Y la Federación Regional alcanza pronto la cifra de quinientos mil obreros.

Marx se esfuerza por recuperar el terreno perdido. En diciembre de 1861 envía a España a un delegado encargado de hacer por su cuenta la tarea realizada por Fanelli a cuenta de Bakunin. Marx confía esta misión a su propio yerno, Paul Lafargue, al que no tenía en muy gran estima y le apodaba «el Gascón». Lafargue, a pesar de este sobrenombre no se amilanaba. La Comuna de París, a la cual había pertenecido, le coronaba de una aureola revolucionaria. Por otra parte, educado en Cuba dominaba perfectamente el español. Sin embargo, su misión será un fracaso: en 1872 y 1873, la Sección de la Internacional Española se sitúa al lado de Bakunin los excluidos de la Federación Regional forman la célula del futuro Partido Socialista español que surgirá en 1879 bajo la dirección de Pablo Iglesias.

Esta histórica escisión del proletariado español va a coincidir con la implantación de un efímero régimen republicano, régimen débil, dividido entre dos doctrinas rivales, la de los unitarios y la de los federalistas, estos últimos no retrocederían ni ante la tesis extrema del cantonalismo. Los cantonalistas pasan a la acción, se sublevan, y ciudades tan importantes como Cartagena se declaran independientes. Hay que preparar rápidamente al ejército para reducirlos.

Estos desórdenes enfrentan a unos contra otros guardias civiles y anarquistas. El episodio de Alcoy una prueba. Alcoy es una ciudad no muy grande situada entre Valencia y Alicante. Posee una antigua industria papelera y textil que, en 1873, emplea como mínimo a ocho mil obreros; entre ellos abundan los miembros de la Internacional. Por otra parte los trabajadores adoptan la huelga para exigir la jornada laboral de ocho horas. Los patronos rechazan la propuesta. El alcalde está de parte de los propietarios. Los huelguistas se manifiestan frente al ayuntamiento en un tono más de burla que amenazador. Sin embargo, la policía pierde su sangre fría y empieza a disparar. Un encarnizado combate se desencadena por las calles de la ciudad. Durará veinte horas, finalizando con el triunfo de los trabajadores. Se cometen todo tipo de excesos. Arden las fábricas. El alcalde es asesinado. Las cabezas de los policías son paseadas a través de todo Alcoy. Estas violencias trastornan al país. La burguesía parece enloquecer. Los periódicos publican relatos apocalípticos: describen mujeres violadas, curas crucificados, burgueses defenestrados, etc. Entre las clases privilegiadas se considerará a Alcoy como el símbolo de los peligros que les hace correr un gobierno poco firme. La tradición obrera va a

considerar esta primera huelga revolucionaria, realizada gracias a la unidad entre artesanos, obreros y las capas más bajas del campesinado, como el modelo para una futura acción revolucionaria.

Al año siguiente asistimos a un gran cambio. En 1874 se implanta la Restauración monárquica. La llegada de Alfonso XII supone un freno a la agitación obrera. Bajo la severa ley de Cánovas, principal artesano de la Restauración, los impulsos revolucionarios son reprimidos cruelmente desde 1874 a 1881. Los propietarios se tranquilizan. Aquel año 1873, en el cual todo estaba a punto de derrumbarse, no es más que un mal recuerdo. El anarquismo es severamente perseguido, y la Federación Regional disuelta. Los más fuertes y los más fieles de sus apóstoles luchan en la sombra, consagrados a actividades clandestinas. Sin embargo, la mayor parte se desalienta y abandona. La llamada revolucionaria de 1873 ya no es más que un sueño. La verdad reside en que el orden del mundo es inmutable. Los patronos se han vuelto más duros que las rocas. El orden social sobrevivirá a todos los ataques y la injusticia queda inscrita en los astros. El mundo permanecerá dividido entre pobres y ricos para toda la eternidad.

El anarquismo saldrá profundamente transformado de esta dura prueba. La persecución empuja a los disconformes a la acción individual. En este sentido el poder respondía misteriosamente al deseo secreto de los anarquistas justificando una de las tentaciones constantes del movimiento libertario: el rechazo de toda organización autoritaria.

Los militantes deciden desarticular las estructuras puestas, en juego anteriormente. Muy pronto predomina la acción improvisada, espontánea e indecisa de estos hombres aislados. En los últimos diez años del siglo se desarrolla en España, como en el resto de Europa, un clima favorable para los atentados terroristas. Exaltados militantes realizan actos sangrientos y absurdos. En los Congresos, ya que las reuniones son muy irregulares, se acoge, al lado de algunos grupos todavía poco coherentes, a toda clase de individuos, tanto a representantes de los periódicos de la oposición como a simples exaltados. Se edita y reparte un «Indicador anarquista» que expone de una manera muy simple la fabricación de explosivos y como utilizarlos. Criminales de delitos comunes sacan provecho de esta situación. Cometan sus abusos con el pretexto de su convicción anarquista. La prensa libertaria se introduce por unos senderos cada vez más dudosos: se preguntará incluso hasta qué punto el robo es lícito o no.

Estos desvíos alteran la idea anarquista. La pureza la generosidad original son desplazadas por este furor que todo lo devasta. Un peligro mortal amenaza la *Idea*. Afortunadamente tales atentados son fruto exclusivamente de algunos irresponsables. El pueblo no llega a comprenderlos. Las organizaciones obreras los desapruaban. Si bien estas no renuncian a la violencia, la emplean en las formas tradicionales de insurrección y sublevación. Mientras que un cierto número de dirigentes anarquistas abandonan España y marchan a la América Latina, donde prosiguen la lucha, en Andalucía, entre los años 1878 a 1880, asistimos a un brote episódico de acción directa: en las grandes propiedades son incendiadas las cosechas.

Los marxistas por su parte no permanecen inactivos. El socialismo progresa en toda Europa. Resiste las persecuciones de Bismark. Su influencia llega hasta Francia. En varios países industriales, logra la elección de diputados y de municipales. En España no sucederá lo mismo: el Partido Socialista se funda clandestinamente en 1879, pero sus afiliados son muy pocos. Se podría creer, entonces, que las estructuras y los objetivos definidos por el fundador del partido, Pablo Iglesias, eran contrarias al carácter español. Este es rebelde al centralismo, a la disciplina estricta, a la preocupación por la pureza teórica que exigía Pablo Iglesias. A nivel práctico, la elección del partido socialista repugna a los obreros en general, salvo a una minoría. La conquista del poder político por el proletariado y la nacionalización estatal de los medios de producción preconizados por los socialistas sólo tienen acogida en Madrid y en algunas

provincias del Norte. En 1900 los socialistas españoles elevan al Parlamento a un solo diputado y el número de municipios que controlan puede contarse con los dedos de una mano. El partido es simplemente un grupo restringido, sin ninguna influencia en las masas, atrae a algunos trabajadores más promocionados, como los tipógrafos. En 1888 se crea un sindicato de inspiración socialista, la UGT (Unión General de Trabajadores). Tropezaba con las mismas dificultades, y en sus comienzos cuenta escasamente con unos diez mil afiliados.

En 1881, con el regreso al poder de los liberales de Sagasta, la represión policíaca disminuye, lo cual favorece la resurrección de la Federación Regional Española. Bien pronto, sin embargo, se reavivan los poderes públicos, y se lanza una nueva ofensiva contra la subversión. La policía anuncia a grandes voces que ha descubierto y está a punto de dismantelar una organización secreta llamada la Mano Negra, cuyo estilo es semejante al Carbonarismo o la Maffia. Esta asociación clandestina está consagrada a la acción oculta y sangrienta; su objetivo es aterrorizar a los grandes propietarios andaluces y derribar a los más fuertes. Los miembros de la Mano Negra están sujetos a unas reglas muy estrictas: relaciones muy estrechas entre ellos y represalias atroces contra los que traicionen la causa.

El gobierno pone la cuestión al rojo vivo. Se arresta a centenares de militantes. Se inicia un proceso monstruo. Trescientas penas de prisión son dictadas y ocho acusados son ejecutados. El asunto alcanza a toda Europa: la Mano Negra posee algo de satánico por el clima de clandestinidad y de crueldad en el que se desenvuelve. Esta asociación de las sombras es una conjuración del mal, y el movimiento anarquista es acusado de infamia.

Los anarquistas niegan que desempeñen algún papel en la Mano Negra, y afirman que dicha asociación ni siquiera existe; fue inventada por el gobierno y la burguesía, que necesitan un pretexto para exterminar al movimiento libertario. De hecho, observadores serios, tal como el sociólogo Bernaldo de Quirós, designado por el gobierno para investigar los hechos, emite algunas dudas acerca de la existencia real de la asociación. La realidad no es tan simple. Díaz del Moral, poco sospechoso de alimentar alguna hostilidad contra los movimientos revolucionarios, ha descubierto algunos años más tarde a un antiguo miembro de la Mano Negra. Y este hombre reconoció haber recibido una vez la misión de ejecutar a un obrero delator. Sin embargo, si se ha comprobado que algunos anarquistas se adhirieron a la Mano Negra, también es cierto que ésta fue alejada y tergiversada de sus objetivos y de sus métodos por simples bandidos y asesinos.

El movimiento anarquista saldrá seriamente perjudicado de este episodio. De 1885 a 1890 van a transcurrir unos años más tranquilos. Pero la exaltación revolucionaria no está adormecida. Una muestra puede ser que es en esta época cuando se establece el primero de mayo como jornada de la fiesta del trabajo; en España, todas estas ceremonias se celebran con gran entusiasmo y con participación de toda la población obrera.

En Andalucía, la antigua esperanza mesiánica va a surgir de nuevo. Nada expresa mejor la violencia y el desatino como los acontecimientos de la noche del 8 de enero de 1892, en la ciudad de Jerez, centro vinícola muy importante. Aquella noche, un número destacado de obreros agrícolas se reúne a las puertas de la ciudad, y penetran en ella con el fin de liberar a los detenidos por el asunto de la Mano Negra. Van de un lugar a otro por las calles sombrías y desiertas, impacientes y ávidos de pasar a la acción. La población burguesa se encierra en sus domicilios. Los insurgentes consiguen apoderarse solamente de dos o tres infelices, y los matan. Entre las víctimas se encuentra un escribiente. El infortunado nada tenía que ver con la opresión social. Su crimen consistía en haberse desentendido de los acontecimientos; esto reanima el tema, mencionado anteriormente, de la Mano Negra. Transcurridas algunas horas, llega el ejército y los insurgentes se dispersan sin intentar siquiera resistir. La represión será



severa; son ejecutados cuatro cabecillas y dieciocho militantes son condenados a trabajos forzados.

Hay múltiples referencias sobre los acontecimientos de Jerez. Blasco Ibáñez nos ha dejado un testimonio en su novela *La Bodega*.

En la novela de Blasco Ibáñez, la revuelta está presidida de lejos, o mejor dicho, observada por Fernando Salvatierra. Por otra parte, este personaje no es una creación imaginaria; toma sus rasgos de un jefe anarquista de la época, Fermín Salvochea, que aparecía junto a Bakunin en la novela de Valle Inclán. El retrato, generoso y lleno de matices, que nos ha dejado Blasco Ibáñez de este hombre, nos permite hacernos una idea de lo que fueron los líderes anarquistas de la época, eran tan desinteresados que se les daba el sobrenombre de «Apóstoles de la Idea».

El verdadero Fermín Salvochea fue una figura de gran dignidad. Hijo de un comerciante acomodado de Cádiz, en 1868, a la edad de veintiséis años, participa en una revuelta republicana en su ciudad natal; a consecuencia de ello es encarcelado. En 1871, ocupa un cargo en el Ayuntamiento de Cádiz, más tarde lo encontramos mezclado en el movimiento cantonalista. Es recluido en una colonia penitenciaria de África. Un solo rasgo nos revela su rigor: su familia, que tiene poderosas influencias en Madrid, obtiene su perdón; el director se lo comunica a Salvochea. Éste lo rechaza. Para él no hay más que dos maneras de recobrar la libertad, y así se lo hace saber al director: o bien por la fuerza, o por la amnistía general para todos los presos políticos.

Liberado algunos años más tarde, Salvochea funda en Cádiz un periódico anarquista. La pureza de su comportamiento le asegura un prestigio casi religioso entre los trabajadores y los pobres. La burguesía le odia por traidor a su clase. Es encarcelado de nuevo en 1891 tras unas manifestaciones campesinas en Andalucía y no podrá participar en el levantamiento de Jerez. De ahora en adelante, será considerado responsable y condenado a doce años de cárcel, aunque desde el fondo de su celda había desaconsejado el recurso de la insurrección.

«Un santo laico, declaran sus adversarios -escribe Blasco Ibáñez a propósito de Fernando Salvatierra, nombre simulado de Salvochea-. Si hubiera nacido dos siglos antes, hubiera sido fraile mendicante, preocupado siempre por los sufrimientos de los demás, y quizá su imagen hubiera terminado por ocupar su sitio en los altares. Mezclado en las agitaciones de una época de luchas, era un revolucionario. Sensible al llanto de un niño completamente extraño al egoísmo, estaba siempre dispuesto a acudir en ayuda de los desventurados y sólo su nombre bastaba para aterrorizar a los ricos; y era suficiente, en su vida errante, pasar algunas semanas en Andalucía para que las autoridades estuvieran alarmadas y las tropas concentradas en la provincia. Sucede que este judío errante de la rebelión, si bien odiaba la violencia, la predicaba por todas partes a la gente miserable como único medio para su salvación».

Tales figuras no son excepcionales entre los jefes anarquistas. Salidos a veces de familias honorables, a menudo muy cultos, sacrifican sus privilegios en defensa de la *Idea*. Llevan una vida sencilla; son austeros y puritanos; no fuman ni beben y su conducta sexual es irreprochable; Salvochea es soltero. Anselmo Lorenzo permanecerá rigurosamente fiel a la compañera a quien rehusará desposar legalmente. La generación siguiente verá aparecer otro tipo de líderes: Francisco Ferrer, por ejemplo, se apartará del puritanismo de sus antecesores; predicará el principio del amor libre.

Volviendo al episodio de Jerez, descubrimos un cierto aire de mesianismo. Sobre este punto también la novela de Blasco Ibáñez nos ofrece un testimonio valioso. Nos muestra cómo una gran huelga de asalariados agrícolas excita los ánimos. Las conversaciones exaltadas inflaman a estos espíritus simples en los cafés de los pueblos y en las ciudades. Un buen día aparece y

se propaga la consigna: hay que tomar Jerez. ¿De dónde procede este mensaje? En principio nadie lo sabe; los campesinos no están agrupados en organizaciones estructuradas. Parece ser que la consigna ha sido lanzada por un joven desconocido en la región al cual se le llama «el Madrileño», y que se conducirá cobardemente una vez iniciada la acción.

A la hora convenida se concentra una gran multitud de campesinos. No hay jefes, ni organización, sino una efervescencia y una exaltación inmensa, la hora ha llegado. «No podemos esperar más, los insurrectos gritan viva la Revolución, viva la Anarquía». Levantamientos similares, explosiones semejantes, ¿pertenecen a la historia de las revoluciones políticas?, o, mejor, ¿no pertenecen a esos fenómenos religiosos en espera de la parusía o del Apocalipsis?

En la confusión, la multitud se revuelve. Los insurgentes marchan sobre Jerez con la convicción de que Fernando Salvatierra, el apóstol, va misteriosamente, casi por milagro, a ponerse al frente de la acción. Están persuadidos igualmente de que el ejército y la guardia civil van a unirse a su causa. ¿Cuántos son? Los documentos hablan de varios miles, y el historiador inglés Gerald Brenan habla de cuatro mil hombres. Pero en su novela Blasco Ibáñez afirma que la mayor parte se dispersa en el preciso momento de marchar sobre la ciudad y que solamente permanecen ochocientos fanáticos. Penetran en la atemorizada ciudad, protegida detrás de sus porches y ventanales. El grupo de rebeldes da vueltas y más vueltas por las calles. La incertidumbre llega a su punto máximo; se forman pequeños grupos que, en el paroxismo del desorden, buscan en vano una víctima, asesinan a los viandantes que no se han ocultado. Fernando Salvatierra no aparece. El ejército y los guardias civiles no han traicionado a sus jefes. La Revolución no se producirá todavía. La Buena Nueva era una falsa alarma. Los insurrectos van como alocados por las callejuelas y son incapaces de tomar la más mínima decisión. Las fuerzas del orden irrumpen en la ciudad, detienen a los rebeldes como peces dementes en la red.

«La caza del hombre empieza por todo Jerez -dice Blasco Ibáñez-. Pelotones de policías y de infantería permanecían vigilantes en las entradas de las calles mientras que la caballería y las patrullas hacían batidas en la ciudad y arrestaban a todo sospechoso (...). Los prisioneros en largas filas entre las bayonetas y las grupas de los caballos, unos abatidos, desmoralizados por la hostilidad de estos soldados que, les habían dicho, iban a unírseles; otros, estupefactos, no comprendían por qué su triste cortejo despertaba tanta alegría en la Calle Larga, ellos, que habían desfilado algunas horas antes triunfadores, no se habían permitido el menor exceso. La mayor parte habían sido arrestados en el momento que intentaban huir de la ciudad, los otros, bien en los cabarets donde habían encontrado refugio, bien en las calles, fueron detenidos por casualidad en las batidas que practicaban los soldados (...). Era un continuo desfile de infortunados arrastrados a la prisión. Pero ésta era pequeña para tanta gente; muchos permanecerán encarcelados en los cuarteles».

Así concluía, en la confusión y el horror, la loca esperanza que había empujado a miles de miserables hacia las luces de la ciudad. La epifanía terminaba en desbandada.

## CAPÍTULO III

### DE MONTJUÏC A LA ANDALUCÍA TRÁGICA 1893-1905

El siglo terminará en medio de la duda, la violencia y la desesperanza. La inteligencia europea desgarrada entre la doble predicación de Nietzsche y de Dostoievski, cederá el sitio al vértigo. El reino que el alemán propone al superhombre, una vez proclamada *la muerte de Dios*, es un reino desierto. El propio Dostoievski a pesar de la presencia de Cristo en el fondo de su obra, siembra inquietantes fermentos: «*Si Dios no existe* -dice el viejo Karamazov-, *todo está permitido*», y su patética pregunta suscita los delirios sombríos de la libertad ya que no impide la fascinación. Oponiéndose apasionadamente a los desórdenes que asaltan la conciencia de la época, el ruso los pone de manifiesto y quizá los multiplica. El nihilismo prospera de un extremo a otro de Europa.

El tumulto de las bombas que sacude el final del siglo forma el acompañamiento fúnebre de este auge de lo absurdo, de esta sumisión a la vida y a la desgracia. Kropotkin advierte en 1891 a sus compañeros que un «edificio basado sobre algunos siglos de historia no se destruye con algunos kilos de explosivos», las gentes desesperadas hacen caso omiso a este consejo. Surgen de entre las sombras algunos hombres que van a asegurar el reino de la nada: Ravachol, Vaillant, Émile Henry toman partido por la violencia y su injusticia. El presidente Sadi Carnot es asesinado en 1892 por Caserio. En 1892 se lanza una bomba contra el rey de Italia. Ocho años más tarde Gaetano Brescia asesina a Umberto I. La utopía libertaria, que en sus orígenes se había presentado como una forma extrema pero generosa del humanismo, parece ahora pervertida por las mismas fuerzas que denunciaba y combatía. Es el tiempo de la muerte, del silencio y de la sangre.

La revuelta en España desplaza su centro neurálgico. Se aparta de los campos andaluces. Barcelona se convierte en capital de la cólera. En 1893, una bomba hiere al general Martínez Campos, capitán general de Cataluña. El autor del atentado, Pallás, no intenta huir. Ha realizado su acción para vengar la muerte de los periodistas anarquistas ejecutados por complicidad después de los acontecimientos de Jerez. Pallás muestra una valentía ejemplar ante la muerte. Su ejecución marcará dolorosamente a las generaciones siguientes. Empieza a crearse una leyenda negra de la cual se nutrirán las fantasías anarquistas. Ningún otro libro nos da mejor testimonio de esta leyenda sangrienta y fúnebre que ciertas obras de Pío Baraja. Su novela *Aurora Roja*, publicada en 1904 y cuya acción se desarrolla pocos años antes en Madrid, hace referencia a menudo a las grandes figuras de los anarquistas desaparecidos en el combate. Utilizaremos estos documentos. Ayudan a oír, en contraposición a las certezas de la historia, los ecos que despertó esta historia durante numerosos años en los círculos entregados al triunfo de la causa. En este sentido debemos escuchar las discusiones de los anarquistas de Pío Baraja. A propósito de los últimos momentos de Pallás escribe:

«— Sí, es verdad -dijo el Libertario-; los últimos días en la cárcel se descompuso. Y era natural. Nosotros solíamos ir a verle, y nos hacía la apología de la idea. El último día, ya en capilla, estábamos despidiéndonos de él cuando entraron un médico y un periodista.

»“Yo quisiera -dijo Pallás- que, después de muerto, llevaran mi cerebro a un museo para que lo estudiaran”. “Será difícil”, le contestó el médico fríamente. “¿Por qué?” “Porque los tiros se los darán a usted, probablemente, en la cabeza, y los sesos se harán papilla”. Pallás palideció y no dijo nada.

»— Es que sólo con la idea hay para ponerse malo -saltó diciendo Manuel.

»– ¡Pues bien valiente que estuvo Paulino al morir! -exclamó Prats.

»– Sí, luego ya se animó -dijo el Libertario-. Le estoy viendo al salir de la cárcel, cuando gritó: «¡Viva la anarquía!»; al mismo tiempo, el teniente que mandaba la tropa dijo a sus soldados: «¡Firmes!», y las culatas de los fusiles, al dar en el suelo apagaron el grito de Pallás».

Pallás había vaticinado que se haría venganza. Un mes después de la ejecución, el 7 de noviembre de 1893, se realizó esta venganza; fue algo terrible. Un amigo de Pallás hace explotar una bomba en el Liceo el mismo día de la inauguración de la temporada con Guillermo Tell. Mueren veinte personas, de las cuales la mitad son mujeres, y numerosos espectadores resultan heridos.

«La cosa era terrible; me pareció que había cuarenta o cincuenta muertos. Bajé a las butacas. Aquello era imponente; en el teatro, grande, lleno de luz, se veían los cuerpos rígidos, con la cabeza abierta, llenos de sangre; otros estaban dando las últimas boqueadas. Había heridos gritando y la mar de señoras desmayadas, y una niña, de diez o doce años, muerta. Algunos músicos de la orquesta, vestidos de frac con la pechera blanca empapada en sangre, ayudaban a trasladar los heridos... Era imponente». El autor del atentado, llamado Santiago Salvador, en un principio escapa a la policía. Ésta arresta a ciento sesenta militantes, que encierra en Montjuïc, donde son torturados salvajemente. Cinco sospechosos, capturados al mismo tiempo que Salvador serán ejecutados. Un anarquista de «Aurora Roja» describe a Salvador de esta manera:

«– Debía de ser una fiera -dijo Skopos-. Él se escapó del teatro en el momento del pánico, y al día siguiente, cuando el entierro de las víctimas, parece que se le ocurrió subir a lo alto del monumento de Colón con diez o doce bombas y, desde allí, irlas arrojando al paso de la comitiva».

Durante su estancia en la cárcel, Salvador observa un comportamiento ejemplar. Da muestras de arrepentimiento para evitar las crueldades policíacas.

«– Mientras estuvo preso -siguió diciendo Skopos-, hizo la comedia de convertirse a la religión. Los jesuitas le protegieron, y allí anduvo un padre Goberna solicitando el indulto. Las señoras de la aristocracia se interesaron también por él, y él se figuraba que lo iban a indultar...; pero, cuando le metieron en capilla y vio que el indulto no venía, se desenmascaró, y dijo que su conversión era una filfa. Tuvo una frase hermosa: “¿Y tus hijas? -le dijeron-. ¿Qué va a ser de tus pobrecitas hijas? ¿Quién se va a ocupar de ellas?” “Si son guapas -contestó él-, ya se ocuparán de ellas los burgueses”».

«– Yo asistí a la ejecución -siguió diciendo Skopos- desde un coche de la ronda; cuando subió al patíbulo, iba cayéndose; pero, ¡la vanidad, lo que puede!, el hombre vio un fotógrafo que le apuntaba con la máquina, y entonces levantó la cabeza y trató de sonreír... Una sonrisa que daba asco, la verdad, no sé por qué... El esfuerzo que hizo le dio ánimos para llegar al tablado. Aquí trató de hablar; pero el verdugo le echó una manaza al hombro, le ató, le tapó la cara con un pañuelo negro, y se acabó... Yo esperé a ver la impresión que producía a la gente. Venían obreros y muchachas de los talleres, y todos, al ver la figurilla de Salvador en el patíbulo, decían: “¡Qué pequeño es! ¡Parece mentira!”»

El tercer atentado no es menos atroz, pero sí más misterioso. Algunos lo toman como una provocación de la policía, preocupada por obtener un pretexto para purgar Barcelona de elementos sospechosos. El 6 de junio de 1896, la procesión de Corpus, encabezada por el obispo y el capitán general de la ciudad, se dirige hacia Santa María del Mar. En la calle de Cambios Nuevos se lanza un explosivo desde los pisos superiores de una casa. La bomba

estalla, no a la cabeza del cortejo, sino en las últimas filas, y mueren siete obreros y un soldado. El presunto autor era un anarquista francés, un poco delirante, que huyó a Francia tras el atentado y posteriormente a Argentina. La policía se dedica a explotar la indignación que ha levantado tal matanza en la opinión pública. Se llevan a cabo inhumanas «razzias» en las sociedades obreras y en la prensa de izquierdas. Se arresta a unos hombres cuya única culpa es haber pronunciado una conferencia en una escuela popular. Montjuïc se llena de nuevo de presos y la fortaleza se rodea de una funesta aureola; entra a formar parte de la leyenda de la rebelión española.

El mito de Montjuïc se perpetuará durante muchos años, todavía hoy permanece vivo en nuestra memoria. Víctor Serge ha situado toda su novela *El nacimiento de nuestra fuerza* -cuya acción tiene lugar en Barcelona durante el año 1917- bajo el signo negro de esta montaña cuya sola presencia parece ensombrecer la luminosa belleza de la ciudad sobre el mar.

«Nos hubiera llegado a gustar ese peñasco que a veces parece proteger a la ciudad y elevarse durante la noche como un promontorio sobre el mar -como una de esas puntas avanzadas de una Europa encarada hacia las tierras cálidas, bañadas por los mares que se adivinan implacablemente azules-, ese peñasco cuyos horizontes se alargan hasta el infinito, si no hubieran existido allá arriba esos muros ocultos, esos antiguos cañones apuntando hacia la ciudad, ese mástil irrisorio con una bandera ondeando, esos mudos centinelas con las máscaras oliváceas en cada ángulo de los fosos. La montaña era una prisión -la ciudad encadenada, el horizonte aprisionado como un rasgo negro bajo el sol más hermoso-». Y Víctor Serge expresa así lo que representa Montjuïc para sus compañeros y para él, un día que estaba recorriendo el maldito peñasco:

«Sin embargo los ojos, después de haber buscado pacientemente la cima de una nieve lejana o seguido una vela sobre el mar, encontraban una boca de cañón sobre un talud cubierto de maleza. Nuestras voces se extinguían bruscamente cuando, a la vuelta de un sendero, se nos aparecía el ángulo desnudo, verde por el césped de un foso de la ciudadela. Nos parábamos en ciertos sitios desde donde veíamos las ventanas de las casamatas. En alguna parte de este recinto, hombres semejantes a nosotros, con los cuales cada uno de nosotros se identificaba por instantes, hombres de los cuales no sabíamos más que los nombres, habían sufrido anteriormente la tortura. ¿Qué tortura? Nada preciso sabíamos y la falta incluso de imágenes visuales, el anonimato de las torturas, los años -veinte años- empañaban este recuerdo; no quedaba más que una sensación abrasadora y confusa de sufrimiento por la justicia. Creía a veces que nos acordábamos de la pena de estos hombres como uno se acuerda, después de muchos años de múltiples acontecimientos, de lo mucho que ha sufrido. Y poseía mejor, gracias a esta idea, el sentimiento de la comunidad de sus vidas y de las nuestras.

»Barcelona, para todos los medios extremistas de Europa, se convierte en una ciudad modelo y mártir. Se denuncia la arbitrariedad de la policía en los libros. Un anarquista de origen burgués, Tárrida del Mármol, arrestado en un principio, es liberado gracias a la influencia de su familia. Huye a Francia donde publica en francés su testimonio, *Los Inquisidores de España*, cuyo título indica ya el tema de la obra. El proceso de Montjuïc termina en 1897 con cinco condenas a muerte. Pío Baraja hace comentar este episodio a los héroes de su novela, de la siguiente manera:

»“¿Quién la arrojó (la bomba)? No se sabe; pero seguramente no fueron los anarquistas; si alguien tenía interés entonces en extremar la violencia, era el Gobierno, eran los reaccionarios, y yo pondría las manos en el fuego apostando a que el que cometió aquel crimen tenía relaciones con la policía. Se consideró el atentado como un ataque a la fuerza armada, se proclamó el estado de sitio en Barcelona y se hizo un copo de todos los elementos radicales,

que fueron a parar a Montjuïc. Se fusiló a Molás, Alsina, Ascheri, Nogués y Mas. De éstos, todos, menos Ascheri, eran inocentes”».

Pronto será forjado un nuevo eslabón en la cadena de la violencia. Un joven anarquista italiano, Miguel Angiolillo, recién llegado de París, asesina a Cánovas en el balneario donde estaba reposando el presidente del Consejo español.

«Después viene Miguel Angiolillo -dice Pío Baroja-, que había leído en los periódicos franceses lo que estaba pasando en Montjuïc; oye a Enrique Rochefort y al doctor Betances, que achacaban la culpa de todo lo ocurrido a Cánovas, de quien decían horrores; llega a Madrid; aquí habla con algunos compañeros, que le confirman lo dicho por los periódicos franceses; va a Santa Águeda y mata a Cánovas... Ésta ha sido la obra del gobierno y la réplica de los anarquistas».

La acción de Angiolillo impresiona enormemente a los anarquistas españoles. Su figura enigmática es ampliamente evocada por los personajes de Pío Baroja:

«– ¿Y Angiolillo? -preguntó Juan.

»– Pues solíamos verle muchas veces. Era un tipo delgado, muy largo, muy seco. Y muy fino en sus ademanes, que hablaba con acento extranjero. Cuando supe lo que había hecho, me quedé asombrado. ¡Quién podía esperar aquello de un hombre tan suave y tan tímido?»

Estas conversaciones, relatadas por un escritor tan escrupuloso como Baroja, permiten imaginarnos la efervescencia que reinaba en la gran ciudad catalana durante el fin de siglo. La causa anarquista iba ganando terreno en los medios intelectuales. Un poeta de temperamento profundamente religioso como Maragall no oculta una cierta inclinación por la *Idea*; ¿Acaso no ve en el florecimiento prematuro de los almendros el símbolo propio del anarquismo? El pintor Romero de Torres titula uno de sus cuadros *Conciencia tranquila*: muestra un registro de la policía entre los obreros. Ante un trabajador de rostro noble y sereno, un juez registra con avidez un pobre alojamiento con la intención de descubrir en él algún documento subversivo, ingenua imagen ésta en la cual se expresa la simpatía que suscita la rebelión obrera en los círculos intelectuales y artísticos «fin de siglo». En Cataluña, los medios de izquierdas vuelven su mirada mucho más hacia Europa que hacia Madrid. Barcelona, gracias a su puerto, es una ciudad ampliamente abierta al exterior. Mantiene estrechos contactos con las capitales extranjeras. Artistas y escritores siguen con verdadera pasión todo lo que se escribe y se dice, todo lo que se hace en París. Leen «La Revue Blanche». Comentan las obras de Tailhade, Mirbeau...

Este relativo desprecio por Madrid ilustra el auge del autonomismo catalán. La autoridad de la capital es disputada por Barcelona, que sueña con una estructura federal. No obstante, aunque los anarquistas estén seducidos por el federalismo, sus fines últimos son más ambiciosos: la *Idea* debe ser esencialmente universalista. Se producen ciertas divergencias entre la *intelligentsia* catalana y los anarquistas: por la misma época en la que el catalán renace como lengua literaria, los folletos de propaganda anarquista son publicados no en catalán sino en castellano. Una de las editoriales anarquistas más importante se instala en Valencia. Difunde las obras de Stirner y de Kropotkin. En Barcelona aparecen en castellano dos revistas literarias: «Tierra y Libertad» y «El Diluvio». «La Revista Blanca», que se publica en Madrid, mantiene un tono más culturalista. Como su homónima de París, da testimonio de que en la capital española el anarquismo tampoco deja indiferentes a escritores y periodistas.

Pero el esnobismo anarquizante va a decrecer muy de prisa y los intelectuales se apartarán poco a poco del movimiento. La pauta la marcarán las sociedades obreras que acentúan la

cultura popular. Trabajadores autodidactas escriben textos en un lenguaje sencillo, y a veces ingenuo, en un estilo directo y rico en imágenes; saben conmover el alma del pueblo; sus libros alcanzan una difusión considerable.

Las vías del anarquismo se transforman a la par que el siglo. La acción directa, los atentados individuales y el terrorismo ciego no han tenido otro efecto que agravar la represión policiaca. Los anarquistas, van a poner a la orden del día nuevos métodos de acción mucho más eficaces y menos sospechosos; ante todo se esfuerzan en incrementar su influencia en los sindicatos obreros. En varios países europeos se manifiesta ya esta tendencia. En Francia, gracias a la Charte d'Amiens de 1906, elementos anarquistas contribuyen a radicalizar la acción obrera. Los anarquistas españoles evolucionarán en el mismo sentido, obteniendo como resultado la fundación en 1911 de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en cuya organización será preponderante la influencia anarquista. Pero los doce años que transcurren desde el proceso de Montjuïc a la fundación de la CNT -la cual da origen al anarcosindicalismo- serán ricos en acontecimientos. Estamos en la época de la pérdida de Cuba, de Puerto Rico y de las Filipinas, desastrosa consecuencia de la guerra: en 1898, contra Estados Unidos, que despierta la conciencia española de su letargo. La burguesía intelectual comprende que el país se ha aislado peligrosamente del resto del mundo. Una generación brillante de escritores se vislumbra y se define a través de estas pruebas y tormentos: Miguel de Unamuno, Valle Inclán, Pío Baraja, Antonio Machado.\*\* Al mismo tiempo, la acción subversiva cambia de método, la huelga viene a desempeñar un papel cada vez más importante en esta acción y a partir de ahora se traslada de lugar: hacia 1902 empiezan a agitarse los campos andaluces.

Al igual que en 1891 y 1892, la convicción anarquista invade a las masas rurales de Andalucía dando a conocer que «la hora ha llegado», el triunfo definitivo de la revolución está cerca. La *Idea* que los propagandistas difunden a través de la palabra y a través del libro, recorre su camino y llega hasta las ciudades y aldeas más recónditas. Este rasgo es característico del anarquismo. Los restantes movimientos revolucionarios no manifiestan la misma confianza en el escrito ni en el discurso. Para los libertarios, la revolución debe difundirse a través de la palabra. A este propósito cabe señalar un cierto parentesco entre fe anarquista y fe religiosa. Recordemos los primeros siglos de nuestra era, cuando los cristianos sufrían en su propia carne las ideas del Evangelio, o si no aquel siglo XVI que vio a los protestantes fundar la Reforma en una vuelta escrupulosa a los textos de la Biblia, el Libro de los Libros. En todo caso el punto de partida es el mismo: si los hombres practican la injusticia y desconocen al verdadero Dios, no hay otra razón que la injusticia. También el proyecto fundamental es idéntico: basta con enseñar la Verdad para abrir el camino del bien, basado en la sumisión a Dios o, en el caso de los anarquistas, la Justicia. Esta convicción resalta la importancia que los anarquistas conceden a los problemas de una educación popular.

Gracias a esta intensa propaganda, las huelgas se multiplican a partir de 1901, alcanzando no solamente Andalucía, sino también las zonas industriales de Asturias y Cataluña. El movimiento llega a su apogeo en 1902 y 1903; después de la epidemia de las huelgas, pierde su fuerza para terminar extinguiéndose hacia 1905.

Las autoridades, de corta imaginación, explican el éxito de la huelga por la acción de misteriosos agitadores que habrían invadido el país distribuyendo amplios subsidios. Esta tesis, si bien es tranquilizadora, apenas coincide con la realidad. Es cierto que un determinado número de propagandistas recorre España. Su acción alcanza sobre todo a las ciudades importantes. Esto, sin embargo, no alcanza a explicar un movimiento tan general, tan violento y tan profundo como el de las huelgas rurales. Juan Díaz del Moral nos ha dejado un cuadro

---

\*\* Para mejor referencia sobre estos personajes podemos remitirnos al libro *Lobos en España* de Miguel Giménez Igualada, una visión creemos, un poco más amplia y sustanciosa, que la pálida y simplona que hacen estos autores.

inolvidable de esas huelgas. Para él la realidad es muy diferente de la que pretende mostrar el gobierno. Las grandes villas rurales de Andalucía son ciertamente el marco de una infatigable predicación, llevada a cabo por los mismos campesinos más que por militantes extraños a la región. La leyenda de los antiguos intentos de subversión es transmitida por los viejos militantes. Los veteranos cuentan sus recuerdos a los más jóvenes. Circulan folletos y periódicos; la *Idea* se introduce hasta los rincones más aislados. Es cierto que algunos se niegan todavía a prestar atención a estas innumerables voces, pero su resistencia se va venciendo poco a poco: son solicitados sin cesar por los nuevos apóstoles de la *Idea*: son catequizados sin tregua en los cabarets y en la calle, en los campos y en las plazas, en el trabajo o en sus momentos de descanso. Terminan dejándose convencer, transformándose a su vez en ardientes propagandistas.

Se plantea una cuestión: la mayor parte de los campesinos eran analfabetos. ¿Cómo podían llegar a conocer las ideas que encerraban los folletos difundidos por los anarquistas? Díaz del Moral analiza el mecanismo: en cualquier ocasión, desde que un grupo se forma, en una casa o en cualquier cobijo, un campesino instruido lee en voz alta los panfletos y periódicos. A continuación se organiza un debate.

En este período podemos apreciar imágenes insólitas: la del campesino a lomos de su mula intentando descifrar alguna proclama aparecida en el periódico, o la partida por la mañana, cuando cada uno toma la precaución de introducir en sus alforjas alguna de estas valiosas hojas. Incluso los analfabetos se procuran las publicaciones anarquistas para hacérselas leer y comentar, en la primera ocasión, por un compañero más instruido. Una vez terminada la lectura, subrayaban los pasajes más interesantes, para indicárselos posteriormente a otro campesino culto. Llegan incluso a aprenderse el texto de memoria, recitándolo luego a otro campesino. La prensa libertaria, a través de estos medios, está presente en todas partes. Los periódicos más leídos eran «El Productor», «Tierra y Libertad» o «Iluminación». Coleccionan los panfletos de Bakunin y Anselmo Lorenzo, y releen *La conquista del pan* de Kropotkin. Los periódicos anticlericales obtienen el mismo éxito. Se deleitan en la lectura de libros como *Las ruinas de Palmira* de Volney por su carácter irreligioso.

Sin embargo, es necesario confesar que si bien la exaltación es mucha, los preparativos prácticos continúan siendo rudimentarios. El deseo de la revolución es tan intenso que se olvidan de preparar una buena estrategia. Se lanzan al combate a ciegas: puesto que ha llegado «la hora», es imposible retrasar un día más la batalla. La victoria debe llegar, la justicia no puede esperar. Este rasgo nos remite a las mentalidades mesiánicas. Hay una cierta nobleza en esta temeridad pero los resultados prácticos serán a menudo desalentadores.

Cada población, una tras otra, sin preguntarse siquiera si las localidades vecinas seguirán, se lanza a la huelga general. Comienzan entonces esas huelgas de aspecto tan extraño que ofrecen una impresión de irrealidad. Díaz del Moral nos permite reconstituir la verdad describiendo los hechos acaecidos en la pequeña ciudad de Bujalance, próxima a Córdoba. El 6 de mayo de 1903, parece ser que ha llegado «la hora» y se interrumpe el trabajo como por arte de magia. Los campesinos abandonan sus ocupaciones. Desertan de las explotaciones, dejan los rebaños y se reúnen en la ciudad. El movimiento es unánime, sin que se haya ejercido ningún tipo de presión. La autoridad de los Centros Obreros que se fundan por todas partes, no tiene límites: la menor de sus consignas es tomada por palabra evangélica y a ellas se someten sin reservas. Incluso los sirvientes se suman a la acción: criadas, cocheros y domésticos, de los cuales muchos no sólo eran bien tratados, sino que formaban parte de la familia, aceptan la huelga. Las señoras deben hacer ellas mismas las labores de la casa.

Entre las autoridades reina la estupefacción. Se pregunta, se investiga, se informan, a fin de conocer las reivindicaciones de los huelguistas. Estas reivindicaciones son desconcertantes. Si



las peticiones de aumento de salario no son excesivas, se añade a esto cláusulas absurdas, como por ejemplo, el deseo de disponer de siete horas y media de descanso cada día. Es evidente que tal programa va a ser rechazado por las autoridades. Siempre firme, la huelga continúa. Los obreros se pasean por las calles en pequeños grupos pacíficos. Las tabernas permanecen abiertas, pero como el Centro Obrero ha recomendado no beber, no se bebe.

El tiempo desgraciadamente no ayuda en absoluto a los huelguistas. Han cometido el error de iniciar el movimiento cuando en los campos no se impone ningún trabajo urgente. Los patronos pueden pues esperar sin demasiada inquietud ni impaciencia. Por el contrario, en los obreros el hambre empieza a hacerse notar. Doce o catorce días después de este combate, los huelguistas constatan que la revolución social no se ha realizado y vuelven tranquilamente a sus campos. La huelga termina como ha empezado, en medio de la calma y la espontaneidad.

Estos modos -apenas se pueden hablar de métodos- tan extraños de llevar a cabo el combate social ponen de manifiesto la debilidad del anarquismo. Ésta se explica en parte por el fuerte prejuicio anti-político que anima la idea libertaria. Se considera la política como un ejercicio amoral, un medio de calidad mediocre e inferior. «La política todo lo corrompe», se oye decir por todas partes. Esta convicción, la renuncia a la táctica, explica la ineficacia de las grandes huelgas. Únicamente se pretende retener los fines últimos de la revolución (anarquismo, colectivismo económico y ateísmo), pero ignoran completamente los medios concretos que permitirán asegurar la realización de ese mundo maravilloso con el cual todos sueñan.

Por otra parte, esta sociedad ideal que debe instaurar la revolución posee unos rasgos muy confusos. Por ejemplo, en el plano económico se cree que la tierra es capaz de producir infinitas riquezas. Éstas contribuirían al bienestar común. Otras contradicciones empobrecen también la doctrina anarquista: aunque la meta final es más o menos la posesión en común de todos los recursos, permanecen al mismo tiempo ligados a una idea opuesta, la el «repartir», es decir, al parcelamiento de las tierras y su repartición equitativa entre todos. Por unas curiosas circunstancias, los anarquistas andaluces sueñan con poder ser pequeños propietarios. Su razonamiento es muy simple: ya que la sola condición de propietario basta para garantizar la felicidad del burgués, bastará que cada asalariado se transforme en propietario, para que se abra el reino de la felicidad. En cuanto a las tierras, no tenían desperdicio alguno: las grandes extensiones monopolizadas por los grandes propietarios eran tan enormes que, repartiéndolas de una manera menos injusta, todos -incluidos los burgueses- podrían subsistir tranquilamente. No obstante, algunos obreros más evolucionados sabían que la organización económica requería distribuciones más complejas. Esto no impide que, en su inmensa mayoría, los campesinos andaluces estén persuadidos de que «el reparto» -entendamos su conversión en pequeños propietarios- resolverá todos los problemas como por arte de magia.

Este período, si bien fracasa al intentar promover la revolución social, traerá consigo algunas consecuencias nada despreciables. Se va perdiendo el sentimiento religioso, a la vez que progresa el ateísmo. En la región de Córdoba, las fórmulas de saludo excluyen toda referencia a Dios. Algunos llegan incluso a introducir una alusión a la muerte de Dios. Sin duda, una vez que la huelga ha terminado y la gran esperanza ha desaparecido, se vuelve la vista a las iglesias, sólo se solicita al sacerdote para los actos civiles, el bautismo y el matrimonio. La fe ha desertado de las gentes. Algunos convencidos se hacen enterrar civilmente. Se dan también algunos matrimonios únicamente civiles.

Todos estos rasgos reunidos nos dan idea de que se trataba de un movimiento de tipo arcaico, absolutamente primitivo e infantil, y que tenía más de utópico que de racional. La ausencia de odio, en esta época en la cual se desea el caos de la sociedad, parece contraria a toda lógica. En 1903 un senador cuenta que encontró a un joven campesino: «Señorito -dijo el campesino-, ¿cuándo va a llegar el gran día?» Pero el honorable parlamentario, paciente pero poco

enterado, pregunta acerca de este «gran día» y el campesino se explica apaciblemente y sin trazas de animosidad: «Será el día en que todos seremos iguales y la tierra repartida entre todos». Díaz del Moral no se equivoca al subrayar los caracteres utópicos de la reivindicación campesina: a los ojos de los rebeldes, la ciudadela capitalista debería aplastarse a sí misma, un poco como los muros de Jericó convertidos antaño en polvo únicamente por el sonido de las trompetas.

No obstante, una vez acabado el fracaso inicial del movimiento de huelgas, aparecen nuevos sentimientos. El revés había sumido a los campesinos en la acritud y la amargura. Las antiguas relaciones, a menudo de tipo paternalista, entre patronos y empleados, se transforman. Este pueblo esclavizado durante tanto tiempo a sus amos, rechaza de repente la antigua tradición de la esclavitud. En los pueblos, si el propietario pasa por delante de sus obreros, no recibe un saludo respetuoso como antes, sino que debe soportar alguna observación o algún silencio odioso. La venganza empieza a llevarse a cabo en todas partes. Tienen lugar sabotajes, huelgas bien organizadas, cosechas incendiadas; se maltrata a los animales, los instrumentos de trabajo considerados como símbolos de la esclavitud son destruidos. Los trabajadores se saludan con una fórmula nueva: «A la lucha», dicen. En Bujalance, donde existe una fábrica de abonos fabricados a base de cadáveres de animales, si un burgués se aventura a pasar por esos parajes le gritan los obreros: «¡Para hacer abono!» Este clima de tensión se prolongará hasta la guerra civil de 1936, aunque los patronos, sobrecogidos por el impulso y el auge de las huelgas, hayan consentido, y tendrán ocasión de consentir todavía más, verdaderas mejoras de salario a su personal.

Pero muy pronto una nueva plaga asolará los campos: la última gran epidemia de hambre, que se desencadena durante los años 1905 y 1906.<sup>1</sup> El gobierno trata de organizar una ayuda para los perjudicados, pero resultan insuficientes ante la magnitud de la desgracia. Resurgen aquellas imágenes tan familiares en otro tiempo; como en el siglo precedente, largas procesiones recorren los campos; por las grandes extensiones de tierras desecadas flotan los pendones y las imágenes sagradas; los cortejos se postran ante las fuentes vacías. Pero aquel fervor de las antiguas procesiones ya ha desaparecido. Ya no se ve la imagen de los obreros sucumbiendo bajo el peso de las cruces, con sus pies ensangrentados, destrozados por las piedras de los caminos. Los hombres ya no asisten a esta procesión de 1905, prefieren mendigar por las calles, pero dejan de invocar el nombre de Dios entregándose a la caridad de los burgueses. Se perfila un hábito nuevo: el saqueo de las tiendas. Y cabe destacar que en las aldeas más anarquistas, se espera a que los «obreros conscientes» lleguen para proceder al reparto equitativo del botín. La sequía se prolonga. Diversas regiones son devastadas por el hambre. Se huye del campo y de su maldición. Las ciudades acogen una ola de parados y desafortunados.

Hemos citado la presencia de «obreros conscientes». Merecen trato aparte por ser una expresión de lo más original del anarquismo español. Normalmente son hombres inteligentes que han adquirido su cultura así al azar, a base de todo lo que ha caído en sus manos. Tienen alguna noción, más o menos precisa, sobre las ciencias naturales, la historia y la geografía. Entre las teorías revolucionarias sólo conocen el anarquismo. Desconocen el socialismo y por otra parte aborrecen el nombre de Marx.

Aunque están más evolucionados, mejor informados que sus compañeros, son algo presuntuosos. Se consideran superiores a sus patronos, lo cual es cierto la mayoría de las veces. Influidos por la lectura, les apasiona hablar en público, y algunos se revelan como excelentes oradores. Poseen una elocuencia viva, cálida, rica en retórica y en imágenes.

---

<sup>1</sup> Azorín aporta un conmovedor testimonio en un reportaje realizado por las tierras hambrientas de Andalucía y que lleva precisamente el título de *Andalucía trágica*.

poéticas; está surcada a veces por un gusto excesivo por las palabras nuevas y las expresiones rebuscadas y pedantes. Este último rasgo nos lo hace ver Pío Baroja en la descripción un tanto extremada que hace de los «Obreros conscientes»:

«Estos buenos sanchos largaban su sermón plagado de lugares comunes de sociología callejera, hablaban de la abulia, de la degeneración burguesa, de la amoralidad y del egotismo; en vez de citar a Santo Tomás, citaban a Kropotkin o a Juan Grave; definían lo lícito y lo ilícito para el anarquista; tenían la exclusiva de la buena doctrina; sólo ellos despachaban en su tienda el verdadero paño anarquista; los demás eran viles falsificadores vendidos al Gobierno. Tenían la manía de decir que eran fuertes y sonrientes, y que vivían sin preocupaciones, cuando la mayoría de ellos eran pobres animales domésticos, que se pasaban la vida haciendo artículos, poniendo fajas a los paquetes postales de sus periódicos y reclamando el dinero de los corresponsales morosos.

»Cada pequeño mago de éstos reunía un público de papanatas que le admiraba, y ante quienes ellos hacían la rosca como pavos reales, y tenían una petulancia tal, que no era raro ver que el más insignificante Pérez se encarara desde su periodiquín con Ibsen o con Tolstoi, y le llamara viejo cretino, cerebro enfermo, y hasta le expulsara del partido como indigno de pertenecer a él».

El juicio de Pío Baroja nos parece realmente severo. Pío Baroja es lo suficiente buen escritor como para introducir matices y contradicciones en el marco general cálido, sensible y amistoso que describe de los anarquistas españoles. El anarquismo, como toda empresa humana, lleva consigo escorias, vanidades y mediocridades, al mismo tiempo que moviliza a gente de una abnegación admirable. Alguno de estos «obreros conscientes» merecería el título de santo o apóstol que la generación precedente adjudicaba a Fermín Salvochea o a Anselmo Lorenzo. Son hombres puritanos y austeros, su vida entera pertenece a la causa; ni fuman ni beben. Viven fieles a una compañera a la cual respetan escrupulosamente, tanto o más cuanto que han renunciado al lazo, artificial a sus ojos, del matrimonio. Otros llevan sus principios mucho más lejos, y así vemos que muchos se convierten en vegetarianos o naturalistas. Otros abandonan su oficio para ejercer como maestros en las escuelas de los Centros Obreros, o bien se exilian al campo y, bajo el oficio de vendedores ambulantes o de fotógrafos de feria, continúan su predicación.

La ola de huelgas y la gran epidemia de 1905-1906 precederán a algunas iniciativas por parte del gobierno. Si bien las autoridades apenas se esfuerzan en analizar y suprimir las raíces profundas del malestar campesino, al menos sabrán guardarse de la reacción brutal y asesina que había traído consigo la primera ola de agitación, diez años antes. Los poderes públicos, llevados por la intención de aliviar las miserias más apremiantes, van a crear incluso un Instituto de Reformas Sociales. La opinión pública se compadece de esas gentes carentes de todo. Y si en su mayoría los propietarios es tan preocupados únicamente en salvar sus privilegios, alguno de ellos, entre los que se cuentan aristócratas y católicos, se interesan seriamente por la cuestión social. Pero los métodos que preconizan o ponen en práctica para remediar los abusos son de tipo paternalista. Su idea se limita a menudo a agrupar en el mismo organismo a patronos y obreros. El tiempo demostrará que no era ésta la táctica correcta.

Los campesinos, más miserables que nunca, desanimados y amargados, abandonan la acción reivindicativa. Barcelona, una vez más, va a marcar la pauta. Estallan algunas huelgas generales; pero no poseen la gravedad ni la originalidad de las huelgas ocurridas en Andalucía. Sin embargo, aparecerá una característica nueva: obreros cualificados y «miserables» rebelados contra la represión sangrienta que siguió a los atentados de 1891 y 1892, hasta hoy aislados unos de otros, van a hacer causa común. Se acogen en el seno de los mismos sindicatos. Este paso es decisivo. Radicalizará el sindicalismo catalán y permitirá una próxima

evolución del movimiento anarquista: al período primitivo, al mismo tiempo ingenuo y heroico, cuyas venturas y desventuras hemos descrito, sucederá una era nueva: la del anarcosindicalismo.

## **CAPÍTULO IV**

### **FRANCISCO FERRER Y LA «COMUNA» DE BARCELONA 1906-1909**

El 31 de mayo de 1906, Madrid celebra en medio del regocijo y la fastuosidad la unión entre dos grandes familias reinantes en Europa. Alfonso XIII, rey de España, acaba de desposar a Victoria de Battenberg, nieta de la reina Victoria. La ceremonia se verá impregnada de sangre. Estalló una bomba en la calle Mayor. Mueren veintiséis personas y ciento siete son heridas.

Este atentado no lleva la firma anarquista, pero traerá graves consecuencias para el movimiento. Su autor es Mateo Morral. Acaba de llegar procedente de Barcelona. Ninguna organización obrera le ha dado la idea, ninguna le ha concedido su patrocinio, ni siquiera su apoyo. Morral ha actuado solo. Su acto es, a la vez, feroz, romántico y desesperado. Y aunque después del atentado acude a refugiarse en casa de unos amigos de extrema izquierda, éstos pertenecen a medios anticlericales y no a medios anarquistas. Gracias a su protección puede escapar por unos días del alcance de la policía, pero al final es descubierto; mas, viéndose acorralado, se suicida.

Este suicidio no detiene la acción de la justicia. Se inicia un proceso que va a sacar a la luz la figura de un hombre destinado a hacerse muy pronto célebre por toda Europa: se trata de Francisco Ferrer. La razón de su arresto se debe a que Ferrer dirige en Barcelona una escuela bastante singular: la Escuela Moderna, cuyo bibliotecario era precisamente Mateo Morral.

Francisco Ferrer, personaje de múltiples facetas, todas ellas desconcertantes, vive largo tiempo en Francia, donde frecuenta los medios libertarios. Su vida privada está provista de múltiples aventuras. Las mujeres que son complacientes con él, representan un papel determinado en sus iniciativas revolucionarias. Al finalizar su estancia en París, una amiga francesa le proporcionará los fondos para crear la Escuela Moderna en Barcelona.

La Escuela Moderna es una institución muy curiosa. Ilustra una concepción muy corriente en esta época, que ya hemos mencionado anteriormente: la miseria, la injusticia social, incluso el infortunio, son el producto de la ignorancia en la que los hombres están sumidos. Toda solución a las contradicciones y errores debe pasar necesariamente por una supervisión de la enseñanza. Se impone extender los beneficios de la cultura al mayor número posible de individuos, transformando al mismo tiempo el contenido de esa cultura. Estos son los principios, a la vez que un profundo odio a la Iglesia católica, que dirigirán la acción de Ferrer: su Escuela Moderna funciona como el modelo ideal de la educación futura. Imparte unos conocimientos racionalistas, a un reducido número de alumnos, apenas unos cincuenta.

Tal empresa lleva a Francisco Ferrer a desafiar a la Iglesia y a la burguesía catalana. Adquiere una celebridad que su categoría intelectual no justifica: sincero a su manera, incansable y dispuesto al sacrificio, pero además rudo y lacónico, parece que no posee una real envergadura doctrinal. Las confusiones de que es objeto tienden a hacerle pasar por anarquista. Ferrer siempre se defiende, diciendo: «No soy un anarquista, soy un rebelde».

Morral, el terrorista de la calle Mayor, estaba empleado en esta escuela. Otra coincidencia es que una mujer está íntimamente ligada a este episodio: Morral sostenía unos sentimientos muy vivos por Soledad Villafranca, colaboradora y amiga de Ferrer. Y tenemos razones suficientes para pensar que Morral cometió su atentado simplemente por desesperación, cuando comprendió claramente que Soledad no respondería a su amor.

Durante el juicio, Ferrer es absuelto por falta de pruebas; sin embargo, el atentado no quedará impune; estos hechos anteriormente citados contribuyeron a agravar la represión anti-anarquista, aunque el anarquismo nada tuvo que ver con este acto demencial, más romántico que político. El gobierno quiso limitar severamente el derecho de asociación, así como la libertad de prensa, mas ante la oposición de numerosos sectores de la opinión pública, tuvo que suspender su proyecto.

En Barcelona, la tradición terrorista estaba más arraigada que en Madrid. Durante los años 1906 y 1907, la ciudad catalana permanece fiel a sus costumbres: se desencadena una verdadera epidemia de atentados. Las organizaciones obreras proclaman tenazmente su inocencia: afirman que nada tienen que ver con tales violencias. Hay que creerles.

En esta época, la mayor parte de bombas son arrojadas por un tal Juan Rull, persona decididamente sospechosa. Pertenece a los medios izquierdistas, pero no a la izquierda anarquista. Juan Rull abandona toda justificación ideológica. Ha comprendido que puede aprovechar el terrorismo en beneficio propio y emprende un siniestro proyecto de chantaje. Se trata de arrancar cierta suma de dinero a la policía bajo una amenaza: si no lo obtiene, hará estallar una bomba en la ciudad. La situación se mantiene hasta que un día se nombra un nuevo gobernador que rehúsa acceder a los deseos de Rull. Éste no tiene escrúpulos: cuatro bombas estallan en las Ramblas. El gobernador pierde los estribos y toma de nuevo contacto con Rull, quien exige una cantidad tan considerable que la policía no tiene más remedio que terminar de una vez por todas con este juego tan atroz e insensato. Después de una importante operación, Rull y sus cómplices son arrestados y condenados a muerte. Son ejecutados en Montjuïc en agosto de 1908. El episodio nos demuestra cuán fácil resulta culpar al anarquismo de aquellos crímenes de cuya inocencia no hay ninguna duda, y hasta qué punto los métodos de la policía eran discutibles.

Por el contrario, los métodos seguidos por el anarquismo durante este período muestran claramente su intención de eliminar todas estas iniciativas individuales. El movimiento busca amoldarse a unas estructuras: en agosto de 1907 se constituye una nueva organización a través de una federación de sociedades obreras, implantadas ya a nivel local, se trata de la Solidaridad Obrera. Ésta constituirá la célula inicial, el núcleo, de donde más adelante surgirá la CNT, es decir la central sindical anarquista que, partiendo de Barcelona, se extenderá por toda España.

El programa de la Solidaridad Obrera se construye a varios niveles. Sus reivindicaciones inmediatas apuntan a mejorar la condición del trabajador: aumento de salarios, desarrollo de una enseñanza racionalista y científica, reconocimiento del derecho de asociación y del derecho al trabajo. Pero la Solidaridad Obrera va más lejos. Su objetivo último es de clara inspiración anarquista: emancipación total del trabajador a través de la ruina del capitalismo y sustitución de éste por una institución obrera que controlaría enteramente el funcionamiento de la sociedad. Este nuevo grupo se revela muy activo. Publica a partir de octubre de 1907 un semanario, «Solidaridad Obrera», que va a ser el órgano del anarquismo catalán. Su éxito, así como su influencia en los Círculos obreros será notable. «La Soli», así lo llamaban familiarmente los anarquistas, se convertirá en el espíritu mismo de la lucha.

Los restantes grupos de izquierda conocerán fortunas diversas. Barcelona permanece decididamente rebelde al pensamiento marxista. El Partido Socialista, que Fabra Rivas se esfuerza en animar, dispone en Cataluña de reducidos efectivos, y debe resignarse a formar una alianza con los anarcosindicalistas.

Hace su aparición un nuevo partido de izquierdas, el Partido Radical, dirigido por Alejandro Lerroux. Apasionadamente anticlerical y entregado a la demagogia, este partido radical presenta rasgos muy ambiguos: parece ser que estaba más o menos subvencionado por el gobierno de Madrid por la sencilla razón de que Lerroux, hostil a la peculiaridad catalana, luchaba por mantener una estructura política unitaria. Este rasgo interesa a los anarcosindicalistas, porque ellos también querían oponerse a las fuerzas regionalistas y conservadoras de Barcelona. Encubren su acción con la de los radicales. Los contactos iniciales van a llegar muy lejos. Sin embargo, estos contactos violan uno de los principios de base del anarcosindicalismo, el del apoliticismo. Así pues, no es de extrañar ver cómo estos lazos entre ambos movimientos se deshacen rápidamente. Este fracaso viene a asestar un golpe decisivo al Partido Radical, salvando su base obrera, cuyo declive empieza a intuirse. Pero es necesario que Barcelona sea sacudida por nuevos acontecimientos salvajes y desenfrenados para que se realice la ruptura definitiva entre los anarquistas y los radicales. Se producirá durante la Semana Trágica de 1909, consecuencia indirecta de la guerra de Marruecos.

España había recibido de Marruecos, desmembrado por el tratado de Algeciras, la parte más pobre y agreste, el Rif, región desértica y montañosa, habitada por tribus primitivas; pero cuando intenta tomar posesión de su feudo, España experimenta una profunda desilusión. Los rifeños se defienden bravamente, obligando a Madrid a movilizar fuertes contingentes de tropas después de la resistencia de todos los partidos de izquierda. Antonio Maura, jefe conservador, presidente por entonces del Consejo, como consecuencia de un nuevo revés en el Rif, llama a filas a los reservistas; algunos contingentes embarcan en el puerto de Barcelona. Los grupos de izquierda, sindicalistas, anarquistas y socialistas intentan oponerse. Promueven una huelga general el lunes 26 de julio de 1909. Esta huelga, que no es improvisada, producirá un efecto fulgurante. Será la chispa que provocará la explosión en toda la ciudad.

Desde el 27 de julio, los periódicos dejan de aparecer su edición de la tarde. Se interrumpen las comunicaciones y los servicios telegráficos. Barcelona es una ciudad muerta. La huelga general obtiene un éxito mayoritario; sin embargo, se produce una sorpresa: en la ciudad paralizada de repente, se levantan barricadas y las masas populares se lanzan a la rebelión. Por una significativa decisión, los insurrectos no dirigen sus ataques contra los bancos o los servicios oficiales sino contra las iglesias y los conventos. Entre el 27 y el 29 de julio, ardieron diecisiete iglesias, veintitrés conventos y dieciséis escuelas religiosas. Cabe destacar que los rebeldes se comportan con delicadeza. Sólo arrojan su antorcha una vez que los lugares han sido evacuados de sus ocupantes, rasgo que encontramos, como ha señalado Albert Camus, muy a menudo en la historia de los rebeldes anarquistas, e incluso de los nihilistas. El respeto a la vida humana por parte de los anarquistas ha sido observado igualmente por Pío Baroja que, en su novela *Aurora Roja*, nos describe con ironía un caso concreto:

«Casi todos éramos anarquistas platónicos. Una vez, por cierto, dos de los más jóvenes del grupo fueron a un club en donde había bombas, y cada uno cargó con la suya, y salieron a la calle. Anduvieron de un lado a otro sin saber dónde colocarlas. Contaban ellos que iban a una casa rica a poner una bomba, y el uno le decía al otro: «¿Y si hay chicos aquí?» Por último, fueron al puerto y tiraron las bombas al mar».

Mientras los incendios devastaban las iglesias, las calles se cubrían de barricadas. El levantar barricadas es una tradición muy especial para el pueblo de Barcelona. El escritor inglés George

Orwell, veinticinco años más tarde, en 1936, queda maravillado de la presteza con que los obreros catalanes levantan sus fortificaciones empedradas: «Las calles de Barcelona -dice- están pavimentadas de adoquines cuadrados, con los cuales es fácil construir un muro, y bajo los adoquines, hay una especie de grava que sirve perfectamente para llenar los sacos de protección. La construcción de estas barricadas fue un espectáculo extraño y admirable. Hubiera dado cualquier cosa para poder fotografiarlo. Con esa especie de energía apasionada que los españoles tienen cuando están completamente decididos a realizar no importa qué trabajo, hombres, mujeres y niños, en largas filas arrancaban el pavimento; algunos lo transportaban a mano a un vehículo que había sido encontrado en alguna parte, mientras que otros, de un lado para otro, cantando, vacilantes bajo el peso de los sacos de piedra...» y, haciendo alusión a este género de operaciones en la historia de Barcelona, Orwell, siempre tan inglés, hasta en los momentos dramáticos, añade: «me acuerdo que un italiano señaló que en Barcelona se deberían numerar las piedras del pavimento: esto ahorraría mucho tiempo en la construcción y demolición de las barricadas».

En este año, 1909, doscientas barricadas se levantan en pocas horas. Son defendidas tan encarnizadamente que las tropas deberán utilizar el cañón para acabar con ellas. La réplica del gobierno es terrible en proporción al desafío popular. Cuando la insurrección empieza a decaer, el 29 de julio, ochenta y dos rebeldes perecen, siendo por parte de las fuerzas del orden doce las víctimas.

La Semana Trágica plantea ciertos enigmas. En primer lugar se presenta como un delirio. La ciudad enloquece de repente, está ebria de sangre y fuego. Sin dirección, sin objetivos y sin estrategia, parece que las calles estén a punto de explotar. «En Barcelona -dirá el gobernador civil- no está preparándose la revolución, sino que está siempre lista». En efecto, la tensión y la fiebre devastan permanentemente el gran puerto obrero. La más mínima chispa basta para hacer saltar el barril de pólvora. A finales de julio, cada calle parece efectuar su propia revolución. Los slogans, los gritos, las contraseñas, varían, se lucha desde una manzana de casas a otra. Nadie dirige, nadie impulsa a nadie.

En este sentido, la Semana Trágica representa el arquetipo de la acción con la cual sueñan las doctrinas bakuninistas. Este pueblo que decide de repente arrojarse ciegamente a lo imposible, parece admirable para los libertarios. Desgraciadamente, la época de felicidad será corta. Se desencadena una brutal represión. Diez mil personas son arrestadas, los responsables, ejecutados, y un número importante de sospechosos son encarcelados o desterrados.

De todos los procesos llevados a cabo por aquel entonces, el más espectacular fue el de Francisco Ferrer. El director de la Escuela Moderna cayó en desgracia. Había sido perseguido ya anteriormente por la insensata acción de Morral. Ahora se le juzga de nuevo por una revuelta en la que apenas se ha mezclado. Ni siquiera se encontraba en Barcelona cuando se originaron los hechos. Aunque hizo su aparición poco después, no tuvo ese papel de *deus ex machina* que las autoridades le imputaban. Se inicia el juicio en octubre en medio de unas circunstancias escandalosas. Se designa a un oficial como defensor de oficio. Por otra parte, no se le enseña el expediente a ese oficial -que mantendrá una actitud noble y animosa- hasta veinticuatro horas antes de la primera audiencia, y el expediente era bastante amplio: constaba de ocho volúmenes de setecientas páginas. El 13 de octubre, Ferrer es condenado a muerte. No dejará de afirmar: «¡Soy inocente! ¡Viva la Escuela Moderna!»

Francisco Ferrer gozaba de una gran reputación en toda Europa. Su ejecución indigna a todo el mundo. Jaurès, Maeterlinck, Anatole France, protestan. En varios países se constituyen comités contra la represión española. En París, la cólera de los manifestantes amenaza seriamente la embajada española. Al mismo tiempo, Barcelona subirá un escalón en la leyenda negra de la revolución. Se convierte en ejemplo, para la conciencia europea, de ciudad maldita e intratable.

La muerte de Ferrer sacude a toda España por igual. La izquierda, hasta ahora desunida y enfrentada, refuerza y unifica sus filas ante la prueba que se avecina. Los socialistas olvidan sus desavenencias teóricas y se alían con los republicanos. Por vez primera, el Partido Socialista introducirá a uno de sus miembros en el Parlamento: en 1910, Pablo Iglesias, jefe del Partido, es elegido diputado en Madrid. El primer capítulo de su programa es la revisión del proceso de Ferrer.

La bomba de la calle Mayor, primer proceso de Ferrer, y el segundo, su ejecución, atañen indirectamente al movimiento anarquista. El director de la Escuela Moderna, ya lo hemos mencionado anteriormente, si bien estaba cautivado por el sueño libertario, estaba separado de los anarquistas. Había concebido y conducido su acción en un sentido propio, y sería injusto hacer de Francisco Ferrer una de esas figuras desinteresadas que había suscitado en otro tiempo la predicación anarquista. Se buscarán en vano en su comportamiento rasgos de puritanismo sombrío e intransigente que hicieron antiguamente de un Salvochea, o de un Anselmo Lorenzo, ejemplos innegables. En este momento, el movimiento anarquista no posee ningún promotor de tal envergadura. Y esta ausencia de jefes explica probablemente que el anarquismo español no haya logrado encontrar en estos febriles años otro aliento. Será preciso el estallido de la Primera Guerra Mundial y el desarrollo del anarcosindicalismo para que surjan estos jefes.

## **CAPÍTULO V**

### **SOLIDARIDAD OBRERA, CNT Y EL TRIENIO BOLCHEVIQUE 1910-1919**

Si la Semana Trágica de Barcelona ha demostrado el poder de la violencia espontánea, también ha señalado sus límites. A la mañana siguiente de esta gran fiesta ácrata, queda un sabor de amargura y desesperanza. La ilusión romántica puede, ciertamente, atraer a las masas y prender fuego a las iglesias, pero se disipa en el hedor de las cárceles, y el orden del mundo no se ha cambiado. Estas lecciones son muy duras para los anarcosindicalistas. Barcelona, durante la Semana Trágica, ha probado su fuerza y su audacia. Pero todavía es necesario imponer una fuerza a esa estructura. Ésta será la tarea a realizar durante los últimos años de la preguerra. Funciona ya con la Solidaridad Obrera una organización rudimentaria, que servirá de matriz al gran sindicato anarquista, la CNT, cuya creación tiene lugar a finales de 1910.

El impulso inicial del nuevo sindicato se desarrolla rápidamente. En su primer congreso, que tiene lugar en Barcelona en el año 1911, la CNT controla treinta mil afiliados, repartidos en trescientas cuarenta asociaciones. La organización desborda seguidamente Cataluña y, extendiéndose por todo el territorio español, se implanta en cada núcleo obrero. Diez años más tarde la CNT cuenta con quinientos mil afiliados. Es cierto que el nivel de los efectivos es un tanto arbitrario. Sigue los azares de la coyuntura. Crece o disminuye, según la lucha sindical se radicalice o se debilite.

Los anarquistas han representado el papel de directivos en la formación de la CNT. No obstante, sería erróneo imaginar que ésta no es más que un apéndice del movimiento anarquista, y en alguna manera su expresión social. La CNT tendrá siempre cuidado en



distinguir el movimiento anarquista de sí misma. Se preocupará menos de predicar una doctrina o una ideología que de defender a los trabajadores, comprendidos aquellos que sienten únicamente indiferencia por la teoría. Aparecen claramente estos caracteres en el programa de la CNT: los fines últimos de su combate apuntan a transformar las profundas configuraciones de la sociedad, pero, siendo de inspiración libertaria, este sueño es relegado a un futuro incierto. La acción inmediata es estrictamente reivindicativa.

Estas posturas teóricas traerán una consecuencia: la Confederación se mostrará apasionadamente celosa de su autonomía; rehúsa doblegarse ante los directivos, las opiniones o estrategias de los partidos políticos. En vano se tratará de buscar, entre la CNT y el movimiento anarquista, unas relaciones análogas a las que unen la UGT y el partido socialista. Algunos militantes anarquistas, ante el rechazo de dar una continuidad de orden político al combate, crearán, quince años más tarde, otra organización al margen de la CNT, la FAI (Federación Anarquista Ibérica), de la que hablaremos más adelante.

En cambio, la CNT, en su fuero interno, traiciona sus orígenes anarquistas. Va a revelarse como una organización anti-burócrata, despreciando las formas demasiado rígidas y preocupada en mantener los privilegios de la base frente a los dirigentes. En la CNT todas las decisiones son tomadas por los militantes. Las órdenes van de abajo arriba y no en el sentido contrario. Las decisiones se adoptan en el seno de los comités de fábrica o de taller. El aparato burocrático, si es que existe, está muy suavizado. En este sentido no resulta exagerado afirmar que el sindicalismo, tal como lo practica la CNT, representa el modelo de sociedad soñado por el anarquismo.

Los primeros años de la Confederación están condenados a la clandestinidad, pero en julio de 1914 se convertirá en una organización legal. Su aparición coincide con un período de fuerte agitación. Entre 1910 y 1914 se producen en Barcelona doscientas veinticuatro huelgas, en Cullera (Valencia) tienen lugar algunos incidentes sangrientos, y en Bilbao, Sevilla y Zaragoza estallan huelgas, aunque hay que señalar que estarán mal organizadas y acabarán en un rotundo fracaso. Los sucesos de Cullera y la represión que se desata a continuación tendrán dramática repercusión. Un joven pintor que vive en América se indigna profundamente ante estos acontecimientos; cruza el Océano, desembarca en la península y, tras haber pensado emprenderla con el rey, asesina al presidente del Consejo, Canalejas, liberal iluminado, uno de esos raros hombres de Estado con que cuenta España y que mantiene hasta su muerte relaciones personales con Fermín Salvochea.

Pronto va a sacudir al movimiento anarquista una nueva prueba. La guerra del 14 destroza, en España como en los demás países, la unidad obrera. Un cierto número de anarquistas, los más ancianos, siguiendo los consejos de Kropotkin, están en favor de la causa aliada; Ricardo Mella es uno de ellos; sin embargo no son más que una minoría. Los anarquistas, en su mayoría, rehúsan tomar partido: la guerra es absurda e innoble por definición, enfrenta a los capitales entre sí, y miles de proletarios de todos los países son exterminados por una causa que no es la suya. El ideal de los aliados no es superior en nada al de los Imperios centrales. A veces, dolorosos debates dividen a ambas tendencias. Anselmo Lorenzo, pacifista convencido, está profundamente preocupado por la postura de Kropotkin; no puede resistir ya más discordias en el seno del movimiento y muere en noviembre de 1914. Por el contrario, los socialistas españoles adoptan una actitud más clásica: la inmensa mayoría abraza la causa aliada.

La guerra trae consigo otras consecuencias. Trastorna toda la economía de España. Barcelona saca partido de las hostilidades. Francia se dirige a sus fábricas para equipar y vestir a su ejército. Los países latinoamericanos, que normalmente se aprovisionan en Inglaterra y Francia, que son bloqueados, acuden entonces a España, es decir, a Barcelona, para restablecer su equilibrio. A partir de entonces da comienzo un período alocado y febril. Barcelona empieza a

enriquecerse. Sus fábricas prosperan y se crean otras nuevas. El dinero corre a mares. Las luces chispeantes del puerto de Barcelona fascinan a España entera, y atraen hacia sus talleres a enormes masas de trabajadores.

Qué duda cabe de que una prosperidad tan repentina tiene también sus eclipses. El maná no llega por igual a todas las clases sociales. Los recién llegados no tienen excesivas dificultades en encontrar empleo, pero también es cierto que no reciben más que una pequeña parte de lo que les corresponde por su trabajo. Los salarios no siguen más que de lejos la subida de los precios. Hay que tener en cuenta que los obreros de Barcelona, los relativamente favorecidos, deben emplear un 75% de lo que ganan sólo en gastos de alimentación. La especulación se desencadena. La peseta se desvaloriza. Con todo esto, una clase de nuevos ricos hace su aparición; poco sensible a las reivindicaciones de los trabajadores, se rodea de un lujo provocador, insolente y vulgar.

Sobre este período poseemos un testimonio importante. Víctor Serge, que había participado en todas las revoluciones y tempestades de Europa, se refugió durante la guerra en Barcelona, donde trabajó de tipógrafo, empleo que le permitía llevar a cabo con más facilidad sus proyectos. Frecuenta con asiduidad los medios anarquistas, de los que nos traza un retrato apasionante y fervoroso en una de sus novelas, citada ya anteriormente, *El nacimiento de nuestra fuerza*.

«Todos éramos, más o menos, obreros de las fábricas de guerra. Paños, cueros, calzado, conservas, granadas, piezas para máquinas, todo, incluso fruta -naranjas olorosas de Valencia-, todo lo que hacían nuestras manos, todo lo que embalaban y manipulaban estaba destinado a la guerra. Esa guerra lejana hacía construir nuevas fábricas en este país pacífico y las llenaba de obreros recién llegados de los campos calcinados de Andalucía, de las montañas de Galicia o de las desnudas planicies de Castilla. La guerra hacía aumentar los salarios. La guerra desencadenaba esa fiebre de vivir y reír, de echar a la mujer sobre los canapés de los cuartuchos, de ver a las bailarinas mariposear con los pechos desnudos en los cafés-concierto, pues, tras el prematuro trabajo, era necesario, ante la incesante presencia de la muerte y de la locura, sentirse vivo. La avidez de aquellos hombres en mangas de camisa durante la noche, libres del trabajo de la fábrica, míseros pero musculosos, sin un alojamiento donde poder recostarse, pero con la peseta, en el fondo de su bolsillo, de una noche de placer fingido, sin confianza en el porvenir, o mejor, sin otra confianza que la de su propia rebeldía».

La situación se agrava a partir de 1916. Por vez primera los sindicatos -CNT y UGT- deciden unir sus fuerzas para organizar un movimiento huelguístico de protesta contra el aumento de precios. Al año siguiente, la crisis se agrava todavía más, hasta hacerse general en todo el país. En Madrid los gobiernos se suceden. La autoridad se descompone. Las dificultades económicas aumentan. Las esferas políticas están divididas, dudan de si conviene más estar con los aliados o con los Imperios centrales. Incluso aparecen en el ejército unas «juntas de defensa», verdaderos sindicatos cuyo fin es obtener una revaloración de los sueldos de los oficiales subalternos, víctimas también de la subida de precios.

En medio de este clima malsano, se traman singulares alianzas entre partidos, facciones o grupos que hasta aquel momento habían sido enemigos. Lo que verdaderamente les une es el desprecio común por un sistema político en plena crisis cuyos únicos puntales son los grandes terratenientes y un puñado de políticos de oficio. Los socialistas y los republicanos se asocian con los autonomistas catalanes. Hay que destacar que la burguesía de Barcelona ha hecho todo lo posible para mantener a los descontentos. Todos estos elementos, que van desde ciertos capitalistas hasta algunos obreros de los muelles y desde el mundo del hampa a los anarquistas, forman un conjunto heterogéneo y antinatural. Un diálogo extraído del libro de Víctor Serge indica con qué espíritu toda Barcelona se lanza a esta acción común.

«En aquellas ciudades, la sangre de Europa y la labor de trescientos mil proletarios originaba una producción extraña dividida en multitud de arroyuelos de oro. Nosotros éramos conscientes de ello. Todo venía encadenado. Darío nos contaba:

»«... No pueden someterse ya más a los burócratas de Madrid y a los caciques del interior. Ni sus fortunas, ni sus empresas estarán aseguradas mientras que las viejas camarillas de corte y su personal de escribientes devotos, holgazanes y corrompidos conserven el poder. El dinero les asfixia»».

Darío se reía:

«Y tienen necesidad de nosotros para que les saquemos las castañas del fuego. Nosotros tenemos necesidad de ellos para sacudir las viejas estructuras, después, ya veremos...

»Sí, ya lo veremos, conocemos perfectamente la historia. Los monárquicos destituidos y los jesuitas que huyen tres o seis meses más tarde, las repúblicas restablecen el orden ametrallando a los obreros. Es una antigua tradición. Quien viva podrá verlo. No seremos siempre los más débiles»».

Se cree que una coalición ligada a tales sentimientos debe ser frágil a la fuerza, la primera dificultad la destruirá; esta primera dificultad será una huelga de ferrocarriles.

Los parlamentarios que pertenecían al grupo de los descontentos se habían reunido en Barcelona y habían formado una Asamblea, es decir, una organización disidente decidida a apresurar el hundimiento del régimen. Esta Asamblea se apoyaba en el descontento de los obreros. No obstante, el día en el que estalla una huelga de ferrocarriles en Valencia, en agosto de 1917, la Asamblea de parlamentarios se vuelve atrás. Alega que se encuentra ante una elección decisiva y arriesgada: o bien formará causa común con la reivindicación obrera y se asociará entonces a los desórdenes, o bien se opondrá al desbordamiento popular, lo cual la situaría al lado de la tradición y del régimen. Se puede prever ya de antemano qué dirección tomará la Asamblea de parlamentarios y que no defenderá la sedición. En este sentido, la huelga de ferroviarios asegura la supervivencia de un régimen condenado a sucumbir pronto. Nos podemos incluso preguntar si no fue sino fomentada por agentes provocadores del poder central.

Estalla pues la huelga de ferroviarios. Los sindicatos socialistas están al lado de los obreros. La CNT sigue el mismo camino aunque su entusiasmo es menor. La huelga se extiende como mancha de aceite. Se convierte en una huelga, general que paralizará a toda la España obrera. Llegado este extremo, el poder se siente en el derecho de lanzar las fuerzas de represión sobre la clase obrera. El enfrentamiento es violento. El saldo final es de setenta muertos. Se dictan diversas penas de prisión contra los dirigentes socialistas. Los socialistas que no se habían apartado hasta el momento de la legalidad, han de sufrir el encarcelamiento.

En el Parlamento, los diputados socialistas malgastan mucha elocuencia para denunciar el salvajismo de la represión. El gobierno conservador soporta una violenta tempestad, pero, la crisis se resolverá al fin a su favor. En efecto, como se presentía, la Asamblea parlamentaria, destrozada por sus contradicciones y aterrorizada, se disloca. La Liga catalana, que agrupa a la alta burguesía de Cataluña se introduce en el gobierno. En cuanto a los anarquistas, se sabe que han participado en estos acontecimientos sin gran entusiasmo. Su fracaso les conduce a conclusiones desesperanzadoras. Ya se inclinan a considerar que la vida política está por principio podrida y es contraria a la moral. Con este tipo de pruebas van a aumentar su repugnancia hacia ella. Se replegarán hacia un sindicalismo que quisieran purgar de los fermentos ponzoñosos de la política.

El fracaso de la huelga de agosto de 1917 no se explica solamente por las discordias que han hecho explotar la coalición antigubernamental. Su otra debilidad consistía en que jamás hubo forma de desbordar al sector industrial. Las masas rurales, y especialmente las de Andalucía, no han seguido ni sostenido nunca el movimiento. Un fenómeno ya conocido se manifiesta en esta ocasión: la no coincidencia en el tiempo del malestar que agita los campos, por una parte, y a las ciudades por otra. Una vez ha desaparecido la gran esperanza de la huelga industrial, es preciso esperar un nuevo año para que se desate otra vez la tempestad entre los campesinos.

Este fenecimiento de Andalucía, en el momento de más peligro y de la máxima esperanza, se explica perfectamente; la efervescencia anarquista de Andalucía, tan general a principios de siglo, se apaga en seguida después de la epidemia de 1905, que lleva consigo una ola de desánimo y al mismo tiempo un importante movimiento de emigración hacia la ciudad.

Incluso en medio de este letargo, la llama late impaciente. Un número indeterminado de propagandistas la mantiene, recorre los campos; su misión era más la de preservar la *Idea* que fomentar los movimientos subversivos. Estos apóstoles son hombres de una nobleza extrema. Entre estos propagadores, uno de los más dignos es José Sánchez Rosa, que puede ser tomado como modelo de estos humildes militantes.

Nace en Cádiz, en 1864, es hijo de un zapatero; muestra desde su adolescencia una inclinación preferente hacia los libros. Gran consumidor de la prensa subversiva de los años ochenta; no tiene todavía catorce años cuando empieza a predicar la doctrina. Un año más tarde lo encontramos ya en prisión. ¿Pertenece a la Mano Negra? En todo caso, participa en la toma de Jerez, lo cual le vale un nuevo encarcelamiento. Logra aprender francés gracias a otros anarquistas franceses detenidos como él. Una vez liberado, multiplica sus realizaciones. Abre escuelas de propaganda en el sur del país, inunda la prensa con sus panfletos. Desde 1910 a 1916, José Sánchez Rosa recorre todo el Sur de España, especialmente la región de Córdoba. Es tomado por un maestro y un sabio. Enseña a los humildes, disuelve las disputas, hace surgir de nuevo la esperanza en los militantes. Sus recursos son irrisorios. Constan de esos panfletos que él mismo escribe y que vende al precio de 10 a 15 céntimos ejemplar; son relatos muy ingenuos. Decididamente maniqueos, aseguran el triunfo del Bien -es decir de los pobres- sobre el Mal -es decir el capital-. Por la noche José discute con los hombres más enterados del pueblo o del barrio; si no encuentran local para estas celadas, se llevarán a cabo al aire libre bajo la luz de la luna, donde el apóstol catequizará a su ingenuo auditorio.

José Sánchez Rosa no está solo. Toda la región andaluza es recorrida por revolucionarios primitivos cuyos rasgos evocan a los grandes de la época precedente -Salvochea por ejemplo- a los que José ha conocido y admirado profundamente. Estos propagandistas y pedagogos de la revolución están convencidos de que la educación de las masas debe preceder a toda subversión. Su entrega no tiene límites. Su pobreza es completa. Al revés de los agitadores revolucionarios que recorren las ciudades: los de Andalucía no tienen ninguna necesidad o casi ninguna de dinero; viven sobre el terreno. Sus desplazamientos los realizan generalmente a pie o a lomos de una mula, algunas veces en tren pero siempre en vagón de tercera clase. En el pueblo se alojan en casa de los vecinos, compartiendo su comida con ellos. Por todas estas razones no hay ninguna distinción entre, ellos y los infortunados a los cuales pretenden convertir, lo cual confiere una singular fuerza a su mensaje. Están, utilizando la expresión forjada más tarde por Mao Tse Tung a propósito de los soldados de la guerrilla china, «entre la población como pez en el agua». Pío Baroja, en su *Aurora Roja*, ha esbozado el retrato de uno de estos apóstoles:

«Era un maestro de escuela que predicaba la idea por los pueblos y las cortijadas de la serranía de Ronda. Aquel hombre siempre andaba a pie; aquel hombre vestía peor que cualquiera de nosotros; a aquel pobretico le bastaba para vivir una panilla de aceite y un corrusco de pan. En

las gañanías enseñaba a leer a los braceros a la luz del candil. Aquél era un verdadero anarquista, aquel era un amigo de los explotados...»

La energía y el desinterés de estos hombres despierta admiración. Gracias a ellos, la llama revolucionaria permanecerá viva entre los años 1905 y 1917. Esta llama vacilante y siempre amenazada, se convertirá repentinamente en un incendio, puesto que en el otro extremo de Europa acaba de estallar la gran revolución bolchevique. El hundimiento del poder zarista apenas había inmutado a las masas españolas. Por el contrario la toma del poder por los bolcheviques las sacudirá. Todos los periódicos anarquistas de Andalucía reproducen las noticias llegadas desde Petrogrado. Dan rienda suelta a ese estilo entre lírico y apocalíptico al cual sus lectores son tan sensibles. Hoy nos resulta sumamente difícil hacernos una idea de la exaltación que supuso para el proletariado español, tanto en los campos andaluces como en la gran ciudad catalana. Lo que dice Víctor Serge a propósito de los obreros de Barcelona podría aplicarse también a los campesinos.

«Los despachos de periódicos se suceden -escribe en *El Nacimiento de nuestra fuerza*- y dan sobre las grandes jornadas de Petrogrado una profusión de detalles sorprendente. Veo todavía a Porfirio, exaltado, como ebrio «La Vanguardia» ampliamente desplegada, bajo un farol, releyendo en voz alta, con acentos de delirio, las líneas que relataban como a la llamada del suboficial Asthakov (casi completamente desconocido en Rusia) el primer regimiento se había unido al pueblo insurrecto en una calle de Petrogrado... «¡Magnífico!», decía Porfirio con voz ensordecida por la emoción; y reunía con un gesto a los compañeros que salían del taller; Trini, Quina, Mercedes, Úrsula, las empaquetadoras se unían a nuestro grupo, sus hombros a menudo estrechos: sus rostros a menudo graves, así como bajo un gran viento frío, virilizador. Gracias a él yo he aprendido qué esperanza desmesurada maduraba en los barrios pobres de la ciudad».

En los campos, el entusiasmo llega a su punto máximo. La primavera de 1918, es agitada, febril y ardiente. Pero los trabajos del campo son duros y será necesario esperar hasta septiembre para que la explosión se produzca. Devastará toda la región, que permanecerá sumida en el caos durante un largo y doloroso período de tres años -el Trienio bolchevique- del cual Díaz del Moral ha trazado un cuadro apasionante.

Sería inútil -tanto en 1918 como en 1903- tratar de explicar la revuelta por la única intervención de agitadores llegados del exterior, cada pueblo, cada aldea, tiene una o varias «sociedades obreras» que aseguran el control de todos los asalariados agrícolas. Artesanos y pequeños comerciantes son también atraídos por la *Idea*. Cada obrero se convierte en un apóstol. Cada propiedad es el lugar idóneo para exaltados mítines. La masa analfabeta asimila la doctrina. Una vez más estamos en la vigilia del *millenium*: muy pronto, los fundamentos de la sociedad serán destruidos, derribados, y la justicia reinará sobre la tierra. El formidable pueblo ruso ha suprimido ya el terrible poder de los zares. El antiguo régimen, que parecía construido para la eternidad, se había hundido para descubrir su podredumbre y su fragilidad. España, medio descompuesta, va a correr igual suerte. La elocuencia invade toda Andalucía empuja al delirio, y casi a la demencia, a su frustrada población.

La palabra incita a la acción. Desconfiados por los reveses de antaño, los Centros Obreros procuran por esta vez canalizar y coordinar las energías. Se inicia una táctica rudimentaria; así, el 4 de noviembre de 1918, la huelga general se desencadena en treinta puntos al mismo tiempo bajo una contraseña, y en ningún momento es improvisada; el desorden es general. La autoridad es burlada, asistiendo a escenas dignas de las jaquerías de antaño. Grupos de campesinos patrullan a lo largo del país. Hombres armados saquean las propiedades abandonadas e incendian los montones de paja. Si la guardia civil reacciona, se producen choques sangrientos. Los propietarios están sobrecogidos por la confusión por el pánico; la

mayoría huyen hacia las ciudades. Otros rehúsan someterse. Se preparan para la resistencia, acumulan armas y municiones, y convierten sus granjas en fortalezas.

Los poderes públicos están indecisos. Les repugna afrontar directamente este desbordamiento pasional. Prefieren la conciliación y adoptan decisiones liberales. Aumentan los salarios en proporciones razonables. Los desocupados recibirán un empleo. Los forasteros que en los pueblos eran utilizados por los propietarios para presionar a los demás obreros, serán expulsados. Todas estas medidas tienen en un principio un aspecto apaciguador. Se puede creer que la tempestad retrocedía; sin embargo, no era más que un respiro. En enero de 1919 surgen algunas huelgas aisladas. A principios de la primavera, una acción de envergadura va a iniciar de nuevo el ciclo de la violencia. Veinte pueblos cesan en el trabajo. La revuelta brota otra vez por todas partes.

Madrid, consternado, asiste a esos extraños acontecimientos. Aún no ha terminado ese respiro en Cataluña -donde prosigue una batalla confusa de la que hablaremos en el próximo capítulo- y ya renace el peligro en esa Andalucía abandonada a sus propias fuerzas. La amenaza que los exaltados campesinos hacen pesar sobre el orden parece tan temible como la de los proletarios catalanes. El gobierno, desconcertado, intenta comprender la razón y los mecanismos de estos golpes sangrientos. Van incluso a llamar en su ayuda a sociólogos extranjeros que acudirán para investigar sobre el propio terreno.

La gran locura y la gran esperanza de principios de siglo todavía no han muerto. Asistimos ahora a su resurrección. Se trata del mismo fervor y del mismo desatino, pero a los sobresaltos desordenados de antaño les sucede una acción mejor orquestada por el trabajo perseverante de los centros obreros, activos y numerosos entonces. Tan sólo Córdoba ya cuenta con ciento sesenta que han tenido la precaución, tras los sinsabores de 1905, de no constituirse más que una vez depuesta la declaración legal. Los pueblos más reducidos la recibirán especialmente. Basta que cuatro casas formen una aldea para que aparezca un centro perfectamente estructurado con su presidente, su vicepresidente, su tesorero, su secretario y su despacho. Un tercio de la población acata las directrices de los centros, lo cual equivale a decir que casi la totalidad de la población masculina activa está representada por esta especie de sindicato único que agrupa a sociedades obreras de distintas tendencias.

No todos los Centros Obreros eran de inspiración anarquista. Los socialistas controlaban unos cuantos. De todas maneras, la organización un tanto rígida de estos centros era contraria a la ortodoxia anarquista. Los militantes más convencidos de la idea libertaria no soportan el más mínimo desviacionismo de la doctrina. Sánchez Rosa critica los métodos de la CNT. La CNT le expulsa de su seno. Hay que destacar que Sánchez Rosa, a despecho de su popularidad, no logrará arrastrar un solo centro después de su expulsión. La lucha sindical ha recobrado el peso en la batalla político-ideológica.

La CNT, es decir el anarcosindicalismo, conserva a lo largo de todas estas turbulencias la dirección de las operaciones. Los Centros Obreros afiliados a ella se revelan, como los más fuertes. A partir de ahora las organizaciones anarcosindicalistas son las que harán continuar la lucha durante largo tiempo.

El movimiento no tardará en desarrollarse plenamente. Ya en sus comienzos los propagandistas incitaban a la rebelión. Conmovían a los indecisos y a los adormecidos. Pero a partir del otoño de 1919, las masas desbordan a los dirigentes, que se dedican más a impedir la violencia que a avivarla. En la embriaguez de la lucha, las reivindicaciones originarias pasan a segundo término: se combate más para saciar el odio contra los representantes del poder o del capital que para reclamar el pan.

Diez anécdotas ilustrarían el auge de esta pasión exaltada. Mencionaremos el episodio de Puente Genil en noviembre de 1918. Soplan aires de reconciliación. En esta ciudad, como en tantas otras, los patronos capitulan. Consienten en su totalidad las peticiones obreras. Por otra parte, los insurrectos, en lugar de reanudar el trabajo en mejores condiciones, deciden proseguir con la huelga. Intervienen los jefes anarquistas, y les es preciso utilizar una gran retórica para conseguir que un voto ponga fin a la huelga. Aún este voto no será obtenido por una mayoría absoluta y la decisión no será respetada. Los más fuertes rehúsan doblegarse, prosiguen con el movimiento. Tienen lugar algunas escaramuzas, en una de las cuales un obrero halla la muerte.

Este episodio es muy significativo. La violencia aumenta. En lo sucesivo, bastará con que un Centro Obrero lance la consigna para que surja el caos por todas partes. Las huelgas van acompañadas de tumultos, de manifestaciones amenazadoras, de lanzamientos de piedras, de voceríos y de desórdenes. La angustia se apodera de la burguesía. La huelga campesina se convierte en huelga general. Los sirvientes, las nodrizas desertan de las casas de sus patronos. Y se reafirma cada vez más la arrogancia de los obreros. Exigen que los patronos en persona sean quienes hagan las compras de víveres y de ganado. Otra costumbre queda establecida, en este país seco, el agua es un artículo de lujo; los huelguistas pretenden montar guardia alrededor de los pozos, de tal manera que los patronos o los «esquiroles» no puedan extraer ni una gota de agua. Interviene la guardia civil para despejar los pozos.

La tensión aumenta. Los obreros que permanecen indecisos son tratados duramente por los irreductibles. Los pueblos son bloqueados. Bandas de adolescentes armados con hondas persiguen a los indiferentes, lanzan descargas de piedras a aquellos trabajadores sospechosos de querer abandonar la región. Empeora la situación de los burgueses: las «señoras» realizan ellas mismas el trabajo de la casa, mientras que los maridos, a falta de servicio, se ven obligados a alimentar al ganado o a ocuparse en los trabajos más ínfimos de la granja. Solamente los médicos y los farmacéuticos tienen el privilegio de conservar a sus servidores, aunque bajo el control del Comité de Huelga, que entrega órdenes escritas y funciona como un verdadero poder donde el poder se había desvanecido.

Encontramos aquí la atmósfera de las Jaquerías de 1903, pero la revuelta está cada vez más extendida, más general y mejor dirigida. Se aplican métodos insólitos. El más efectivo es el *boicot*: cuando un obrero o un patrón obran mal, el nombre del sospechoso queda inscrito en una pizarra en las oficinas del Centro Obrero. A partir de entonces, el individuo es acusado de infamia y sometido a la despiadada cuarentena. El trabajador marcado aunque acuda a la taberna nadie le servirá de beber; incluso si va la barbería, el barbero no se atreverá a romper la consigna del *boicot*. Son tales las torturas físicas y morales infligidas, que el obrero indeciso o sospechoso no tiene más remedio que someterse. Si insisten en que su nombre corre el riesgo de figurar en las listas negras, se adelanta, hace una especie de autocrítica y se suma al movimiento general.

Tal exaltación y valentía desesperada nos asombran. Es comprensible que una explosión breve y poco razonable estalle en este país tan primitivo para muchos. Lo que origina el problema es el alcance y la potencia de la revuelta andaluza. Esta época es favorable para forjar insensatas esperanzas. El mundo entero parece entrar en un período de cambios violentos. Por todas partes, el viejo orden se hunde bajo las sacudidas de la guerra o de la insurrección. Tras la descomposición del régimen zarista, el hundimiento de los Imperios Centrales fortaleció la resolución de los rebeldes andaluces: si un Estado tan sólido, tan estructurado, como la Alemania del káiser, ha podido ser barrido, ¿cómo un gobierno tan débil como el de España evitaría un destino parecido? Los viejos militantes de principios de siglo, más conscientes de los recursos de los que aún disponía el orden, intentaron usar de su autoridad, pero no apaciguaron

los delirios de la masa. Ésta no se atiene a razones, no cree más que en su pasión y en su ilusión. Persuadida de que la victoria total está al alcance de su mano, la masa no quiere conformarse con sólo algunas mejoras materiales. Su obsesión es la misma que la de los militantes de principios de siglo: el reparto de tierras. En ningún momento, la idea de una apropiación colectiva es tenida en cuenta, lo cual indica una curiosa fragilidad doctrinal por parte de los anarquistas. En verdad, lo que desea el asalariado agrícola es convertirse en pequeño propietario. El sistema deseado es de una simplicidad ingenua: se repartirá la tierra en lotes equivalentes sorteándolos entre los campesinos: la felicidad reinará de nuevo sobre la tierra.

La pureza ideológica de los primeros apóstoles aparece algo cambiada en las nuevas generaciones de rebeldes. Antaño, un grupo bastante numeroso de anarquistas predicaba la cultura, el conocimiento como medios de emancipación de las masas; ahora manifiesta un movimiento contrario; se siente un profundo desprecio por el trabajo intelectual, únicamente el trabajo muscular, el esfuerzo físico son tenidos como valores y signos de nobleza. Tomamos como testimonio este pasaje escrito por Díaz del Moral que relata la conversación con un sindicalista.

«¿Sabe usted firmar?», pregunta a un sindicalista. Otro militante que asiste a la conversación interviene y, con un tono agresivo, dice: «No sabe firmar, pero sí sabe trabajar».

El mismo autor aporta esta profesión de fe oída en un mitin: «No he ido a la escuela, pero tampoco he tenido ninguna necesidad. Lo que me hace falta es el aire, el agua, la tierra, el sol y la libertad».

De estas ideas llevadas a las últimas consecuencias se sigue que el dinero es despreciado, ya que el valor supremo es el trabajo de la tierra: «¿Para qué sirve un billete de mil pesetas? ¿Sirve para trabajar?»

Otros antiguos temas que ya hemos conocido conservan todavía su fuerza. La descristianización había realizado grandes progresos en las convulsiones de primeros de siglo. Irá ganando cada vez más terreno. Aunque durante la Semana Santa tienen lugar ceremonias religiosas, se desarrollan en una indiferencia general. Los trabajadores afiliados a los Centros firman a menudo declaraciones pidiendo exequias civiles. Pero las costumbres de los militantes ya no poseen aquella pureza sombría que emocionaba hasta el extremo a sus mayores. Los rebeldes de 1918, a pesar de los esfuerzos de algunos viejos militantes, no abandonan su hábito de beber y fumar. Únicamente las doctrinas extremas, los naturistas y vegetarianos hacen nuevos adeptos. Se mezclan con curiosas obsesiones milenaristas o mágicas. El naturismo estará dotado de poderes extraordinarios y desembocará como por milagro en un amor universal y en una igualdad entre todos los hombres.

Sin embargo, las esperanzas concebidas por los revolucionarios andaluces eran desmesuradas. Algunas disensiones van a separar a los campesinos y a los artesanos. Estos últimos, convencidos de su superioridad, rehúsan seguir a los asalariados agrícolas en su acción. La amargura se apodera de las filas de los rebeldes. La unidad de los principios se resquebraja. Al mismo tiempo se desarrolla una nueva rivalidad entre los sindicatos anarquista y socialista. La ruptura que tuvo lugar entre José Sánchez Rosa y la CNT acrecienta la distancia entre el anarquismo puro y místico y el anarcosindicalismo. Se agota la energía de las masas andaluzas. Es la ocasión que esperaba el gobierno para atacar. Se hunde la resistencia, aunque algunos núcleos de obreros irreductibles continúan la acción hasta 1920.

Es interesante examinar brevemente la estrategia del poder frente al peligro andaluz. Esta estrategia está concebida completamente a la ligera. Desde el principio de la explosión en 1918,



el gobierno da muestras de objetividad; si interviene es para desempeñar un papel conciliador. Y en 1919, cuando el gobierno se esfuerza por mantener el orden público, evita el enfrentamiento directo con las asociaciones obreras. Hay que destacar que el exceso de represión estaba encaminado ante todo a acusar a los poderes locales. Así, en 1919, las autoridades provinciales se lanzan a una lucha sin cuartel y sin piedad de ninguna clase. Al mismo tiempo, la actitud de los alcaldes será siempre extremadamente feroz. Por el contrario la justicia no ha perdido apenas su serenidad. A pesar de las fuertes presiones de que son objeto, jueces y tribunales se rehúsan a servir ciegamente. Se castigan duramente tan sólo las simples fechorías, llegando a emparentarlas con los crímenes de derecho común.

La burguesía rural vivirá en este período sumida en el terror. Piensa que España seguirá la suerte de Rusia y que los propietarios serán asesinados por los campesinos. Algún tiempo después, las huellas de este temor todavía persisten. Para los burgueses andaluces, todo obrero es un «bolchevique». Muchos propietarios huyen de la región. Abandonan el campo para refugiarse en Córdoba o incluso en Madrid. Otros, más decididos, se organizan para la lucha, transforman sus viviendas en fortines, y crean una serie de asociaciones patronales que responden al desafío de los Centros Obreros. No cabe duda que si durante el dramático verano de 1919, la huelga general hubiera degenerado en una verdadera revuelta, los ejércitos de campesinos habrían tenido que afrontar una resistencia feroz por parte de los propietarios. Como indica Díaz del Moral, los desórdenes andaluces del «Trienio» corresponden en el esquema previsto por Marx: dos ejércitos antagonistas opuestos, reagrupado cada uno en sus respectivas organizaciones. En este largo período de odio y violencia, únicamente ciertos medios de la Iglesia tratan de hacer oír la voz de la moderación. Algunos obreros católicos quisieran llevar a cabo una acción de apaciguamiento. Sus palabras caen en el desierto. Tropiezan con la doble hostilidad de los patronos y de los trabajadores.

## **CAPÍTULO VI**

### **SINDICALISTAS Y «PISTOLEROS» 1919-1930**

Cuando llega la paz, en 1918, Barcelona se convierte en una ciudad a la deriva. A la prosperidad provisional y artificial de los años de guerra sucederá el caos. La capital catalana se ha superpoblado desmesuradamente como consecuencia de la atracción que ejercían las industrias bélicas sobre las provincias pobres. Además, en las últimas, fases del conflicto, Barcelona se había convertido en un poderoso centro de espionaje. La ciudad está infestada de agentes dobles, provocadores de todas categorías y de una población desocupada, exasperada, lista para cualquier locura. La tensión social está al rojo vivo. Es incesantemente acrecentada por la presencia de las masas marginadas que tienen mucho que ganar en medio del desorden, yendo a la aventura. La consecuencia será que, durante los años que van desde el fin de la guerra a la dictadura de Primo de Rivera, la capital de Cataluña va a ser agitada por violentas e incontrolables sacudidas. El enfrentamiento entre las fuerzas sindicales y las del orden burgués revestirá dos formas: en primer lugar un desafío al estilo clásico entre la potente CNT y la Patronal catalana; y en segundo lugar una lucha áspera, nocturna y sangrienta, al oponerse los turbulentos elementos de los bandos presentes.

La suerte del anarcosindicalismo reside en tener al frente a un hombre de mérito extraordinario, Salvador Seguí, denominado familiarmente el «Noi del Sucre».<sup>2</sup> Su excepcional personalidad va a dominar la inmediata posguerra. Dará un nuevo acento al anarcosindicalismo. Seguí no podrá ser acusado de tibieza, ni siquiera de moderación, ya que él nunca olvidará los objetivos últimos de la lucha revolucionaria. Sin embargo, un prudente sentido político, un realismo constante, un evidente talento de organizador le protege de líricas ilusiones que constituían la tentación permanente de los desesperados de la gran ciudad.

Salvador Seguí constituye una muestra importante de autoeducación. Nacido en Lérida en 1890, se adhiere al sindicato de pintores. En 1907 su actividad de militante le lleva a ser encarcelado. Orador nato, ejerce una influencia extraordinaria sobre los auditorios proletarios. Pero su prestigio no se limita tan sólo a las clases trabajadoras. La burguesía liberal le otorga su estimación: Seguí se volverá un sindicalista inexorable, se pronunciará siempre contra la violencia ciega. Es un político lleno de calor humano, amante del teatro y de la música, lector de Nietzsche -se dice- aunque no se deja llevar por romanticismos inútiles. Es el hombre de lo posible. Busca caminos realistas en el propio seno de las organizaciones obreras. No posee las mismas prevenciones contra la izquierda burguesa que los representantes extremistas de su movimiento. En múltiples ocasiones se esforzará en realizar la alianza entre los sindicatos anarquistas (CNT) y los sindicatos socialistas (UGT). La resistencia de los militantes va a sacrificar estos proyectos. Esta tentativa aclara los objetivos y los métodos de Seguí. Más que esperar un cambio instantáneo, un salto a la edad de oro, gracias a una especie de milagro, Seguí prefiere realizar un paso adelante cada día, sin prisa ni fiebre, cuidando de no arruinar todos los progresos logrados por el desencadenamiento prematuro de la tempestad. Él mismo definirá la relación entre el sindicalismo y el anarquismo como una relación entre lo real y lo ideal, teniendo éste una solución lejana, y no exigiendo que se deba recurrir, para alcanzarla, bien sea a la huelga sistemática, o al atentado personal.

Así pues, es razonable que la primera preocupación de Seguí fuera reorganizar a la CNT. El sindicato hasta entonces estaba dividido por oficios. De ahí resultaba un agotamiento de la acción reivindicativa. Seguí sustituirá esta estructura por la de los Sindicatos Únicos de Ramo, es decir, un sindicato único para cada rama de la industria, agrupando las organizaciones por oficios. Gracias a estas transformaciones, la acción reivindicativa podrá radicalizarse y democratizarse al mismo tiempo. La masa de trabajadores no especializados va a intervenir en la lucha junto a los especializados, que de ahora en adelante asumirán todo el peso de la lucha. Estas decisiones, llevadas tanto sobre las estructuras como sobre los métodos de lucha, Seguí va a ratificarlas en junio y julio de 1918 en el Congreso de Sants. En este mismo congreso se dará a conocer otro líder, muy próximo pero al mismo tiempo muy distinto a Seguí, se trata de Ángel Pestaña.

Nacido en un pueblecito de las montañas de León, muy pronto queda huérfano. Pestaña tuvo una infancia muy difícil; más tarde aprende el oficio de relojero y llega a Barcelona en 1914, donde su primera acción es ir a saludar a Anselmo Lorenzo. Pestaña es de temperamento metódico, excelente organizador, provisto de una vasta cultura histórica y filosófica, tenía en su comportamiento cotidiano algo de puritano y asceta. Esto le permitía, en los momentos difíciles, disfrazarse de sacerdote, para escapar de sus perseguidores...

El Congreso de Sants se pronuncia en favor del apoliticismo y de la acción directa pero, en el espíritu de Seguí, nada tiene que ver con las fantasías que alimentaban los libertarios de los tiempos heroicos. Para el nuevo líder la acción directa no está relacionada con los atentados individuales o con la intención de perjudicar a los esquirols. Acción directa significa ante todo acción directa ejercida por los obreros, sin que nadie intervenga entre el patronato y el

---

<sup>2</sup> Seguí, durante su adolescencia, había trabajado en una azucarera.

proletariado. Esta acción puede ser violenta o no. Dispone de un arma esencial, la huelga general, cuyo objetivo es doble: obtener mejoras materiales y preparar los cambios fundamentales para el futuro.

Seguí y Pestaña llevan a cabo un esfuerzo tenaz para conjurar las tentaciones que el caos general, la desmoralización y la angustia -al igual que el éxito bolchevique en Rusia- hacen sentir en los anarcosindicalistas. Los hombres de negocios catalanes comprenden que tienen frente a ellos a un adversario que surge reforzado de la reorganización que él mismo ha conducido a feliz término. Reaccionan con la formación de una «Federación patronal», que se opondrá a la CNT, en una guerra sin cuartel, hasta 1923.

La CNT de Seguí no tardará en afrontar la prueba del fuego, con motivo de la huelga de la «Canadiense». Se denomina así a una importante empresa de electricidad de Barcelona, dirigida por el canadiense Peter Lawton. Estalla la huelga en febrero de 1919. La CNT, gracias a la nueva estructura, da pruebas de su eficacia. Las restantes empresas de gas y electricidad de Barcelona van a la huelga por solidaridad. La ciudad queda sumida en la oscuridad. Otras ramas, empezando por la textil, se contagian. Un mes después, el setenta por ciento de las fábricas de Barcelona están paralizadas y también numerosos servicios públicos, comprendidos los de pompas fúnebres.

El gobierno replica declarando el estado de sitio en toda la provincia de Barcelona. Al mismo tiempo, e intentando poner en marcha la mermada economía, los poderes públicos disponen el requerimiento de ciertos trabajadores, pero los obreros de las artes gráficas replican con lo que se ha llamado la «censura roja»; no imponen el decreto gubernamental sobre la movilización de los huelguistas, según el acuerdo del Sindicato único del ramo de los impresores.

Esta importante cohesión obrera, reforzada ante las amenazas del gobierno, llega a impresionar. Pero la situación material de los obreros empeora rápidamente, y Seguí, que controla perfectamente la operación, inicia las negociaciones a mediados de marzo cuarenta días después de haberse iniciado la huelga. Varias categorías de trabajadores obtienen ventajas substanciales. La jornada de ocho horas se extiende por todas las ramas de la industria. Es un éxito. Ha sido adquirido por la demostración pacífica de la fuerza obrera. No se ha manchado en ningún momento por la violencia. Se trata de una victoria personal del «Noi del Sucre» sobre los extremistas de la CNT. Los poderes públicos se muestran relativamente comprensivos con la postura de Seguí.

La vuelta a la normalidad no durará mucho tiempo. Algunos obreros son arrestados y permanecen en prisión. La solidaridad vuelve a extenderse. La huelga estalla de nuevo el 24 de marzo, pronto se hace general, ya que, según Fernández Almagro, en su *Historia del reinado de Alfonso XIII*, cien mil trabajadores observan la huelga (mientras que en 1892, para reclamar la jornada de nueve horas, solamente cuarenta y cinco mil trabajadores habían dejado el trabajo en Barcelona). Ante esta vuelta a la agitación, las autoridades, que no conocen más que un remedio efectivo, decretan nuevamente el estado de sitio. La ciudad es ocupada militarmente, y una especie de guardia cívica burguesa, el somatén, trata de instaurar un cierto tipo de vida económica. Se enrolan ocho mil voluntarios. Son detenidos muchos trabajadores, sobre todo aquellos dirigentes de los sindicatos cuya actividad está jurídicamente suspendida. Y, sin embargo, la Federación Patronal encuentra el medio de reprochar al gobierno su debilidad y su suavidad: considera que han cedido demasiado a los sindicalistas durante las negociaciones del mes de marzo, tras la primera huelga de la «Canadiense». En cuanto a los sindicalistas, vencedores en marzo, pierden su prestigio con este nuevo empuje de la huelga, que sirve de pretexto para la reorganización patronal, sin llegar a resultados positivos. Pero las cosas son muy complejas, pues las pretensiones patronales se explican mejor si las situamos en un contexto local, es decir, en el marco de la rivalidad permanente que existe entre Barcelona y el

resto de España. La mayor parte de patronos catalanes deseaban que se presentara a las Cortes un estatuto de autonomía para Cataluña. Es cierto que un principio de descentralización había sido más o menos adquirido antes de las huelgas. Pero el malestar social retrasó su realización. Por lo tanto, ahora se entiende que los patronos terminaran por sospechar que el gobierno de Madrid tenía tratos con los huelguistas a fin de mantener el dominio de Madrid sobre Barcelona. Según esta hipótesis -la cual dista de estar sostenida por todos los historiadores- el gobierno habría actuado bajo mano para prolongar la huelga, mostrándose aparentemente conciliador. Esta era una manera de frenar el nacionalismo catalán.

En esta disputa, los anarquistas van a mostrar la máxima prudencia. No obstante, se les acusará de haberse vendido a los emisarios de Madrid. Pero resentido de haber perdido en los dos terrenos, en el económico y en el político, el patronato catalán se endurece: se rodea de representantes del ejército en Barcelona, partidarios en su mayoría de las medidas de fuerza mucho más que los gobernadores civiles. En julio de 1919 cuando está en el poder el gabinete del conservador Sánchez de Toca, se inclinan de nuevo por acceder a la conciliación bajo la influencia del ministro del Interior. El social-católico Burgos y Mazo prepara una fórmula intermedia para la creación de comisiones mixtas de patronos y obreros; los jefes de empresa aceptan, después sabotean el proyecto que Seguí, tras duras dificultades había hecho admitir a la CNT. Aún más: se preparan para el contraataque, que se desencadenará a partir del otoño, debido a una situación más grave, el *lock-out*, mientras que en Madrid el poder cae en manos de un gobierno menos preocupado y abierto por las cuestiones sociales que el precedente.

Las consecuencias del *lock-out* serán dramáticas: doscientos mil trabajadores son despedidos de sus trabajos. Angustia, resignación, hambre, son el principio de una serie de problemas mucho más peligrosos que los que han precedido. El *lock-out* marca el final del período (junio de 1918-noviembre de 1919) en que Seguí, al frente de la CNT, maniobraba como un jefe de ejército, controlando sin cesar el movimiento. A partir de ahora, se entra en una época de guerrillas confusas y salvajes que evoca mejor el Chicago de los años treinta que las grandes luchas obreras.

Algunos presagios se podían observar ya en los meses precedentes. Habían tenido lugar encuentros armados desde 1918. Al año siguiente, Bravo Portillo, un comisario de policía odiado, particularmente por el pueblo, había sido asesinado. El año 1919 terminaba en una atmósfera de inquietud. El *lock-out* se levanta en enero de 1920, pero ya es demasiado tarde. La dureza de los patronos ha dado rienda suelta a los temores, odios y rencores que van a favorecer a ese grupo dudoso del movimiento anarquista que Seguí había logrado mantener en su sitio. Vemos formarse, al margen del cuerpo principal de trabajadores, que dirigen todavía Seguí y Pestaña, comandos de francotiradores que llevan a cabo expediciones de castigo. Ejecutan a jueces, policías, etc.

¿Quiénes eran esos pistoleros? Hay una hipótesis que afirma que estaban manejados por la policía, y en algunos casos era cierto. Pero también algunos anarquistas puros participan en la batalla. El propio Pestaña reconoce que el desmán viene también de su campo: «Es preciso confesar que los autores morales y materiales de algunos asesinatos eran anarquistas». Y Manuel Buenacasa, otro dirigente sindicalista, escribirá: «Todo esto animó a los eternos predicadores en aguas turbulentas». Así se plantea un doloroso problema a la central anarcosindicalista, que integraba por aquel entonces a unos seiscientos mil miembros, de los cuales, según Buenacasa, más de trescientos mil estaban en Cataluña (contra poco más de diez mil en 1915). Individuos exaltados asesinaban a patronos y policías y exigían a continuación al sindicato que les abonara un sueldo por estas hazañas.

No es de extrañar que la Patronal siguiera el mismo camino. Hay que señalar que este patronato fue engrosado, gracias a la guerra, por un gran número de nuevos ricos, hombres

surgidos gracias a las facilidades dudosas nacidas del conflicto mundial. Además, sin que pretendamos con esto defender a la burguesía tradicional, es cierto que esos nuevos patronos destacan por una insolencia, una ausencia completa de piedad y una fría dureza, muy diferente a la mentalidad de los patronos catalanes de antaño. Estos recién llegados deciden responder al desafío de los pistoleros anarquistas empleando métodos iguales, originando una escalada infernal hacia la violencia.

Los hombres a sueldo abundan. La Patronal puede agotar ampliamente la reserva de población marginal que la guerra ha reunido en la ciudad. La policía, particularmente el comisario Bravo Portillo, ha preparado ya el terreno. Apoya a los patronos. Paralelamente, los policías aplican torturas de singular refinamiento. Uno de los jefes de estos grupos de acción es el llamado barón de Koenig, antiguo espía alemán. Se encontrará con imitadores que trabajan para Arlequí, jefe superior de policía, y para el general Martínez Anido, que si bien es militar será nombrado gobernador civil de Barcelona. Koenig y sus émulos se conducen duramente. Las autoridades no dicen nada: su única preocupación es destruir a cualquier precio el sindicalismo catalán.

Los atentados se suceden y, en este tiroteo generalizado no se sabe de dónde salen las balas ni quiénes son sus blancos. El caos llega a su punto álgido cuando los ajustes de cuentas se efectúan en el interior de cada uno de los dos campos, entre los radicales y los moderados. En enero de 1920, uno de los líderes de la Federación Patronal, Félix Graupera, fue víctima de un atentado. Además, este hombre, disgustado por los métodos de sus iguales, había retirado su apoyo al grupo de acción del barón Koenig. Todo nos hace suponer que las balas habían sido disparadas por el ex espía alemán, aunque se le haya atribuido el crimen a un anarquista.

Un texto literario nos sugiere, bajo una forma estilizada hasta qué punto de odio y violencia se había llegado en la Barcelona de los años veinte. Se trata de un pasaje de la obra teatral de Valle Inclán *Lucas de Bohemia*, que data de 1924. La escena transcurre en una prisión de Madrid donde está recluido un poeta ciego, Max; otro prisionero muy joven es conducido a su celda y Valle Inclán hace dialogar a los dos personajes. Transcribimos su conversación.

*El Prisionero:* Buenas noches.

*Max:* ¿Estoy solo?

*P.:* Parece que no.

*M.:* ¿Quién eres, compañero?

*P.:* Un paria.

*M.:* ¿Catalán?

*P.:* No, de todas partes.

*M.:* Paria, sólo los obreros catalanes nombran su rebelión con este epíteto degradante. Paria, en bocas como la tuya, es un estímulo. Pronto llegará vuestra hora.

*P.:* Veo que sois más clarividente que otros. Barcelona alimenta una hoguera de odios. Soy un obrero de Barcelona y estoy orgulloso de serlo.

*M.:* ¿Eres anarquista?

*P.:* Soy como las leyes me han hecho.

*M.:* Perteneceemos a la misma Iglesia. Mas yo soy un poeta ciego.

*P.:* No es poco. En España el trabajo y la inteligencia han sido siempre menospreciados. Aquí, es el dinero quien manda.

*M.:* Hay que establecer la guillotina en plena Puerta del Sol.

*P.:* Esto no basta. El ideal revolucionario debe ser la destrucción de la riqueza como en Rusia. El degüello de todos los ricos no es suficiente. Siempre aparecerá algún heredero, y aun suprimiendo la herencia, no se podrá impedir que las clases desheredadas conspiren para hacerse con las riquezas. Se ha de derrocar el orden anterior, y sólo se obtendrá destruyendo la riqueza. La Barcelona industrial debe desaparecer para renacer de sus propias cenizas con una concepción nueva de la libertad y del trabajo. El patronato más torpe de Europa es el catalán, sin hablar del resto del mundo, pues existen los países españoles de América. ¡Barcelona sólo se salvará pereciendo!

*M.:* Barcelona es muy querida para mí.

*P.:* También yo me acuerdo de ella.

*M.:* A ella debo las únicas alegrías de mi triste vida de ciego. Cada día moría un patrón, algunas veces dos. He aquí cosas que en verdad consuelan.

*P.:* No tenéis en cuenta los obreros caídos.

*M.:* Los obreros se reproducen abundantemente, como si fueran moscas. Por el contrario los patronos, al igual que los elefantes y todos los animales potentes y prehistóricos, procrean lentamente...

Es preciso añadir que la Patronal y Martínez Anido no se contentan con la acción directa para acabar de una vez con la resistencia obrera. Se asocian a una organización fundada en diciembre de 1919, el Sindicato Libre es decir un sindicato a sueldo de los empresarios. Esta intentona no convence a nadie, ni a la CNT ni tampoco a la UGT que, diezmados sus efectivos, rechazan cualquier contacto con «el Libre». Incluso los sindicatos católicos se muestran hostiles, al tiempo que el Sindicato Libre prepara grupos de choque y recluta asesinos a sueldo.

Tras una corta tregua en el verano de 1920, la lucha alcanza su apogeo en otoño, con la llegada del general Martínez Anido, y durante todo el año 1921. En la ciudad, arrastrada por el odio, la vida de los sindicalistas se encuentra amenazada en todo momento, de día por los pistoleros de los sindicatos libres y por la noche por los de la policía. Se ponen en práctica métodos detestables para eliminar a los elementos considerados molestos. El más conocido de estos métodos es la «Ley de fugas». Se proporciona al prisionero la ocasión de escapar y se le mata en flagrante delito. El libro, citado anteriormente, de Valle Inclán evoca estos procedimientos. En el mismo diálogo, el joven prisionero cuenta al poeta ciego lo que le espera.

«Ya sé lo que me depara la suerte. Cuatro tiros por haber intentado huir. No otra cosa. Y aún, si no son más que cuatro...

»– ¿Qué temas?

»– Que se complazcan torturándome. Hay que conocer a esos bárbaros. Por siete pesetas va a quitarme la vida un policía, que a fin de cuentas está pagado para la liberación del pueblo. Esto es lo que los canallas de los ricos llaman justicia.

»– Los ricos y los pobres. La barbarie ibérica es unánime».

El tono empleado por estos dos personajes de Valle Inclán nos permite explicar una de las consecuencias que lleva consigo la dureza de la represión. Templó los caracteres, da ánimos a los violentos y empuja a los jóvenes sindicalistas a toda clase de excesos. Hombres como Durruti, García Oliver, Ascaso, que se harán célebres a partir de 1930, se han formado en estas pruebas. Un testigo escribe a este propósito: «Los mejores elementos de nuestros cuadros se encontraban ante un dilema morir o matar. Los más violentos se defienden y matan, los estoicos mueren, los perezosos y los prudentes huyen o se esconden».

Bajo el mandato del gobernador Martínez Anido hubo doscientos cuatro atentados y se estima que alrededor de ciento cincuenta obreros fueron asesinados o perecieron a causa de sus heridas. Sólo en 1921 se produjeron treinta atentados contra patronos, cincuenta y seis contra policías, ciento cuarenta y dos contra obreros (sesenta y nueve de estos últimos murieron). Entre 1920 y 1921 fueron arrojadas doscientas bombas en Barcelona, de las cuales, más de cincuenta hicieron explosión. Martínez Anido había sido nombrado por Dato. Decisión a todas luces lamentable y que Dato pagará con su propia vida. Cae asesinado el 8 de marzo de 1921 por los anarquistas. Esta muerte viene a confirmar que la posición de jefe del gobierno, en esta época, no es nada confortable: en el espacio de veintinueve años hemos visto caer bajo las balas de los anarquistas a tres presidentes: Cánovas, Canalejas, y ahora Dato.

La manera en que ha sido urdido el asesinato de Dato merece una atención especial. Detrás de la prisión de Montjuïc -en un lugar simbólico, pues-, en una cabaña hecha con cañas se reúnen los conjurados. Toman las máximas precauciones por temor a los espías y acuden por separado al lugar de reunión. El jefe del grupo es Archs, hijo de un hombre muerto precisamente en Montjuïc. Se dirige a sus amigos en los siguientes términos: «Es preciso llevar a cabo un importante trabajo en Madrid que pueda interrumpir la ola de asesinatos». Entienden de qué se trata. Se designa a tres ejecutantes, que lograrán huir después del crimen. Dos de ellos serán arrestados en Alemania. El tercero, Casanellas, logra llegar a Rusia. Vive actualmente en alguna parte de Francia. En 1968, el periódico madrileño «Pueblo» publicaba una entrevista suya...

El asesinato de Dato, a quien los sindicalistas acusan de haber aceptado y protegido la «Ley de fugas» y de haber mantenido en su puesto a Martínez Anido aun siendo atacado por los elementos más razonables de casi la totalidad de partidos, es una muestra de cómo un hombre bien intencionado pero débil puede caer víctima de un mecanismo que sobrepasa sus posibilidades. Dato, aunque conservador, había obrado siempre en favor de la clase obrera. Había contribuido incluso a la amnistía de los anarquistas condenados tras el asunto de Montjuïc y de Jerez antes de reconocer en 1915 la existencia legal de la CNT. Era en el fondo un moderado y es interesante constatar que, dos años más tarde, un hombre que era también un moderado será igualmente asesinado esta vez en el campo contrario, en el bando de los trabajadores: Salvador Seguí. Hablaremos de él más adelante.

Sin embargo, en medio de estas sangrientas pruebas, un debate apasionaba a los militantes anarquistas y anarcosindicalistas: ¿Qué actitud debían adoptar respecto a la Rusia soviética? Sabemos ya que la explosión de Petrogrado, el repentino derrumbamiento del Imperio zarista había despertado un gran entusiasmo en las masas españolas. Pero el lirismo no dura siempre. ¿Era oportuno para los revolucionarios anarquistas establecer relaciones firmes con los comunistas rusos? Las discusiones son largas y a menudo agitadas. La CNT en un principio

responde de una manera positiva y se adhiere en 1919, a la Tercera Internacional. La moción proclama además que la CNT «permanece fiel a los principios de la Primera Internacional sostenidos por Bakunin», pero que «se adhiere provisionalmente a la Internacional Comunista por el carácter revolucionario que encierra». Por otra parte es significativo que de esta época ciertas fracciones puras y fuertes del anarquismo -por ejemplo el grupo de Quintanilla en Asturias- reclamaron limitarse exclusivamente a una moción de simpatía sin ninguna adhesión formal.

Por su parte los rusos alimentan algunas intenciones ocultas frente a esos hombres, descendientes directos de Bakunin, el enemigo íntimo de Marx. Sin embargo, el realismo les atrae y Moscú invita a varios líderes de la CNT. Pestaña efectúa un viaje a Rusia en el año 1920.

Tras encontrarse con Víctor Serge en Petrogrado, Pestaña se entrevista con el propio Lenin. En el transcurso de dicha entrevista, el líder español no duda en criticar ante el jefe bolchevique el comportamiento excesivamente burgués, en sus vidas privadas, de los delegados al Congreso de la Internacional. A pesar de todo, Pestaña firma un documento de adhesión al ideal universal de la Dictadura del proletariado. No obstante, los libros que Pestaña escribirá después de su viaje a Rusia dan testimonio de su desilusión, aunque la alianza *contra natura* entre los hijos de Marx y los de Bakunin se mantendrá durante algún tiempo. Algunos militantes, Andreu Nin y Joaquín Maurín en particular, pasarán provisionalmente al comunismo.

A partir de la conferencia de Zaragoza, en 1922, la CNT determina, después de una intervención decisiva del propio Pestaña, apartarse de la Internacional comunista. Algunos sindicalistas anarquistas se muestran hostiles a esta decisión. Creen que en una época en la cual el anarquismo sufre en España una atroz represión, es necesaria la alianza con la Rusia revolucionaria, aunque los enfoques ideológicos sean dispares. Estos hombres se esfuerzan en que Moscú invite al otro dirigente de la CNT, Seguí. Éste nunca realizará el viaje. Es entonces cuando cae asesinado, el 10 de marzo de 1923, en Barcelona. Su desaparición es sentida dolorosamente. Era muy popular y se le tenía por irreprochable. Su muerte elimina a uno de los únicos líderes capaces de impedir el desenfreno de la violencia. Cabe señalar que en el año anterior, el otro líder moderado de la CNT, Pestaña, había escapado de un intento de asesinato. Estaba vivo de milagro: fue herido y trasladado luego al hospital. A la salida, los pistoleros le esperaban para matarlo. Tuvo que intervenir la policía para que, una vez curado, pudiera abandonar el hospital.

La muerte de Seguí marca un giro en la acción anarquista. Desde ahora los elementos más fuertes tienen el campo libre. Es el turno de Durruti, Ascaso y de sus seguidores. Una de sus primeras hazañas será el asesinato del cardenal Soldevila en Zaragoza el 4 de junio de 1923. La noticia produce verdadero terror. La gestión del gobernador Martínez Anido se vuelve cada vez más crítica. Anido, que se siente amenazado, piensa en organizar un simulacro de atentado contra sí mismo. El gobierno de Madrid es advertido a tiempo y con esta excusa destituye al gobernador de Barcelona y al jefe de policía, con la esperanza de que estas medidas traerán la calma a la ciudad ebria de muertes. No es éste el punto de vista de la burguesía catalana. Tenía en Martínez Anido a su defensor y lamenta profundamente su marcha, tanto más que, después de los años difíciles, la situación económica mejora y el paro disminuye, lo que podría traer un recrudescimiento de las reivindicaciones obreras. Por otra parte, el gobierno constitucional de Madrid se ve severamente atacado, los desastres de Marruecos contribuyen a aumentar la confusión política. Entonces Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, con el apoyo de los patronos de Barcelona, decide pasar a la acción. Triunfa su golpe de Estado y la Dictadura se instaaura en Madrid.



Su primera preocupación, ya se intuía, consiste en clausurar el Parlamento. Entre las fuerzas obreras existen vacilaciones: el partido socialista y su sindicato, la UGT, colaboran en cierta medida con el nuevo gobierno. La CNT, por el contrario, se mantiene en una actitud intransigente, pero la huelga general que propone fracasa. El equipo que se encuentra en el poder toma medidas de precaución. Se suspende el periódico «Solidaridad Obrera». Se produce un nuevo giro en la caótica historia del anarcosindicalismo: a partir de 1924, se convierte en un movimiento clandestino.

La mano firme de la Dictadura se propone eliminar la efervescencia de Barcelona. Tienen lugar algunos asalto a bancos en diversos puntos del territorio español, que han sido calificados de «subproductos» de la lucha obrera. La Dictadura evita en lo posible recurrir a la crueldad. Aumentan las persecuciones judiciales, se suprimen las garantías, pero no obstante la represión ya no es tan sangrienta.

Son los «desesperados» del movimiento anarquista quienes se esfuerzan en dar un nuevo empuje al movimiento. Preparan un atentado contra Alfonso XIII a propósito de una visita del soberano a París. Participan en este asunto hombres que ya conocimos, tales como Durruti y sus seguidores. Pero este nuevo auge de la acción directa no se ve acompañado por el éxito. No hay que extrañarse, pues, de que a lo largo de los años 27 y 28, la antigua discusión acerca de la fidelidad al ideal anarquista renazca de nuevo. Se trata de una nueva organización, la FAI, Federación Anarquista Ibérica, así llamada por abarcar dentro de ella no sólo a los españoles, sino también a los portugueses, que ocupará el centro de la discusión.

La estructura del nuevo grupo, fundado en una playa de Valencia en 1927, es muy particular. Pretende actuar como una organización dentro de otra. Su esquema es el siguiente: la CNT es un cuerpo falto de energía, acechado continuamente por la tentación de caer en el corporativismo, o, por lo menos, en un sindicalismo puramente reivindicativo. Muchos jóvenes anarquistas no lograrán adaptarse. Quieren preservar el movimiento de cualquier desviación. Es en este sentido como se constituye la FAI. Esta nueva organización agrupará a los militantes fanáticos aferrados a la pureza original de la idea anarquista: la destrucción completa de la sociedad establecida. Parece ser que este deseo se encuentra muy extendido durante esta época, ya que en pocos meses, el nuevo movimiento hace rápidos progresos.

La FAI, donde encontraremos a Durruti, Ascaso y Jover, se constituye en núcleo central del anarquismo español. Representa su esqueleto, sus músculos y sus nervios, todo al mismo tiempo. Su finalidad es acatar la dirección ideológica de la CNT. De hecho, bajo su influencia, la CNT va a transformarse rápidamente. Se va alejando aquella época en que Seguí procuraba ante todo asegurar unas ventajas reales y cotidianas a los trabajadores, sin olvidar por ello la refundición total de la sociedad. La FAI está animada por un romanticismo trágico. Pregona el más resuelto desprecio a las reformas de la condición obrera. Su única obsesión es transformar las reglas fundamentales sobre las que la sociedad funciona. Este fanático desenfreno no acaba de agrandar a los hombres de la vieja guardia, Pestaña es el primero en no estar de acuerdo. Pero las cosas en un principio evolucionan muy lentamente. Hacemos constar simplemente que, durante los años 1928 y 1929, Primo de Rivera, que favorecía el sindicalismo socialista de la UGT, persuadido de que la CNT se derrumbaría por sí sola, se equivocaba totalmente. El dictador deja la escena política antes de que se extingan la llama y el furor anarquista, no habiendo dejado en ningún momento los anarcosindicalistas de conspirar contra él.

En 1930, Primo de Rivera es reemplazado por el general Berenguer. Se instaura un régimen de transición y la agitación republicana aumenta. El anarcosindicalismo se aprovecha y la CNT reemprende sus actividades a la luz del día a partir de 1930. Reaparece el periódico del movimiento, «Solidaridad Obrera», mientras que la FAI publica «Tierra y Libertad». La CNT, no

obstante, no será invitada hasta que en San Sebastián se firma un pacto entre las distintas fuerzas de la oposición republicana, pacto que acepta, al menos oficialmente, el partido socialista, tras el cual se perfila la UGT, también ausente.

Se concibe que en estas condiciones la CNT se muestre algo reservada cuando, algo más tarde, los republicanos le tomen la delantera, tanto que los trabajadores afluyen en gran número a sus filas y que su peso en el equilibrio de las fuerzas aumenta cada vez más. La intención de los anarcosindicalistas no era, en ninguna circunstancia, representar el papel de simples comparsas. Esto no impedirá a la CNT decretar la huelga general, en diciembre de 1930, cuando los capitanes Galán y García Hernández intentan un pronunciamiento contra la monarquía, que fracasa. Pero esto no era más que una ínfima parte del movimiento de oposición que no cesa de ganar terreno. En 1931, las elecciones municipales sancionarán el progreso de los republicanos. La monarquía no opondrá resistencia alguna. Acabará por desaparecer.

## **CAPÍTULO VII**

### **FRENTE A LA REPÚBLICA 1931-1936**

Hasta aquí es bastante claro el balance de los hechos y aun su interpretación, pero la historia del anarquismo y del anarcosindicalismo inicia a partir de 1931 un período más confuso. Los comentaristas dejan de ser objetivos, son arrastrados por la pasión de sus propias ideas. Sus análisis se dispersan y se contradicen. Los unos se felicitan porque los dirigentes anarquistas han sabido preservarse de las ilusiones republicanas. Otros reprochan a estos mismos dirigentes el haber hecho el juego a la Dictadura arruinando fríamente la experiencia republicana.

Estas divergencias no son fortuitas. Reflejan claramente las dudas por las cuales pasa la propia acción anarquista en este breve período que va desde la caída de la monarquía a la tempestad de 1936. El movimiento obrero de inspiración anarquista está dividido en dos opiniones opuestas que explican con ejemplar nitidez la brecha por donde siempre ha sido atacado, el terreno de los realistas y el de los teóricos. Por una parte, los que aspiran a una acción modesta, lenta, insistente y sin ostentación. Y por otra, el deseo orgulloso de rehacer el mundo y los hombres, el desprecio por las transiciones, la creencia en el advenimiento de una «edad de oro», y por fin una confianza ingenua en las virtudes de la confusión y del caos revolucionarios. A lo largo de nuestro itinerario hemos descifrado las ilustraciones sucesivas o simultáneas de estas dos opiniones contrarias: anarquismo ingenuo, primitivo y apocalíptico con los movimientos milenaristas de Andalucía, y al mismo tiempo el anarquismo totalitario y aventurero de la FAI y la acción sindical reflexiva y circunspecta con la CNT de Salvador Seguí.

Estas dos tendencias van a enfrentarse con una fuerza mucho mayor a partir del momento en que se proclama la República. Es acerca del juicio sobre la República que se organiza la discusión esencial en el seno del movimiento anarquista después de 1931: ¿La República es el terreno propicio para recibir el «mensaje» y asegurar una transición hacia una forma más avanzada de la sociedad, o no es más que un engaño, una especie de astucia de la sociedad burguesa que protege sus privilegios y sus egoísmos amparándose en el concepto de democracia como se protegía ayer tras la monarquía o la dictadura? Esta es la gran cuestión, la indisoluble cuestión a la cual se ha dedicado la predicación anarquista durante estos años.

Todo el destino de los movimientos que gravitan en torno al anarquismo en este breve período se resume en esta pregunta, e incluso, el propio destino de España.

El gobierno republicano constituido tras la caída de la monarquía está formado por un amplio abanico de tendencias políticas. Abarca desde conservadores lúcidos hasta la izquierda jacobina y los socialistas. Sin poder esperar más tiempo, el nuevo equipo se esfuerza en resolver la cuestión social. El ministro de Trabajo, Largo Caballero, es a su vez líder de la UGT, la central sindical socialista. Su primera decisión es constituir jurados mixtos, es decir, tribunales conjuntos de obreros y patronos cuya misión será intervenir antes que se inicie cualquier huelga, con miras a encontrar una posible conciliación. La Patronal no ve con muy buenos ojos este procedimiento, pero como se siente en inferiores condiciones, lo aceptará. Los anarcosindicalistas, en cambio, no ocultan su hostilidad al sistema. Éste les disgusta, puesto que tales arbitrajes prevén una intervención más o menos oculta de su enemigo esencial, el Estado.

La CNT, que acaba de salir de la clandestinidad, debe enfrentarse rápidamente a un nuevo problema, el del lugar que debe ocupar en las nuevas instituciones. El Congreso que se celebra en junio de 1931 en el Teatro del Conservatorio de Madrid -el primer congreso oficial organizado por la CNT desde 1919- debe examinar en primer lugar la actitud que deberá adoptar el anarcosindicalismo respecto a las elecciones generales que se celebrarán a finales de mes para elegir a los diputados a las Cortes constituyentes. Las discusiones de este Congreso nos muestran las dificultades por las que pasa el movimiento. Ponen de manifiesto, con algunas excepciones individuales, la persistencia de la corriente antiparlamentaria y antipolítica de la CNT. En efecto, la decisión adoptada en el último término era, por parte de los anarcosindicalistas, no participar como organización en las elecciones de las Cortes. La elección de intervenir o no dependerá de la decisión personal de cada militante. Un gran número de ellos se abstendrá. Otros votarán aportando más gustosamente su apoyo a los republicanos de izquierda que a los socialistas. Sin embargo, éstos conocerán un éxito envidiable, puesto que cuentan con ciento veinte diputados en Cortes.

Acerca de la naturaleza y el sentido de las Cortes, el movimiento anarquista se encuentra dividido. Para algunos, la sola existencia de esta Asamblea Constituyente supone un acto revolucionario y se impone mantenerla. Otros, los más, ven en ella una especie de trampa, una nueva patraña del sistema capitalista. Las Cortes, aunque constituyan un progreso en relación a la anterior situación, mantienen las mismas taras, puesto que son un producto del mundo capitalista que las ha creado. La discusión ideológica se vuelve apasionada. Traerá consigo la publicación en agosto de 1931, de un texto, importante, conocido con el nombre de *Manifiesto de los Treinta*.

Este documento intenta superar las contradicciones que paralizan el anarcosindicalismo. Es un texto crítico, severo, incluso en opinión del gobierno republicano. Censura sus principales opciones económicas y sociales, sin proponer una solución razonable y moderada. Convencido de que la Revolución no podría brotar de repente, por el solo esfuerzo de una minoría, el manifiesto se centra en las diferencias que separan y deben separar al anarquismo del sindicalismo. En esta medida, el *Manifiesto de los Treinta* inaugura un movimiento de resistencia contra la creciente labor de los elementos fuertes y románticos de la FAI en el seno del anarcosindicalismo. La conclusión práctica es que la CNT si bien no debe colaborar con el gobierno republicano, debe concederle un voto de confianza.

Los animadores de esta tendencia son Ángel Pestaña, antiguo compañero de Seguí, del cual conocemos ya su inclinación a las posturas razonables, y Juan Peiró: «Sí, somos revolucionarios -afirman- pero no cultivamos el mito de la revolución». El manifiesto examina además las opciones morales que deben inspirar el anarcosindicalismo y los dispositivos

estratégicos a poner en práctica: «La preparación revolucionaria no debe apoyarse exclusivamente en elementos agresivos y de combate, sino que debe comportar, además: elementos morales -puesto que ellos son los que tienen hoy día más fuerza-, más destructivos y difíciles de vencer. La revolución no debe apoyarse únicamente en la audacia de las minorías valerosas, sino que debe emanar del núcleo mismo del pueblo, de la clase trabajadora que va hacia su liberación definitiva. Ante esta concepción caótica de la revolución que algunos defienden, se levanta el concepto ordenado, coherente y consciente de las previsiones, de los que firman el manifiesto. Los primeros juegan a la revuelta y a la revolución, lo cual no puede servir más que para retrasarla».

Del mismo modo, Juan Peiró y Ángel Pestana denuncian lo que ellos llaman el tremendismo -es decir-, esa tendencia al romanticismo apocalíptico que tienen ciertos adeptos de la *Idea*. Desde su punto de vista, la audacia y el espíritu de insurrección desde luego son dos elementos preciosos para asegurar el triunfo del ideal anarquista revolucionario. Sin embargo, sería pernicioso confundir la audacia con el ideal mismo. Esta discusión conduce a los fines y medios: la audacia podría ser un medio. La finalidad del anarquismo, su esencia, permanece como un conjunto de valores morales distintos a la violencia sistemática.

En este punto deberíamos suspender momentáneamente la elocución sobre el anarquismo español para destacar que muchas de las discusiones que tuvieron lugar en 1931 son el meollo de toda problemática revolucionaria: al leer el documento de los Treinta nos damos cuenta de que la temática es idéntica a la que oponen en 1969, no solamente en Francia, sino también en el mundo entero, los llamados «izquierdistas» -cuya tendencia es a todas luces romántica, utópica y apocalíptica- a los revolucionarios más clásicos, en la línea de la obediencia marxista. Las antiguas disputas entre Marx y Bakunin, entre los marinos de Cronstadt y Lenin, conoce otros avatares en la España de la República. Pero el interés y la originalidad de la experiencia española consiste en que el debate, lejos de enfrentarse a comunistas y anarquistas, estalla en el seno del mismo bando, enfrentándose con nombres distintos las ideas anarquistas y libertarias.p113

En 1933, Pestaña llevará lejos sus tentativas, puesto que, no vacilará en romper con el apoliticismo y fundará un «partido sindicalista». Sin embargo, su iniciativa no obtendrá un éxito considerable. Viola demasiado abiertamente una de las reglas fundamentales del anarcosindicalismo.

La FAI va a sacar provecho de las reticencias que encuentra el *Manifiesto de los Treinta* para ensanchar el territorio que está bajo su control, y consigue atraerlo al seno de la CNT en perjuicio de la tendencia moderada. En cierta manera Pestaña y Peiró son expulsados. La FAI recibe de esta manera los beneficios de una hábil estrategia que venía aplicando desde hacía varios años: los miembros de la FAI no solamente pertenecían a la CNT, sino que habían sabido colonizar el aparato de esta última situándose en los puestos claves de los Comités, en los organismos responsables tanto en el terreno nacional como en el local. La colonización de la CNT por los hombres de la FAI había sido fácil porque el sindicalismo anarquista -contrariamente a la UGT socialista- no disponía de un personal administrativo permanente. Su débil estructura y su desprecio por la burocracia la convirtió en una confederación vulnerable a los proyectos de un grupo decidido. Este fue el caso de los hombres de la FAI. Fanáticos o aventureros, ingenuos o astutos, los individuos de la FAI lograrían imponerse sin demasiada resistencia.

Así aparecen en primer plano unos individuos que podrían ser considerados hasta aquí como marginados. Desvían la acción del sindicato anarquista y planean una estrategia. Ascaso, García Oliver y Durruti, sobre todo, continúan ascendiendo. Buenaventura Durruti es el más característico de este nuevo tipo de líder. Y en varias ocasiones nos hemos cruzado en su

camino. En 1917 participa en la gran huelga de ferrocarriles. Exiliado, a continuación, en Francia, vuelve a España para hacer rápidas incursiones durante las cuales realiza de nuevo hazañas terroristas. Se ve comprometido en un intento de asesinato de Alfonso XIII, y en 1923 en la muerte del cardenal arzobispo de Zaragoza, Soldevila. Durruti, personaje del que no podemos subestimar su valor ni su energía, dirige al mismo tiempo varios asaltos a mano armada en sucursales bancarias. Se inclina siempre por la violencia y esta audacia sin medida le convierte en el modelo mismo del militante de la FAI.

En el terreno político, el éxito de los activistas frente a los pactistas producirá sus efectos en el funcionamiento de la joven República. La lucha, hasta aquí silenciosa, va a proseguir a pecho descubierto. El 16 de julio de 1931, la CNT lanza una consigna de huelga general en el ramo de la telefónica. El ministro de Trabajo declara ilegal la huelga. De hecho, la fría reacción por parte del gobierno no debe sorprendernos; no olvidemos que Largo Caballero, ministro de Trabajo, es secretario general de la UGT, rival de la CNT.

Amenazado por la efervescencia social, el gobierno decreta una ley de Defensa de la República, en julio de 1931. Esta ley, justo es admitirlo, no se diferencia en mucho de los sistemas aplicados frecuentemente en tiempos de la monarquía. Prevé la suspensión de todas las garantías ordinarias de que disfrutaban los ciudadanos.

A partir de este momento, el gobierno republicano se encuentra en una situación falsa: ¿esta ley, tras la cual se protege, no supone la negación del estado de derecho que proclama la idea republicana? ¿No empieza el nuevo régimen a ignorar los principios que él mismo defendía? Juicio que es preciso suavizar inmediatamente señalando que la República se vio obligada a utilizar estos procedimientos a causa de la intransigencia obstinada de la CNT. Ésta se ha sustraído a todo compromiso. Ni siquiera ha querido conceder al poder republicano un plazo suficiente para demostrar su buena fe y su deseo real de dar una solución a los problemas sociales más candentes.

Otros acontecimientos justifican la inquietud que sobrecoge a los dirigentes republicanos. También el período de calma en Andalucía toca a su fin. Se producen disturbios y las formas que revisten son peligrosas. Los insurrectos siguen la táctica llevada en Madrid y asaltan las iglesias y las incendian. Se ha discutido mucho sobre el origen de estos incendios. Un historiador socialista e irreligioso, afirma que estos desastres no son un producto únicamente anarquista.

Se producen al mismo tiempo incidentes de corte claramente anarquista. En julio de 1931, se producen en Sevilla enfrentamientos sangrientos entre grupos anarquistas y las fuerzas del orden. El balance es de treinta muertos y trescientos heridos. Esta ola alcanza a Cataluña en septiembre del mismo año. Se inician huelgas generales. El clima se enrarece. A finales de 1931 se produce la ruptura decisiva entre las Cortes y la CNT.

Entramos ahora en un auténtico período insurreccional que se prolongará en 1932 y 1933. Aparecen focos de violencia en distintos puntos del territorio español. Ciertas agrupaciones proclaman el comunismo libertario. Esto sucede en la región del alto Llobregat, en enero de 1932, en una zona minera de Cataluña. La revuelta se produce de golpe. La propiedad privada y el uso del dinero quedan abolidos. Los archivos son incendiados y los miembros de la guardia civil asesinados o encarcelados. En tales condiciones, cae por su peso que cualquier gobierno - aunque sea republicano- se ve obligado a actuar con extrema dureza. El ejército acude al alto Llobregat y en cinco días el movimiento es aplastado. Nos encontramos en esta ocasión con unos antiguos conocidos, Durruti y Ascaso, que siempre están allí donde sopla la tempestad. Son arrestados y posteriormente deportados a África. Hay un texto, una especie de prosa poética escrita por Ascaso, que aclara la mentalidad de estos organizadores del desorden que

son los nuevos dirigentes anarquistas. Vale la pena leerla por el sentimentalismo, la ingenuidad y el romanticismo que de ella se desprende.

«Partimos, nos vamos lejos. Según el poeta, partir es morir un poco pero, para nosotros que no somos poetas, la marcha ha sido siempre nuestra vida. Siempre en camino, errando a perpetuidad, al igual que los judíos privados de una patria, al margen de una sociedad en la que no encontramos un lugar para vivir, porque pertenecemos a una clase explotada sin cabida aquí en la tierra. Viajar para nosotros es una prueba de nuestra energía vital».

Vemos que el anarquismo ha recorrido mucho camino desde los tiempos en que los teóricos moderados habían sido desplazados por los hombres de la FAI. Otro de estos nuevos líderes se expresa en un lenguaje parecido: «Nosotros propagamos el hecho revolucionario sin preocuparnos de saber si estamos preparados o no para instaurar la Revolución o el Comunismo revolucionario, estamos persuadidos de que el problema de la Revolución no es un problema de preparación, sino de voluntad en el estado de descomposición en que se encuentra España».

Los anarquistas exageran probablemente la gravedad de esta descomposición. Es cierto que la sociedad española está sacudida por movimientos desordenados, frenéticos y peligrosos, pero mantiene, bajo esta descomposición aparente, un cierto número de estructuras resistentes. Los anarquistas no eran conscientes de ello y ello supuso sin duda un error: a parte del régimen republicano y de sus incertidumbres, las fuerzas tradicionales -es decir el Ejército, la Iglesia y los grandes terratenientes- conservan su poderío. Debilitadas en un principio van a recomponerse y consolidarse en la medida de los fracasos que sufrirá la República. La responsabilidad de los anarquistas podría ser señalada del siguiente modo: el sabotaje encarnizado y permanente al régimen republicano ha servido de catalizador a la reacción conservadora que se manifestará en 1936, y ya sabemos con qué violencia.

En espera de estos sucesos, se esboza en enero de 1933 una nueva operación revolucionaria. Su campo de acción está muy extendido puesto que alcanza a Cataluña y a Andalucía al mismo tiempo. En más de una circunstancia el asunto va a tomar aires de tragedia, en particular en el pueblo de Casas Viejas. Este pueblo miserable de la provincia de Cádiz está situado en los inmensos dominios del duque de Medina Sidonia; es pobre y está devastado por el paludismo. Casas Viejas atraviesa cada año un período de dramática penuria a finales del invierno. Estos pueblos sin recursos y sin esperanzas son los territorios escogidos para la predicación anarquista. La tradición es muy antigua, se perpetúa de generación en generación, y los anarquistas componen verdaderas dinastías.

Estas poblaciones desgastadas, trabajadas desde siempre por el fermento anarquista, están dispuestas a escuchar los más sorprendentes rumores que circulan abundantemente en la época por todo el campo andaluz. Se cuenta que la insurrección ha estallado en todo el país. Se cuenta también que el gobierno está estudiando el proyecto para llevar a cabo una reforma agraria. No hace falta nada más para que la chispa haga estallar la pólvora. El jefe anarquista de Casas Viejas, «Seis Dedos», no pone en duda que el Gran Día ha llegado. No se anda con rodeos y advierte al alcalde que el pueblo se ha convertido en anarquista. Se adoptan medidas concretas: los cuatro guardias civiles son encarcelados, se izan banderas negras y rojas y se emprende la redistribución de las tierras con un hermoso ímpetu. Todo se realiza en medio de una gran serenidad. No ha sido vertida ni una sola gota de sangre.

Las fuerzas del orden embisten a pueblo anarquista. «Seis Dedos» se refugia con sus compañeros en una casa. Fortifican la vivienda. Los policías la sitian. «Seis Dedos» resiste valientemente durante doce horas, pero el tejado está hecho de rastrojos y se incendia. «Seis

Dedos» resiste valientemente durante doce horas, pero los guardias de asalto. Veinticinco habitantes del pueblo encuentran la muerte en la batalla.

Este episodio reúne todos los rasgos que hacen del anarquismo español una aventura con extraños acentos: nace de esa familiaridad que los pobres tienen con la desesperanza y creen estar preparando el reino de la esperanza absoluta. El anarquismo pretende hacer brotar de la desgracia más extrema la felicidad y la justicia por medio de la alquimia. En el campo, el anarquismo se acerca menos a una acción política que a la espera de una epifanía. Así se explica el coraje sobrehumano que anima a los anarquistas primitivos cuando creen que la hora ha llegado.

La matanza de Casas Viejas produce horror y vergüenza en toda España. Madrid está agitado. Circula un rumor afirmando que las autoridades republicanas son directamente responsables de la salvajada de las fuerzas del orden. Se dieron terribles consignas a los guardias: «¡Tiros a la barriga!», gritaron los responsables de la matanza. Los partidos de derecha no desaprovechan la ocasión de explotar el asunto. Se desarrollan en las Cortes sesiones muy agitadas.

Las consecuencias de este asunto no son despreciables. Se dictan sanciones. El capitán Rojas, responsable de la matanza de Casas Viejas, es juzgado, al igual que el director general de Seguridad. Los socialistas se encuentran en una situación poco confortable. Evolucionan hacia la izquierda y se preparan para una ruptura con sus aliados republicanos burgueses.

Las elecciones de noviembre de 1933 estarán marcadas por estos acontecimientos. Las fuerzas de izquierda están deshechas. Los socialistas pierden la mitad de sus puestos. Es necesario aclarar que, contrariamente a lo sucedido en el escrutinio de 1931, esta vez la CNT había llevado a cabo una apasionada campaña en favor del absentismo. En Madrid y Barcelona se reúnen mítines gigantescos. «No queremos urnas electorales -dicen los slogans-, queremos la revolución social». Se inicia un nuevo intento de insurrección sindicalista. Falta una preparación seria y no llegará muy lejos.

La República estará de ahora en adelante en manos de las derechas. Los socialistas y republicanos de izquierdas son apartados del poder. Los radicales de Lerroux gobiernan, con el apoyo más o menos firme de la CEDA, que son los demócratas cristianos de derecha de Gil Robles.

El partido socialista endurece su actitud. Hombres como Prieto, que se inclinan a colaborar con las fuerzas burguesas; son desposeídos de sus cargos por marxistas más activos. Los socialistas han constatado que la colaboración con los partidos burgueses se ha solidificado por un retroceso. Este retroceso se deja sentir en el dominio sindical. La CNT ha reforzado poderosamente su influencia en perjuicio de la UGT, particularmente en Madrid. Por este motivo se producen trastornos sorprendentes. Así, Largo Caballero, antiguo ministro de Trabajo y líder moderado de la UGT, se pasa a la idea de la revolución violenta.

La gran federación anarquista domina hoy más que nunca al proletariado catalán. Barcelona se convierte en una ciudad única. Es, como la ha descrito Juan Marichal, la «ciudad simbólica del hundimiento de la Europa liberal». Encontramos en ella «la más grande concentración de actores y coros de la tragedia que ha vivido Europa desde 1789 hasta 1939: la burguesía industrial, masas obreras anarcosindicalistas, marxistas ortodoxos (unificados finalmente en el comunismo) y marxistas disidentes (partidarios de Trotsky), la izquierda separatista, conservadores de todo tipo e infinidad de otras tendencias ideológicas. En suma, todas las tensiones sociales y políticas de las grandes ciudades de más allá de los Pirineos venían a juntarse en Barcelona, pero en un marco histórico provincial a causa de la ausencia de las instituciones de un gobierno central. De ahí, el alcance exteriormente marginal de estos

enfrentamientos y sobre todo su intensidad sin trabas debido a la falta de frenos que suponen las responsabilidades de Estado en las capitales oficiales».

Nadie mejor que el gran novelista español Max Aub ha sabido expresar el clima de la Barcelona de los años 1934-36.

En sus obras se ve perfectamente que el prestigio de la CNT se explica por su repulsa a la transacción, por su dinamismo y su combatividad. Es cierto que en múltiples circunstancias, las acciones esporádicas lanzadas por los anarcosindicalistas ofrecen un carácter de improvisación. Tras los fracasos sangrientos resisten. Pero, paralelamente a estas acciones desconsideradas, la CNT organiza movimientos de carácter reivindicativo mejor orquestados y conducidos por una mano firme. En algunas regiones se decide ir a la huelga general. Los militantes las siguen con valentía y abnegación. Su disciplina es la admiración de todos. La autoridad de la CNT se extiende.

En 1935, quedará constatado a propósito de una huelga general en Zaragoza, que es, junto con Barcelona, la ciudad más anarquista de España. Las autoridades reaccionan arrojando a numerosos obreros. El patronato se niega a readmitir a los obreros que han cesado en el trabajo. El conflicto se prolonga, dura dos meses. El proletariado soporta pacientemente sufrimientos interminables. Para la solidaridad anarquista se presenta la ocasión de manifestarse con resplandor. El infatigable Durruti organiza caravanas de camiones que van a Zaragoza para recoger a los hijos de los huelguistas, que familias obreras acogen por toda España. Tales gestos, tanta generosidad y tantos sacrificios, esta fuerza tan segura de sí misma, impresionan a las masas trabajadoras en todo el conjunto del país. El prestigio de la CNT aumenta, al mismo tiempo que está controlada, más que nunca, por los elementos fuertes de la FAI. Pero nos hemos anticipado, al hablar de la huelga de Zaragoza. En efecto, el año 1934 se caracteriza, por lo menos hasta el final del verano, por profundas divisiones que afectan al movimiento obrero. Si nos fijamos en los comunistas, observamos que el Partido se ha debilitado; tiene dificultades para reclutar a sus militantes, pues está aplastado entre los restantes grupos revolucionarios -los anarquistas por un lado y los socialistas por otro, disponiendo estos últimos de una base sindical importante gracias a la UGT-. Sin embargo, el Partido comunista realiza algunos progresos, pero éstos se realizan en perjuicio de los socialistas más que de los anarquistas.<sup>3</sup> Por otra parte anarquistas y socialistas se detestan unos a otros. Al igual que entre la UGT y la CNT, las relaciones se vuelven tensas y difíciles; se disputan sin piedad la clientela obrera de las ciudades y la de los campesinos sin tierras.

A finales de 1934 se produce una crisis particularmente grave, es como una anticipación general de la tragedia aún por venir, que agrupará, dará cohesión -al menos en parte- a las formaciones obreras y los sindicatos. Se desencadena la lucha en dos puntos de España, en Cataluña y en Asturias. En Cataluña, la explosión tiene un origen más netamente político. En Madrid, el gobierno da un viraje hacia la derecha permitiendo la entrada en el equipo gobernante a un cierto número de adeptos a Gil Robles. El levantamiento de Cataluña representa una respuesta a la iniciativa de Madrid y un medio de resolver un conflicto de atribuciones entre el gobierno central y la Generalitat de Cataluña; ésta pretende ganarse a los obreros de Barcelona, sin que la CNT haga de intermediaria, porque está en malas relaciones con dicho sindicato. Resulta un fracaso total y el gobierno de Madrid se hace pronto dueño de la situación.

---

<sup>3</sup> Los intentos de los comunistas de «celular» a la CNT fueron a pesar de todo pacientes y precisos ya que, en sus recientes *Memorias*, Jacques Ducloux cuenta que, hacia 1939, se desplazó clandestinamente a España, a Málaga más exactamente. «El objetivo era -escribe- introducir militantes comunistas en la CNT y llevar una lucha política encaminada a que esta organización sindical, que era la más dinámica y la más revolucionaria, no estuviera exclusivamente en manos de los anarquistas que la dirigían».



En Asturias, las cosas van más lejos. Los anarquistas sólo representarán un papel discreto. Los socialistas son los que pasan al ataque. En contra de toda su tradición pacífica, preparan una insurrección armada. Consiguen asegurarse el control de la región minera y de la ciudad de Oviedo. Y aunque los anarquistas y comunistas se limitan a seguir el movimiento, queda patente que por primera vez las tres grandes formaciones obreras actúan codo a codo. Esta unión está simbolizada por las siglas de la insurrección de Asturias, UHP, Unión de Hermanos Proletarios. El gobierno de Madrid, consciente del grave peligro, moviliza poderosos medios. Por vez primera intervienen contra los obreros sublevados tropas que obtendrán muy pronto una gran celebridad, las fuerzas marroquíes. También el jefe de estado mayor que organiza desde Madrid la contraofensiva gubernamental, se hará famoso: se trata del general Franco.

Pero a pesar de todo no se restablece la calma. Al año siguiente las huelgas son numerosas, es la época de la gran huelga en Zaragoza. Un observador informa que en algunos momentos se ganaría tiempo si en vez de enumerar las fábricas que están en huelga, se facilitara la lista de las que trabajan. Se extiende el nerviosismo en todos los medios políticos. El presidente de la República, que es un republicano moderado, es hostil al desbordamiento de la derecha. Disuelve las Cortes y convoca nuevas elecciones, que verán el triunfo de las fuerzas de izquierdas reagrupadas en el Frente Popular.

Los anarquistas no adoptan una postura clara ante el Frente Popular. Oficialmente, la CNT no participa en él. No obstante, la consigna de abstención que la central difunde ritualmente no será respetada tan escrupulosamente como lo había sido en 1933. En Zaragoza se da el 27% de abstenciones en 1936, contra el 40% en 1933; el 31 contra el 38% en Barcelona. Y eso que, tras la represión de las revueltas de 1934, una gran parte de los treinta mil encarcelados eran anarquistas. Estos recuerdos eran amargos y muchos miembros de la CNT van más allá de las consignas teóricas de la Confederación, pretendiendo favorecer el éxito de un gobierno de izquierdas y la amnistía de los condenados. El Frente Popular les atrae. El dirigente de los republicanos de izquierdas, Azaña, se pone al frente del gobierno, pero los socialistas, elementos esenciales del Frente Popular, rehúsan participar en el poder.

Entre el triunfo del Frente Popular y julio de 1936, apenas transcurrirán unos meses, pero serán, con todo, los más turbulentos de todo el período republicano. Los anarquistas contribuyen también a crear el clima de la guerra civil. Mantienen una tensión constante. Tienen lugar algunas ocupaciones de tierras en el Sur, en Andalucía y Extremadura. Grandes huelgas afectan a Asturias, Zaragoza, Barcelona y Sevilla. En junio, la CNT, apoyada por la UGT, lanza una huelga en el ramo de la construcción en Madrid. Cien mil obreros interrumpen el trabajo. Esta huelga supone un éxito importante. Confirma la implantación sólida del anarcosindicalismo en la capital española, hasta ahora feudo socialista, aunque atacado por los comunistas.

En la primavera de 1936, la CNT, que no está muy lejos del millón y medio de afiliados, convoca un congreso en Zaragoza en medio de una atmósfera de exaltación revolucionaria. La confederación anarquista propone una alianza con la UGT: socialista. Pero la CNT, en vez de asistir a Canosa, dicta sus condiciones. Pone rigurosas cláusulas a esta alianza. Prohíbe a la UGT la menor colaboración con el aparato parlamentario o político del régimen vigente. Por otra parte, el congreso va encaminado a dilucidar el concepto de «comuna libertaria», designada como célula revolucionaria de base. Sabemos ya que tales comunas existirán después de julio de 1936 en algunos sectores de la zona republicana controlados por anarquistas.

Pero el congreso no limita sus tareas a los asuntos políticos exclusivamente. Fiel a las fuentes más puras del anarquismo, trata de formular una verdadera filosofía: el hombre cuando nace no es malo, es la sociedad quien le corrompe. La CNT no se limita a repetir esta fórmula rousseauiana. Pide que se inicie una amplia campaña de alfabetización de manera que cada hombre pueda afirmar y asumir su libre personalidad.

Los anarquistas de la primavera de 1936 viven plenamente esta desgarradora paradoja que figura desde siempre en el corazón mismo de su doctrina: la imposible coexistencia entre las aspiraciones morales y humanas por una parte, y el imperativo de la violencia por otra. Pero ya es tarde en la historia del anarquismo español. Muy pronto, las altas llamas de la desgracia inundarán el país. Las preocupaciones morales y los escrúpulos van a desaparecer en la hoguera. Imperará la fuerza bruta, la destrucción y la sangre.

## **CAPÍTULO VIII**

### **LA GRAN PRUEBA 1936-1939**

El 18 de julio de 1936, el destino de España va a cambiar. El levantamiento militar conduce al país al drama. Durante tres años, España se convierte en el centro de la pasión del mundo y en la escena donde se reflejan todas las tragedias posibles. No obstante, la justificación de la lucha parece de lo más clásico. El 18 de julio de 1936 no se produce otra cosa que un pronunciamiento parecido a aquellos con los cuales se vio sacudida España durante el siglo XIX. Un asunto de rutina, se podría decir. Únicamente que este pronunciamiento afecta a un país profundamente transformado. Cincuenta años de agitación política han lanzado al pueblo sobre la escena española. Los militares habían previsto una revolución de palacio, un tumulto de cuarteles. Pero toda España decide intervenir en el asunto. El pronunciamiento fracasa y empieza la conflagración.

En efecto, quien detiene a los soldados no es el gobierno legal de España. Las autoridades en los primeros días de la guerra parecen ausentes. La resistencia se organiza espontáneamente y no sorprende en absoluto que la parte más consciente, la más seriamente politizada del pueblo, forme la primera defensa contra la rebelión: es decir, sin olvidar a los militantes socialistas de la UGT, los anarcosindicalistas de la CNT y los anarquistas de la FAI.

«Durante los primeros meses de la guerra -escribe George Orwell-, el verdadero adversario de Franco no fue tanto el gobierno como los sindicatos. Desde que estalló la rebelión, los obreros urbanos organizados respondieron a la llamada de la huelga general, luego reclamaron (y obtuvieron tras dura lucha) las armas de los arsenales nacionales. Si no hubieran reaccionado espontáneamente, y con más o menos independencia, debemos creer que Franco jamás habría encontrado resistencia. Evidentemente no se puede tener una certeza absoluta a este respecto, pero hay motivos para pensarlo. El gobierno no había hecho casi nada para sofocar la rebelión que desde hacía tiempo se preveía, y cuando estalló, su actitud fue de debilidad y titubeos, hasta tal punto que España conoció en un solo día tres primeros ministros. Además, la única medida que podía salvar la situación inmediatamente, armar a los obreros, no fue aceptada más que a regañadientes y bajo la fuerte presión de la voluntad popular que lo exigía a grandes gritos».

En esta movilización popular, el núcleo anarquista es el que se muestra más activo:

«Durante los dos primeros meses de la guerra -prosigue Orwell- eran los anarquistas, más que los otros grupos, quienes habían salvado la situación; mucho tiempo después, las milicias anarquistas, a despecho de su indisciplina, fueron los mejores combatientes».

Aunque esta última afirmación nos parezca exagerada, el testimonio de Orwell es importantísimo. Son numerosos los escritores que han hablado de la guerra de España, desde Malraux a Hemingway. Entre todos esos documentos, el de Orwell nos parece el más importante por su honestidad, su fervor y su lucidez. El autor de 1984 sabe ver, relatar y mostrar. Los pasajes que describe no están empapados de ese lirismo patético y espléndido de los cuales Malraux hace alarde. Orwell es un testigo, en el sentido más noble de la palabra. Pertenecía a las milicias del POUM -es decir a los comunistas disidentes- y no a los grupos anarquistas, pero sabe determinar siempre con equidad el papel exacto que los hombres de la CNT representaron en el conflicto. Por todas estas razones, recurriremos en múltiples ocasiones a esta obra excepcional que es *Homenaje a Cataluña*, en la cual podemos seguir perfectamente el destino de los movimientos anarquistas durante la guerra.

Es innegable que la réplica anarquista en Barcelona es muy enérgica. El 20 de julio, la CNT y la FAI controlan por completo la ciudad. Al frente del movimiento encontramos a dos jefes ya conocidos, Durruti y Ascaso. Este último no tardará en caer en la lucha. Dueños de la gran ciudad, los anarquistas aprovechan la ocasión para traducir en hechos su doctrina. En Barcelona puede llegar a realizarse ese modelo concreto de sociedad libertaria con la cual soñaban tantos españoles desde hacía medio siglo. Los anarquistas imperan en la capital catalana. Aunque Companys, al frente de la Generalitat de Cataluña, intenta a menudo oponerse a los anarquistas, no tiene más remedio que reconocer que el poder está en manos de los libertarios y que su permanencia en el gobierno depende exclusivamente de su buena voluntad.

De esta manera, lo impensable se transforma en real. Un sobresalto inesperado de la historia da existencia a esta revolución anarquista, que hasta hoy era considerada como utópica. El pronunciamiento del 18 de julio le ofrece una oportunidad única para realizarse. Este resurgimiento brutal del anarquismo produce una profunda impresión en toda Europa. Drieu la Rochelle escribe en la «Nouvelle Revue Française», en noviembre de 1936:

«¡El anarquismo! Pensábamos que había muerto. Mas no es así; ha encontrado al fin en España el lugar de su explosión y de su extinción. Esta enorme bomba paseaba a través de Europa por tantos intelectuales escuálidos, desprovistos de talento como los anacoretas cristianos -paseaba tanto tiempo sin que hiciera explosión- que se creía que era de cartón. Esta bomba ha explotado en España. La Europa nórdica ha ignorado al anarquismo, también el moderado, a excepción de Stirner, sin embargo ha proliferado en el mundo meridional, en Italia y España particularmente».

André Breton, jefe del grupo surrealista, se manifestó ante los acontecimientos españoles, aunque sin desplazarse al lugar de la lucha. Nos da fe de ello con una sinceridad apreciable en su sorprendente Carta a *Ecusette de Noireuil*, su hija, incluida al final de su libro, *El amor loco*, donde expone claramente la fascinación que ejerció el anarquismo en algunos intelectuales: «Ciertamente -escribe Breton- por aquel entonces mi vida pendía de un hilo. Era inmensa la tentación de acudir a ofrecérsela a aquellos que, sin error posible y sin distinción de tendencias, querían terminar a cualquier precio con el viejo orden basado en el culto a esa trinidad: la familia, la patria y la religión. Y no obstante, me reteníais con ese hilo que es también el de la felicidad, tal como se transparenta en la trama misma del infortunio. Lo que me gustaba de vosotros eran esos niños de las milicias de España que había visto correr desnudos por los ebrios arrabales de Santa Cruz de Tenerife. ¡Ojalá el sacrificio de tantas vidas humanas pueda conseguir un día que los hombres sean *felices*! Y no obstante, me sentía incapaz de exponeros conmigo para ayudar a obtener este resultado».

Algunos compañeros de André Breton no titubearon. Concretamente, Benjamín Péret se desplaza a Barcelona al estallar la guerra civil. Aunque en un principio milita en el POUM, será

la acción de los anarquistas lo que en definitiva le atraerá. Las cartas que en aquella época dirige a André Breton traducen el entusiasmo que experimentó este poeta anarquista ante una ciudad presa de una especie de delirio. Merecen ser citadas por su feroz frenesí.

Benjamín Péret a André Breton.

«Barcelona, 11 de agosto (1936).

»Mi querido André.

»Si vieras Barcelona estos días, sembrada de barricadas, decorada con iglesias incendiadas, de las cuales sólo las cuatro paredes quedan en pie, te sentirías como yo lleno de alegría. Desde que uno cruza la frontera no ve otra cosa. La primera casa en territorio español, una gran villa rodeada de un jardín, ha sido requisada por el Comité Obrero de Puigcerdá. Llegando a este pueblo se oye un ruido espantoso; se trata de una iglesia que los obreros, no contentos con haberla incendiado, echan abajo con una rabia y un entusiasmo que da gusto ver. No vi otra cosa en Cataluña, que iglesias quemadas o despojadas de sus campanas, a lo largo del enorme rodeo que me vi obligado a hacer para ir desde Puigcerdá a Barcelona, y que me pareció un paseo maravilloso. En Barcelona ya no se veía policía. La guardia roja circulaba en sus coches requisados por la FAI, el POUM y el PSUC. y no es agradable ir sin la documentación en regla, pues supone acabar en un sótano, donde el delincuente es fusilado inmediatamente sin ningún tipo de juicio. Los anarquistas son prácticamente los dueños de Cataluña y la única fuerza frente a ellos es el POUM».

El entusiasmo de Benjamín Péret es excesivamente ingenuo. Si bien es cierto que en un principio el triunfo está en manos de los anarquistas, las dificultades no tardarán en empezar. Había sido maravilloso el triunfo sorprendente que la revolución había obtenido, pero ¿qué se podía hacer ahora? Según la teoría, una vez la Revolución ha sido coronada por el éxito, el Estado debe estar dispuesto a desaparecer, y los anarquistas se encargarán de eliminar, por la persuasión o la violencia, a los que se oponen a ello. Además, aunque los anarquistas dominan y atraen a mucha gente en Barcelona, no son los únicos. Frente a ellos hay otras fuerzas organizadas: los socialistas, los comunistas, los republicanos burgueses y los comunistas disidentes del POUM. Estos grupos no comparten las concepciones anarquistas. Adoptan una sola decisión, pero crucial, consiste en nacionalizar las empresas industriales mientras que los libertarios continúan inclinándose por la autogestión.

Los anarquistas triunfantes son desgarrados por graves debates. Se plantean la cuestión de si deben defender la doctrina de una manera intransigente, sin tener en cuenta a los restantes grupos de izquierdas, o por el contrario deben suavizar la teoría, acomodándola a todos los temperamentos. Además, tras estas singulares cuestiones, se plantea otra cuestión más general, más dramática y más delicada: el levantamiento inicial de los militares se ha frustrado, sin embargo la lucha continúa y la guerra civil es ya un hecho patente. ¿Qué orientación hay que darle a esta guerra? Y ¿cómo conducirla? ¿Es preciso responder al desafío reaccionario con una réplica al mismo nivel, es decir, con una lucha armada clásica, cuya sola ambición sea eliminar la rebelión, o bien se ha de conceder prioridad a la conquista revolucionaria propiamente dicha?

En los comienzos -que fueron las breves, brillante y alocadas semanas de lírica ilusión- la tendencia natural del pueblo español era realizar en seguida la Revolución. «La clase obrera española -dice Orwell- no se opuso a Franco en nombre de la democracia y del *statu quo*, como se concibe que hubiera ocurrido en Inglaterra; su resistencia iba acompañada -casi se puede decir que consistía- de una insurrección revolucionaria característica. Los campesinos se apoderaron de las tierras; los sindicatos ocuparon múltiples fábricas y gran parte de los medios

de transporte; se destruían iglesias y los sacerdotes eran perseguidos y asesinados». Y más concretamente: «Lo que ocurrió en España no fue tan sólo una guerra civil, sino el principio de una revolución. Este hecho, la prensa antifascista del extranjero había intentado ocultarlo. Había reducido el acontecimiento a la lucha “fascismo contra democracia” disimulando su aspecto revolucionario».

Los antiguos feudos anarquistas -Andalucía, Aragón y Cataluña- multiplican las tentativas de transformar las estructuras de la sociedad. Algunas comunas anarquistas funcionarán medianamente bien durante casi un año. En Cataluña, en el primer mes del alzamiento, imperan los anarcosindicalistas. Dirigen las grandes industrias de base. Las tierras son expropiadas y «colectivizadas» por todas partes. En Cataluña estos ensayos de reforma rural tienen poco éxito; por Andalucía obtienen resultados también variables. Un testigo de estos acontecimientos, el periodista Franz Borkenau, nos muestra de una manera acertada los éxitos y las tribulaciones de esta revolución social en su libro, *The Spanish Cockpit*. De los diez relatos de que consta la obra, tomemos algunas notas al azar. Describe una fábrica de autobuses de Barcelona:

«Esta mañana he visitado una de las fábricas “colectivizadas”, era el taller de la Compañía General de Autobuses. El éxito o fracaso de la Revolución dependerá en gran parte de la capacidad de los sindicatos para administrar las fábricas expropiadas (...). Indiscutiblemente, la fábrica que he visto supone un éxito total para la CNT. Tres semanas después de iniciada la guerra civil y dos después del fin de la huelga general, la fábrica funciona normalmente como si nada hubiera ocurrido. He visto a los hombres ante sus máquinas. Las salas estaban bien conservadas y el trabajo se efectuaba normalmente. Desde su socialización esta fábrica ha reparado dos autobuses, terminó uno que ya estaba empezado y ha construido otro completo, que lleva la inscripción “Construido bajo control obrero”».

Borkenau observa en Aragón los problemas agrarios. No todo va a pedir de boca, tenemos que reconocerlo, y la construcción de la sociedad anarquista, aunque conoce algunos éxitos, a menudo se encuentra dislocada. En Fraga, según Borkenau, los anarquistas se vanaglorian de haber dado muerte a treinta y ocho propietarios fascistas. «¿Qué ha sucedido con las propiedades de estos hombres ejecutados? Las casas han sido requisadas por el Comité. Los alimentos y el vino han sido utilizados para aprovisionar a los soldados. Olvidé preguntarles acerca del dinero. Pero el problema básico era la tierra y los alquileres que habían recibido anticipadamente los propietarios de sus administradores. Para sorpresa mía, no se había tomado ninguna decisión a este respecto, aunque ya habían pasado dos semanas desde las ejecuciones. Lo único cierto era que las tierras seguían siendo trabajadas como antaño».

En Sariñena ocurre otro hecho que le intriga, la destrucción de los documentos relativos a la propiedad. «Hubo en Sariñena ejecuciones como en todas partes. Entre las doce víctimas está el notario cuya casa y despacho, detrás mismo de la plaza, contenían todos los documentos relativos a la propiedad rural y a otros asuntos financieros. Ahora esos documentos, al igual que todo lo que había sido encontrado en los despachos, han sido quemados en una gigantesca hoguera en medio de la plaza, de tal manera que no quedara ninguna prueba escrita que avalara los antiguos títulos de propiedad. Las llamas llegaban más arriba del tejado de la iglesia y jóvenes anarquistas transportaban sin cesar nuevos materiales desde la casa del notario, arrojándolos al fuego con gestos de triunfo... No se trataba simplemente de la destrucción de algunos documentos que detestaban, sino de un acto que revestía una profunda significación por parte de sus autores, era un símbolo de la destrucción del antiguo orden económico».

Al final, en un pasaje bastante extraño, Borkenau subraya la distancia que separa la teoría de la práctica.

«En España el abismo que separa al ideal de la realización del mismo a veces resulta grotesco y el pueblo se queda satisfecho únicamente con sus buenas intenciones, sin esforzarse demasiado en obtener unos resultados. En los comités de pueblo, los anarquistas llevaban la dirección y, entre otras realizaciones, estaban orgullosos de haber abolido el comercio privado de las cosechas. De ahora en adelante todas las cosechas serán vendidas directamente a los sindicatos, y yo admiraba esta extraordinaria proeza de organización. En una ocasión mi curiosidad fue bastante lejos, solicité una entrevista con el responsable de la comercialización de la cosecha que, en esta ocasión, se trataba de trigo. Aquí tuve mi decepción. No había responsable. Se podía notar una visible consternación en todos los rostros de los miembros del comité cuando yo insistía en ver a un hombre que no existía. Transcurridos algunos minutos, admitieron que las cosechas estaban comercializadas exactamente igual que antes, por los comerciantes privados. De hecho, este problema de la comercialización de las cosechas -por ejemplo, en el caso de las naranjas de Valencia- exralimitaba la capacidad de las gentes de pueblos tan pequeños. Pero aunque el ideal del comunismo libertario no podía ponerse en práctica, por lo menos era agradable charlar sobre este tema».

Se constituye en varias regiones un poder anarquista. Entre Barcelona (republicana) y Zaragoza (franquista), se extiende una zona donde los anarquistas instalan el Consejo de Aragón; se producen allí terribles violencias y abusos inadmisibles, y a veces es Durruti el responsable. Por otra parte, la moneda es abolida y reaparece aquel viejo espíritu puritano de los tiempos heroicos. Esto sucede sobre todo en Andalucía.

«He tratado inútilmente -dice un testigo- de obtener una bebida en Castro del Río. El bar del pueblo ha sido cerrado por considerarlo un comercio indigno. Era imposible pues adquirir ni café, ni vino, ni limonada. Las tiendas estaban casi vacías; pero eso no preocupaba en absoluto a los habitantes de la región que tenían a la bebida por un vicio burgués».

Estos desenfrenos violentos, estas esperanzas desmesuradas, este fervor y este entusiasmo tendrá una duración muy corta. La llegada de las tropas nacionalistas les recuerda que la guerra está ahí, feroz y mortífera, con todas sus exigencias. Exigencias a las cuales los anarquistas se doblegarán difícilmente. Desde un principio rehúsan ser los tradicionales soldados de uniforme. También el ejército debe formar una sociedad comunista libertaria. Las milicias anarquistas funcionan como una copia en miniatura de la sociedad sin clases.

Durruti organiza una columna que se dirige a Zaragoza. Su intención es establecer la nueva sociedad por los lugares donde pase, pero tropieza con dificultades insuperables, y en lo militar fracasa. Además, la marcha de la guerra se muestra desfavorable para los contingentes anarquistas. En efecto, los militares insurgentes acuden a Madrid, y entonces la capital se ve revestida de una significación simbólica. El bando republicano reacciona enérgicamente. Madrid se salvará pero el instrumento de su salvación no serán las milicias anarquistas, sino las Brigadas Internacionales, donde dominan los comunistas. Comprendiendo el peligro, Durruti acepta de buen grado mandar tropas al frente de Madrid, pero éstas no se adaptan a las nuevas formas de lucha: las milicias anarquistas, heroicas y entusiastas, a menudo habían resistido bien el choque en los primeros meses de combate. En las batallas de corte clásico, son superadas en valor por las Brigadas Internacionales, porque éstas están mejor armadas, más disciplinadas y son más competentes. Para colmo, en esta época Durruti encuentra la muerte, una muerte misteriosa que se atribuye indistintamente a algún enemigo o a algún hombre de su propio bando: comunista o incluso anarquista. Esta muerte será la oportunidad para organizar la última gran manifestación de masas anarquistas. En Barcelona, doscientas mil personas desfilan ante los restos de Durruti. Estos funerales solemnes no son solamente los de un hombre, sino también los de una esperanza.

En la tormenta, el movimiento anarquista va perdiendo poco a poco toda su pureza y su gran intransigencia. Bajo la influencia de sus líderes -y Durruti antes de su muerte ya lo intentaba- los hombres de la CNT-FAI aceptan dar un paso. Entran a formar parte del gobierno de Largo Caballero. En noviembre de 1936, cuatro militantes anarquistas ocupan el cargo de ministros: Juan Peiró, ministro de Industria y López Sánchez, ministro de Comercio, pertenecientes al ala moderada de la CNT; García Oliver, que recibe el ministerio de Justicia, forma parte del ala radical, y por fin, Federica Montseny, ministro de la Salud Pública, era hija de un propagandista libertario, posee un gran prestigio por su integridad personal.

El balance a finales de 1936 es bastante desesperanzador. Los anarquistas se habían cubierto de gloria, pero también de sangre, durante los primeros meses de la Revolución. Ahora acumulan los fracasos: su esfuerzo militar no logra adaptarse a las nuevas exigencias estratégicas. Sus intentos de establecer sociedades sin clases en los pueblos no dan a menudo los resultados previstos. Y a todo esto hay que añadir que participando en el gobierno, contradicen por entero su doctrina.

El año siguiente será todavía peor. Sus relaciones con los comunistas se harán más tirantes. Los comunistas, al principio de las hostilidades, no son muy numerosos, pero están mejor organizados y cuentan con el apoyo de la URSS. Además, el bando republicano está falto de armas. Sólo los rusos están en condiciones de facilitar a los republicanos armas y municiones. A partir de este momento, los comunistas españoles tienen un triunfo que les permitirá hacerse los dueños de la situación frente a los anarquistas o trotskistas.

«El desplazamiento general hacia la derecha -dice Orwell- data aproximadamente de los meses de octubre y noviembre de 1936, a partir del momento en que la URSS empezó a entregar armas al gobierno y el poder pasó de los anarquistas a los comunistas. A excepción de Rusia y México, ningún otro país había acudido en auxilio del gobierno español, y como México por razones evidentes no podía facilitar armas en gran cantidad, los rusos estaban pues en situación de poner las condiciones. No cabe duda que en su esencia estas condiciones fueron: "Impedid la revolución, o no hay más armas". En primer lugar, la gratitud para con la URSS por los envíos de armas y por el hecho de que el Partido comunista, sobre todo desde la llegada de las Brigadas Internacionales, parecía capaz de ganar la guerra, acrecentó considerablemente el prestigio de los comunistas. En segundo lugar, las armas rusas eran proporcionadas a través del Partido comunista y de los partidos aliados, que lo hacían de tal manera que sus adversarios políticos recibieran el menor número posible de armas.

»En tercer lugar, declararse por una política no revolucionaria daba a los comunistas la posibilidad de agrupar a todos aquellos que los extremistas habían ahuyentado. Les era fácil: por ejemplo, reunir a los campesinos más ricos basándose en la oposición de éstos a la política de colectivización de los anarquistas. Los efectivos del Partido comunista aumentaron notablemente, y, en una amplia proporción, por gentes procedentes de la clase media: tenderos, funcionarios, oficiales del ejército y campesinos emancipados».

Los anarquistas presienten el peligro que se acerca. De ahora en adelante los comunistas, mucho más fuertes, en venganza van a perseguirles. Por todas partes procurarán desbaratar los proyectos de los libertarios. Frenan la colectivización, defienden la pequeña propiedad privada, muestran un rostro amable, muy opuesto a las fantasías sombrías e inquietas de los anarquistas. Tranquilizan a las gentes. Demuestran su realismo acentuando el papel del Partido que debe cumplir esta función esencial y mítica que los anarquistas habían confiado a esa entidad vaga, dudosa e imprecisa que es el Pueblo. Los anarquistas permanecen a la defensiva y no se limitan a afianzar el gobierno. Todavía deben ratificar una serie de medidas completamente opuestas a sus principios. Asistimos a la reinstauración de la disciplina en el ejército. Se esfuerzan en dar al bando republicano un matiz de respetabilidad burguesa a fin de

seducir a las democracias liberales de Europa. Este desplazamiento sucede a todos los niveles de la vida española, comprendidos los más humildes.

Orwell manifiesta su sorpresa cuando vuelve a Barcelona después de haber pasado unos meses en el frente. «Durante los primeros meses de la revolución, hubo varios miles de personas que, de propio grado, se vistieron con blusas de trabajo y gritaban slogans revolucionarios, para poder salvar su piel. Ahora todo volvía a la normalidad... Hablando ya no se utilizaban fórmulas “revolucionarias”. Cada vez era más raro el tutearse y llamarse “camarada” unos a otros; se había vuelto a la costumbre de decir “señor” y “usted”. Los “Buenos días” empezaban a reemplazar el “salud”. Los camareros se habían vuelto a vestir sus camisas almidonadas y los jefes de sección inclinaban la cerviz como de costumbre. (...) Bajo mano se restablece el uso de las propinas. Se había dado la orden que las patrullas de obreros se disolvieran y por las calles se veían de nuevo las fuerzas de policía de antes de la guerra».

Benjamín Péret también pierde en seguida su entusiasmo inicial. El 5 de septiembre de 1936, comunica su decepción a su amigo André Breton: «Por aquí se vuelve poco a poco al orden burgués. Todos se van ablandando. Los anarquistas se abrazan con los burgueses de la izquierda catalana y el POUM les sonríe sin cesar. Ya no se ven hombres armados por las calles de Barcelona como cuando llegué por primera vez. La Generalitat (es decir los burgueses) lo han tomado todo en sus manos -aunque estas manos estén temblando- y los revolucionarios del 19 de julio colaboran legalmente con ella, rompiendo así la dualidad de los poderes que se había establecido tras la insurrección. Así que, por el momento, en el terreno político y económico, asistimos al hundimiento de la revolución».

Estas desviaciones y falseamientos de la doctrina anarquistas, sin embargo, no son aceptados por todos. La crisis madura en el invierno de 1936-37. La FAI, que agrupa a los anarquistas más decididos, amonesta continuamente a los líderes de la CNT. Los hombres de la FAI se sienten defraudados. Su sueño se desmorona. Al mismo tiempo, la presión comunista trae como consecuencia un acercamiento entre los anarquistas y el POUM. El POUM, Partido Obrero de Unificación Marxista, es considerado trotskista. Pero se trata exactamente de un partido comunista disidente, en oposición a la liga stalinista. Los afiliados al POUM son poco numerosos, pero el nivel intelectual de sus militantes es muy elevado, lo que le permite gozar de cierta influencia, en Cataluña sobre todo.

El POUM se oponía a los comunistas. No admitía que la lucha contra Franco respondiera únicamente a los imperativos de la democracia. Creía que ésta era una forma del capitalismo. El POUM defendía, frente al desafío nacionalista no a la República, sino al poder obrero. Se entiende que en estas condiciones el POUM -a despecho de serias divergencias- haya estado próximo a los hombres de la CNT. De hecho, a partir de 1937, se puede hablar de una coalición entre los anarquistas y el POUM. Si se hubiera realizado antes tal alianza, quizás hubiera hecho fracasar la hegemonía comunista en el bando republicano. Pero en 1937 era ya demasiado tarde.

La tensión entre las distintas facciones del bando republicano no cesa de crecer durante los primeros meses de 1937. La amenaza está ahí, a las puertas de Madrid. No obstante, con una inconcebible ligereza, en la zona republicana, especialmente en Barcelona y Valencia, todo sucede como si hubiera más interés en liquidar a sus propios aliados que en contener el avance de las tropas nacionalistas. Así nos lo hace ver Orwell: «La guerra fue esencialmente una lucha triangular. Era preciso continuar la lucha contra Franco, pero simultáneamente el gobierno perseguía otros fines: reconquistar todo el poder que estaba todavía en manos de los sindicatos.



»Las gentes políticamente conscientes estaban más al corriente de la guerra de exterminio recíproco entre anarquistas y comunistas que de la lucha contra Franco. Para la masa popular lo más importante era la miseria. Se pensaba en el “Frente” como un lejano y mítico lugar donde desaparecían los jóvenes y de donde no se regresaba, o bien se volvía al cabo de tres o cuatro meses con los bolsillos llenos de dinero. (...) El peligro era patente y fácil de comprender. Residía en el antagonismo entre los que querían hacer progresar la Revolución y los que querían retrasarla o impedirla por completo -dicho de otro modo en el antagonismo entre anarquistas y comunistas-. Políticamente en el presente no existe otro poder que el del PSUC y sus aliados liberales. Pero frente a este poder estaba la fuerza irresoluble de los hombres de la CNT, menos armados y sabiendo menos lo que querían que sus aliados, pero más poderosos por su número y por su fuerza en vanas industrias claves. Con tal demarcación de fuerzas, era fatal que hubiera un enfrentamiento. (...) En varios puntos las fuerzas de policía armada habían atacado las fortalezas anarquistas. En Puigcerdá, en la frontera francesa, se mandó una partida de carabineros para que se encargaran de la oficina de la aduana, que estaba controlada por los anarquistas y Antonio Martín, un conocido anarquista, fue asesinado. Se habían producido incidentes análogos en Figueras y, creo que, también en Tarragona. En Barcelona había tenido lugar, según un comunicado oficioso, una serie de peleas en las barriadas obreras. Miembros de la UGT y de la CNT se asesinaban entre sí desde hacía tiempo; las muertes eran seguidas de funerales monstruos y provocaciones organizadas a fin de avivar los odios políticos. Poco antes, un miembro de la CNT había sido asesinado, y los cenetistas acudieron a miles a su entierro. A finales de abril, Roldán Cortada, miembro destacado de la UGT, fue asesinado, probablemente por alguien de la CNT. El gobierno dio orden a todos los almacenes de cerrar y organizó un inmenso cortejo fúnebre, formado en gran parte por tropas del Ejército Popular, y que en un punto dado tardó dos horas en desfilar».

Las cosas habían llegado a tal punto que la fiesta del Primero de Mayo, en este año 1937, no pudo ser celebrada. Todo esto supone una paradoja muy amarga en la cual podemos ver el símbolo del abismo en el que se hunden: Barcelona, para todo el mundo, representaba la ciudadela viviente de la Revolución. Además, en 1937, es probablemente la única gran ciudad de Europa en la cual la fiesta del trabajo no puede ser celebrada. Estamos ya al borde del drama, que estallará el 3 de mayo. La batalla tiene lugar en las calles de la capital catalana. Los comunistas atacan a los anarquistas. Los ministros anarquistas abandonan Valencia y se dirigen a Barcelona. Los antiguos miembros de la columna Durruti se concentran en torno a la ciudad y se preparan para entrar. El gobierno de Valencia refuerza sus efectivos. Se teme un enfrentamiento trágico. No obstante, las hostilidades cesarán el 8 de mayo. El precio que han pagado ha sido desgraciadamente caro: doscientos hombres han muerto; y mil han sufrido heridas.

Estos acontecimientos sangrientos aceleran el declive de los anarquistas. El gobierno de Largo Caballero dimite. Los anarquistas abandonan el gobierno. La responsabilidad de la guerra, como la del gobierno, está totalmente concentrada en manos de comunistas y sus aliados socialistas. Los anarcosindicalistas soportan difícilmente estos reveses. Las disidencias internas se acentúan. Algunos militantes escogen la vía de las concesiones, retornan al gobierno en la primavera de 1938, pero se les conceden poquísimos cargos gubernamentales: apenas un ministerio. La FAI continúa encerrada en sus fantasías y se aparta de la lucha. Su influencia se debilita, el gran momento anarquista ha pasado.

La última manifestación política del movimiento tiene lugar en marzo de 1939. Cipriano Mera, militar anarquista de prestigio, participa en el proyecto del coronel Casado de pactar con los nacionalistas. Uno de los socialistas más respetados, Besteiro, se opone a la fracción del bando republicano, agrupada en torno a los comunistas, que pretenden continuar la lucha, a pesar del fracaso militar, con la esperanza de que llegue a estallar una guerra europea. La apertura de Casado es de corto alcance. Este fracaso es cruel. El triunfo del general Franco atrae como

consecuencia una nueva persecución contra los anarquistas, la más dura de todas. Son conducidos a prisión o bien ejecutados. Los más afortunados logran marchar al exilio.

El anarquismo conoce desde entonces en España un período letárgico. Es difícil proseguir su rastro. Una parte de la CNT participa en 1945-47 en los gobiernos republicanos del exilio, pero sin ocupar cargos importantes. Por otra parte, en Francia y en México, un núcleo de militantes mantiene la llama encendida, editan periódicos y folletos. Sin embargo los años pasan, y, en la Península otra generación ha llegado a la madurez. La guerra civil primero y luego la perennidad del franquismo desconectan a los jóvenes de lo que fue la lucha de sus padres. En 1956 la CNT reemprende la batalla y lanza un manifiesto contra el régimen. Facerías, un irreductible que en veinte años no había abandonado la lucha activa, cae en las calles de Barcelona. Algo más significativo es que en 1962 se produzca una nueva ola de atentados. Es cortada sin dificultad, pero no sin que dos anarquistas de veintinueve y treinta años sean condenados a muerte y ejecutados, evocando la existencia de una Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL). Esto prueba que no se puede excluir nunca la posibilidad de extrañas resurrecciones. Mas por ahora las llamas que se encienden son esporádicas y efímeras. La idea libertaria y el anarcosindicalismo no parece fascinar demasiado a las generaciones jóvenes.

## **CONCLUSIÓN**

En la tempestad de la guerra de España flamean y se extinguen los últimos destellos de la gran era libertaria. A través de estas páginas, hemos encontrado, reconocido y examinado las imágenes más dispares. La fecundidad de la predicación anarquista nos sorprende. Ha suscitado unas imágenes poco conciliables y ¿cómo reunir bajo un mismo emblema la abnegación ingenua de los propagandistas rurales y la violencia amarga de los asesinos de la noche? Sin embargo, unos y otros pertenecen a la misma constelación. Es la misma idea que atrae a todos estos hombres; un deseo parecido les infunde la fuerza. El maestro de escuela cabalgando en su jumento de aldea en aldea a fin de llevar su palabra a los humillados y ofendidos defiende, lo mismo que los conspiradores de Barcelona, a esos hombres a quienes la desesperación y el odio han conducido a asesinar a inocentes. ¿Cómo pueden proceder tantos y tan opuestos gestos de una sola obsesión? ¿Cómo la imagen de la felicidad sobre la tierra y de la sociedad renovada puede explotar su inagotable energía tanto hasta el extremo de la generosidad o hasta llevarles a cometer acciones innobles? Este es el enigma del anarquismo y quizá sea también el de España. El anarquismo se adecua al único país de Europa donde se ha instaurado su encarnación provisional. Ha reunido las dos imágenes maestras y contrarias que caracterizan el espíritu español: la riqueza y la incertidumbre. La pureza y la corrupción. Todos los demonios y los ángeles de España se han dado cita en la fiesta anarquista: el esplendor dorado del Quijote, con sus ensueños y con su inocencia, y los monstruos convulsivos y repugnantes de Goya. Como si de la pureza del bien a la pureza del mal, un dibujo trazara sus conexiones, donde podríamos leer la propia filigrana de España y de sus más turbulentas fatalidades.

¿Es preciso explicar la suerte obtenida por la teoría libertaria en España, y que, entre todos los países europeos, sólo éste ha dado un contenido real y una forma temporal a lo que en otras partes no fue más que un fermento intelectual, un sueño o un fervor desesperado? El teórico anarquista Rudiger esboza este concepto: «El movimiento libertario español no puede compararse al de ninguna otra nación. En España el anarquismo no ha sido más que la puesta

en práctica de la pura y simple tradición individualista y federalista de toda la nación». Y el socialista-marxista Ramos Oliveira destaca el mismo concepto, llevándolo hasta sus últimas consecuencias. Si sorprende, es menos a causa de la suerte del anarquismo español que del terreno que la doctrina ha sabido convertir. Difícilmente admite que el carácter fascinante de la revuelta anarquista no haya ejercido una influencia más extendida y que, sobre esta tierra, amplios sectores hayan dado preferencia a los métodos moderados y reformistas del socialismo -métodos poco adecuados- según él, con el temperamento español.

Este es un punto sobre el cual la mayor parte de observadores están de acuerdo: la radicalización extrema que ha tenido la corriente anarquista ha sido favorecida en gran manera por la ofuscación de las clases dirigentes españolas. Un historiador contemporáneo, Ricardo de la Cierva, adicto al régimen, subraya justamente que los medios conservadores y burgueses no se han esforzado en matizar, y que raramente distinguen entre anarquistas, comunistas y socialistas, confundidos todos bajo el término reprobable de «marxistas» y «revolucionarios».

Incluso el vocabulario que utiliza la buena conciencia española para designar a las masas obreras y campesinas traiciona ese menosprecio y esa ignorancia. En los periódicos bienpensantes de la época, las masas reivindicativas son denominadas regularmente: *las turbas*, cuyo sentido correcto sería el de plebe -desenfrenada y dispuesta para la violencia- como si la burguesía hubiera querido ofrecer una imagen del pueblo de una brutalidad elemental.

Estos juicios sin indulgencia para los propietarios son formulados, como vemos, por hombres de toda tendencia. Heleno Saña escribe recientemente en una serie de artículos publicados por la revista «Índice»:

«El anarquismo español es, fundamentalmente, en su misma virulencia, una reacción natural contra el “hermetismo social” y la incapacidad de las clases dirigentes del país para comprender y solucionar los problemas de las clases menesterosas. En un sentido más específico, la violencia del anarquismo español es la “respuesta dialéctica” a la inoperancia, a la corrupción y a la voluntad de rapiña de nuestra burguesía y nuestras clases gobernantes. (...) La violencia del anarquismo irá creciendo a medida que la burguesía -confabulada estrechamente con las minorías dirigentes de turno- intente asfixiar “por la fuerza” las legítimas reivindicaciones planteadas por las organizaciones obreras. La confrontación entre la burguesía y las clases trabajadoras es un fenómeno universal, pero en nuestro país adquirirá desde el primer momento un encono y un dramatismo que harán imposible el diálogo o la negociación entre ambas clases. En el subsuelo de la violencia anarquista se esconde el cáncer de unas clases dirigentes ineptas, frívolas e históricamente “desfasadas”».

Estas observaciones hay que tenerlas en cuenta, y no obstante sólo convencen a medias, porque, ¿es tan singular o tan raro, en la Europa burguesa, que los poseedores del poder se hayan mostrado frívolos y egoístas? ¿La Francia de Thiers, la Alemania de Bismarck son poco delicadas con los pobres y obreros y el anarquismo no ha arraigado; los trabajadores de estos países, cuando se revelaban, estaban más próximos a Marx que a Bakunin. Admitamos que la dosis de insensibilidad de los grupos dirigentes ha sido más intolerable en España. A este país le queda solamente un elemento específico que debe ser investigado si se quiere comprender por qué la rebelión adoptaba los colores del anarquismo con la constancia que hemos observado. Para ello debemos descender hasta el subconsciente de la mentalidad española.

Debemos abordar el terreno religioso si queremos encontrar una solución al enigma. A lo largo de nuestro recorrido, hemos dejado patente que el comportamiento y las estructuras mentales de los libertarios parecían provenir de una época ya pasada y de una cultura diferente -la de los primeros tiempos de la predicación cristiana-. Cuando Fanelli, el enviado de Bakunin, sostiene

las primeras reuniones anarquistas en un café de Madrid, los testigos no pueden más que encontrar referencias en las figuras religiosas, concretamente cristianas, uno de ellos llega a comparar la palabra de Fanelli con las lenguas de fuego de Pentecostés. Y los propagandistas de la *Idea* ¿cómo no han de evocar más adelante, habiendo hecho votos de pobreza, de humillación y de soledad, a los primeros apóstoles del Evangelio? Estas resurrecciones son turbulentas. Se diría que el fervor religioso, en el terreno anarquista, conoce extraños avatares. «Los anarquistas españoles -escribe Saña- aportaron a las luchas sociales un “entusiasmo ético” y un “mesianismo ideológico” que recuerda la fe de las primeras comunidades cristianas y el iluminismo de ciertas sectas religiosas de la Edad Media. (...) Los planteamientos anarquistas sobre el obrerismo “rebasan” la mera contingencia de la lucha de clases para convertirse en auténticos enunciados espirituales, en verdaderos artículos de fe. (...) El tesón que distinguirá a los anarquistas españoles, su sentido de la “solidaridad” y el hondo “compañerismo” que une a la masa de sus militantes, son expresiones de una *Weltanschauung* situada “más allá” de la confrontación económica con las clases capitalistas. (...) Es indudable que la severidad y la dureza con que las autoridades han reprimido generalmente las actividades anarquistas no han hecho más que acentuar el clima de “martirologio” y “cruzada” que ha rodeado siempre el anarquismo». Saña, en este mismo número de «Índice» de noviembre de 1968, habla de «identidad mística», de «autenticidad ontológica», subrayando la firmeza que los militantes anarquistas han mostrado frente a las persecuciones. «El anarquismo -concluye- ha sido quizá la última gran expresión religiosa de nuestro pueblo».

Estas líneas nos parecen justificadas, aunque el análisis se detiene a mitad de camino de la verdad. No basta con constatar que el trasfondo religioso español es tan denso, tan poderoso, que habría coloreado con sus tintas esta búsqueda agnóstica que es el anarquismo. Hay que buscar algo más. Otros muchos países son también profundamente religiosos. Entre ellos España, es el único que está consagrado de esta manera al anarquismo, el único en el cual se constata esa especie de equilibrio entre fe religiosa y doctrina libertaria. Lo que nos lleva a concluir que el catolicismo español contiene algún elemento específico, original, que puede revelar esas metamorfosis.

Creemos que un hombre ha penetrado estas zonas oscuras, debemos destacar que no es ni español ni especialista en estos problemas: el escritor francés Drieu La Rochelle. A su parecer, si España fue más propicia que ningún otro país a la subversión anarquista, es porque su catolicismo no había sido nunca quebrantado y que en los siglos clásicos, había escapado a la convulsión de la Reforma. La llamada anarquista representaría una especie de equivalencia, o más exactamente, de compensación tardía a la economía que España pudo hacer tres siglos antes con las convulsiones de la Reforma. Así el anarquismo recuperaría, en un registro inédito, los fermentos que recorrieron la Europa protestante. Tomemos el final del texto de Drieu citado más arriba, aparecido en el número de noviembre de 1936 de la «Nouvelle Revue Française»:

«En Rusia, ciertamente, Bakunin ha sido realista, tomó como testimonio a miles de anarquistas asesinados por Lenin en 1918. Pero el anarquismo supone el bien para los meridionales: es su protestantismo. Buscad lo que se puede saber de las herejías meridionales cátaros, albigenses y los del cantón suizo de Vaux, y empezaráis a comprender».

Y Drieu concreta:

«Reconoced ahí los fondos elementales de Lutero y de Calvino: la huraña reacción contra una disciplina jerárquica, contra una disciplina que va de arriba abajo, contra un consenso expresado por una autoridad personificada. En suma, la Europa nórdica no ha conocido el anarquismo porque tuvo el protestantismo. Y en Rusia, la pasión anarquista había arraigado en gran manera en todas esas sectas no conformistas perseguidas durante siglos. En el hombre está muy arraigada esta defensa loca y desesperada contra el hombre. El odio por lo sagrado,

por lo consagrado y por la autoridad que reconociéndola como usurpadora se coloca sobre la cabeza una corona, o *El Capital* de Marx, o bien una tiara. Es el rechazo de la explotación espiritual del hombre por el hombre».

Una confirmación indirecta de estos puntos de vista nos la proporciona uno de los rasgos constantes de la mentalidad anarquista. La idea libertaria va acompañada muy a menudo de un profundo sectarismo. Hay en esto una evidente semejanza con los comportamientos religiosos más corrientes: los que creen poseer la verdad -en la espera espiritual y moral- no soportan las ideas de sus adversarios. Su sistema inconsciente del mundo tiene un aire maniqueo. En seguida dividen a los hombres en buenos y malos. Los anarquistas, en conjunto, no faltan a esta regla. Así vemos florecer una mística proletaria, un fanatismo que se manifiesta por prejuicios de clases invertidos. Su ingenuidad nos confunde. Son señaladas de manera pintoresca por los españoles que hablan de «aristocracia de la blusa y la alpargata». Es decir que los anarquistas oponen a los prejuicios absurdos de la burguesía otros prejuicios muy parecidos, de signo contrario, pero igualmente absurdos. Ciertos militantes ven en el uso de la corbata y de los zapatos un signo infamante. Incluso un periódico como «Solidaridad Obrera» afirma que Litinov es un burgués ¡porque lleva sombrero! Se va desarrollando una soberbia de clase. Sus excesos llegan a tal extremo que los anarquistas más meticulosos apenas los soportan. Joaquín Maurín, antiguo miembro de la CNT y posteriormente militante del POUM, se hace eco de esta opinión: «La sociedad, para ellos, está dividida en anarquistas y en no-anarquistas. Esta inclinación al exclusivismo y a la autosatisfacción fue muy general. Tan sólo algunos espíritus lúcidos como Juan Peiró tuvieron el valor de reconocer que el obrero entregado a sí mismo no era apenas capaz de asegurar el éxito de la producción».

Este fanatismo, este orgullo primario, la certeza de no compartir con nadie la verdad desviaron la aventura anarquista. En realidad, el nivel intelectual de la mayoría de libertarios estuvo lejos de ser proporcional a sus cualidades humanas. Ciertamente, se infiltraron en sus filas numerosas ovejas negras, individuos de moral dudosa a la búsqueda de un bando donde saciar su necesidad de violencia. También se infiltraron simples oportunistas, pero el nivel general de los anarquistas y de sus dirigentes era extraordinariamente elevado. A Rudiger le ha maravillado. Habiendo asistido a un congreso de la CNT en los años 1930, quedó estupefacto al constatar que, en sus discusiones, los trabajadores no hacían la menor alusión al nivel de vida ni a los salarios. Toda la conversación y los intercambios de puntos de vista giraban en torno a nociones como la dignidad del trabajo, su libertad, etc. «He aquí -concluía Rudiger- el contraste con los congresos del otro lado de los Pirineos, donde se interesante ante todo por las cuestiones materiales».

Es preciso confesar que el desdén con que los anarquistas trataban la vida material, al mismo tiempo que la ausencia frecuente de estructuras prácticas y de organización en su lucha, tuvieron a veces consecuencias enojosas: esta indiferencia por lo real explica la fantástica energía del movimiento y al mismo tiempo su fracaso final. Estos militantes funcionan como poetas o apóstoles, raras veces como soldados u hombres políticos. Están tan seguros del fin que vislumbran, que olvidan conceder una atención particular a los medios para alcanzarlo. Evocan a don Quijote, poco sensibles, como él, a los azares de la lucha, puesto que no dudan de su razón, ni de su triunfo final. En este punto difieren mucho de los comunistas, para quienes la organización, la táctica y la lógica tienen prioridad absoluta ante cualquier otra consideración. Y la hegemonía final del comunismo sobre la izquierda española, durante la guerra civil, es sin duda la sanción del contraste.

El fracaso del anarquismo, su inmersión en las profundas aguas de la guerra de España, ¿deben ser entendidos como la muerte del movimiento o como un letargo pasajero? Muchos piensan que las transformaciones de las estructuras españolas obstaculizan hoy en día toda esperanza de resurrección para el anarquismo. La España rural y mística ha muerto. Una

España urbana, técnica y realista, ha venido a reemplazarla. Con estas perspectivas, el anarquismo debería ser considerado como algo ya superado, como «una especie de pre-cultura -como escribe Ricardo de la Cierva- en una sociedad pretecnológica, una utopía que se apoya en las masas hambrientas». Esta utopía ha podido dar a España soberbios productos autóctonos, pero ahora debe desaparecer, pues el país se urbaniza y se abre a las influencias exteriores. Por el contrario, el punto de vista del teórico Rudiger es completamente opuesto. Su seguridad en la supervivencia del anarquismo a través de sus peripecias históricas permanece intacta: «Nunca estará finalizada la obra -proclama-. La tarea del anarquismo es defender al individuo de su anulación en la comunidad, pero sabiendo que el triunfo completo no podrá ser nunca alcanzado, y que la tensión existirá siempre». La esperanza de Rudiger se explica, tal como lo señala José Luis Rubio, porque sitúa al anarquismo en un plano modesto y serio. No se lo imagina como una fuerza revolucionaria violenta. Para él, la vocación del anarquismo es a la vez más profunda y más duradera: la defensa del hombre, de su personalidad, ahora, mañana y siempre, y en todas las formas imaginables de sociedad.

«El anarquismo -añade el mismo comentarista español de Rudiger- viene a ser más una ética de la lucha permanente contra toda alienación, comprendida la alienación revolucionaria, que una táctica violenta de la destrucción del sistema». Estas líneas han sido escritas por un español. Las hemos escogido para cerrar estas reflexiones: nos ayudan a olvidar el estruendo y el furor, los excesos, las ignominias o las torpezas de la búsqueda anarquista, para quedarnos sólo con esta invencible confianza en la dignidad del hombre que arrastró a los mejores a una aventura radiante y al mismo tiempo desesperada.

## BIBLIOGRAFÍA

Este ensayo de psicología histórica del anarquismo español no pretende ser original y ha pasado por alto a muchos hombres y muchos problemas. Se trataba de presentar a los anarquistas de España al público francés y no de elaborar una obra propia de un historiador. Del mismo modo los autores no se retraen de las aproximaciones ni de las incorrecciones, que pueda tener esta obra.

Quieren mencionar su deuda a cierto número de autores a los cuales deberá dirigirse el lector deseoso de conocer más profundamente este tema.

El libro de E. J. Hobsbawn: *Les Primitifs de la Revolte dans l'Europe moderne* (Fayard) contiene un capítulo sobre el anarquismo andaluz. En cuanto a la voluminosa obra de César Lorenzo, *Les Anarchistes espagnols et le pouvoir* (Editions du Seuil) ha salido a la venta después de la redacción del presente ensayo. Es interesante sobre todo para el período posterior a 1931.

Debemos destacar que hemos pasado voluntariamente bastante de prisa por el comportamiento anarquista en el período de 1936 y 1939. Por una parte, este comportamiento es ya muy conocido, y por otra, ha dado pie a encendidas controversias, aún hoy, para que sea posible entretenernos con algún provecho positivo en una obra como ésta. Señalemos solamente que podemos encontrar una exposición detallada del papel que representaron los anarquistas durante la guerra civil en el libro de P. Broué y E. Témime: *La Revolution et la Guerre d'Espagne* (Editions de Minit), favorable en conjunto a la actuación de los anarquistas. Más recientemente, el americano Noam Chomsky ha defendido brillantemente la causa anarquista

en un capítulo de su recopilación de artículos titulada *L'Amérique et les nouveaux mandarins* (Editions du Seuil).

Hemos acudido sobre todo a obras en lengua castellana. Citaremos en primer lugar los dos tomos aparecidos hasta ahora del libro de Diego Abad de Santillán: *Contribución a la Historia del movimiento obrero español* (Editorial Cajuica, México), obra bien informada de un antiguo dirigente cenetista, que desgraciadamente se detienen en 1931. Bajo un aspecto más manejable, Juan Gómez Casas ha publicado en 1968 una *Historia del Anarcosindicalismo español* (Editorial Zyx) que llega hasta 1939 y representa la mejor síntesis actual sobre el tema. Muy sugestivo es el capítulo dedicado a España en la obra del inglés James Joll: *Los Anarquistas*, la cual hemos consultado en la versión española publicada por ediciones Grijalbo. El ensayo de José Peirats, militante libertario muy conocido, *Los Anarquistas en la crisis española* (Aija), es rico en informaciones, aunque bastante confuso.

A propósito del anarquismo andaluz hasta los años 20, hemos utilizado un libro excepcional, la *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, de Juan Díaz del Moral, reeditado no hace mucho en la colección de bolsillo de la Alianza Editorial, en Madrid. El autor, notario de Bujalance, en la provincia de Córdoba, fue testigo directo de los acontecimientos que relata; es un excelente observador, de espíritu liberal y, conociendo a fondo toda la «infra-literatura» anarquista, ha escrito la obra que evoca mejor al anarquismo español en su faceta andaluza.

Igualmente hemos sacado partido de dos extensos y sustanciales artículos titulados *El Anarquismo en España*, de Heleno Saña, aparecidos en los números 237 y 238 de la revista madrileña «Índice». El autor aporta un punto de vista original y aprecia con equidad la evolución del movimiento libertario.

En fin, si esta obra puede aportar algo inédito, este elemento nuevo no es otra cosa que el recurso sistemático a los textos literarios. Los hemos incluido voluntariamente en cada ocasión que hemos podido, pensando que nada era mejor para el fin que nos habíamos propuesto. Los escritores españoles contemporáneos han evocado a menudo en sus obras episodios y figuras del anarquismo. También tenemos a Frank Borkenau, cuyo *The Spanish Cockpit* (Ann Arbor Paperbacks) es un excelente reportaje acerca de la vida cotidiana en las regiones controladas por los anarquistas en 1936. Dos escritores no españoles deben ser considerados aparte, son Victor Serge y George Orwell. El primero, en una novela que casi ha pasado desapercibida, *Naissance de notre force* (Editions du Seuil), nos ha dejado una pintura llena de relieve de Barcelona durante la Gran Guerra. En cuanto al segundo, la evocación de Barcelona y del frente de Aragón en 1936-1937, que encontramos en Cataluña 1937 (ed. catalana: *Homenatge a Catalunya*, Ariel, Barcelona 1970) no tiene equivalente para este período. Como se trata de un libro mucho más conocido que los restantes textos literarios que hemos utilizado, no hemos dudado en citar largos extractos, que revivían intensamente tanto las grandezas como las debilidades del movimiento anarquista español.